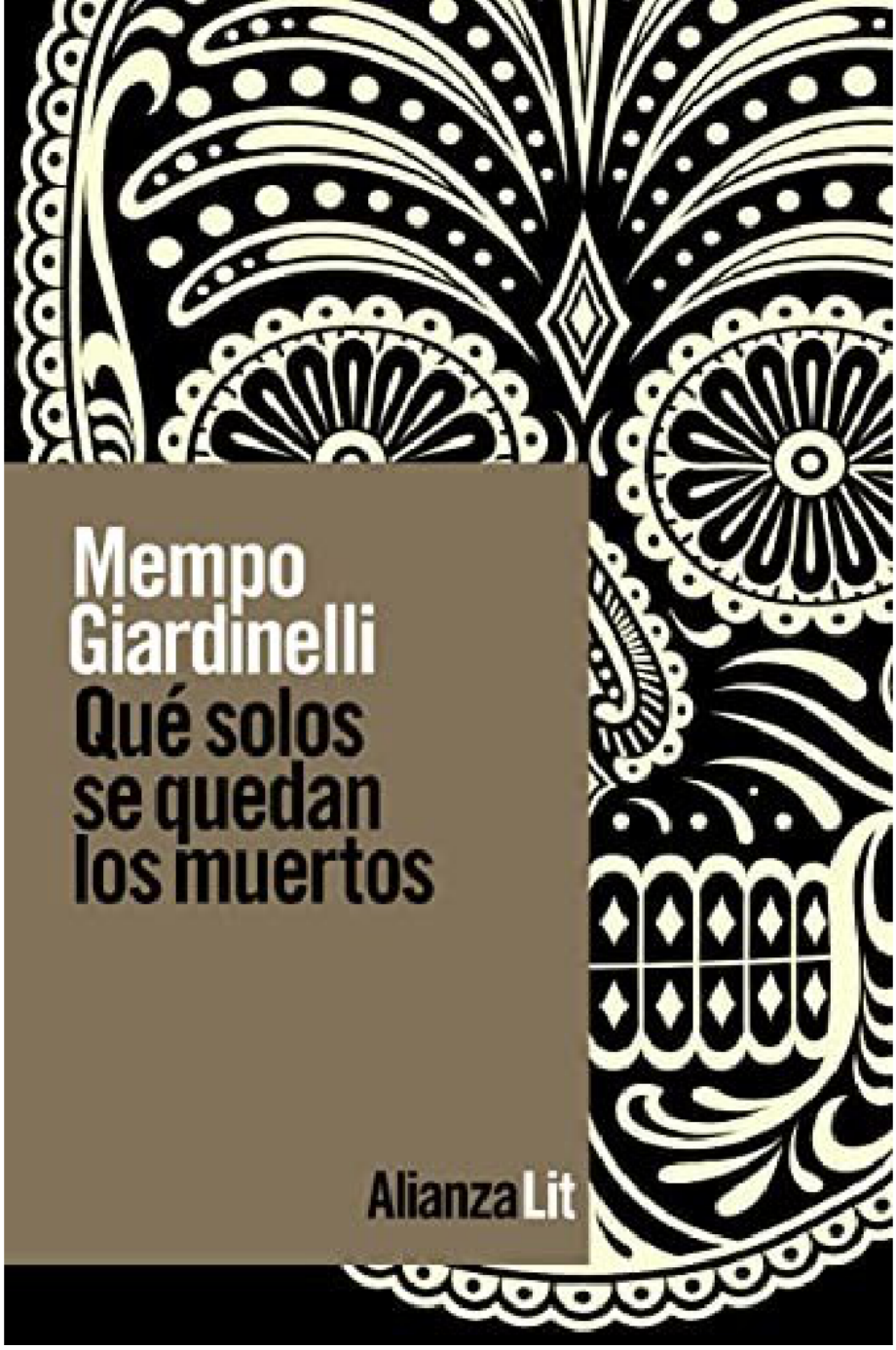
Mempo
Giardinelli
Qué solos
se quedan
los muertos
Alianza Lit

Mempo Giardinelli

Qué solos se quedan los muertos

Alianza editorial

Para Juan Rulfo y Edmundo Valadés.
Para Rafael Ramírez Heredia y Roberto Bravo.
Y para Claudia Bodek.

«En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allí todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite.

Por ello, agobiado de penas y de tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida, en el Reino de este Mundo».

ALEJO CARPENTIER

Primera parte

«¿Y de qué otra cosa puede hablar el hombre,
más que de fantasmas?»
LEÓN FELIPE

1

Me llamo José y me revienta que la gente, y en particular la que no conozco, con toda confianza me llame Pepe. Aquella voz en el teléfono, desde una evidente larga distancia, fue todavía más allá:

—¡Pepe! —me gritó, con voz metálica, esa mujer—, Marcelo Farnizzi fue asesinado. Dice Carmen que venga. ¡Es urgente!

Yo había estado, hasta ese momento, mordiendo un lápiz mientras miraba por la ventana preguntándome qué decisión importante sería capaz de tomar. Si es que había alguna decisión que tomar. Ese era el problema: estaba en blanco, vacío; había renunciado al diario, tenía ahorros como para sobrevivir sin mucha dignidad un par de meses y la sensación de un chico al que le quitaron su juguete preferido, le niegan dinero para el cine y encima si protesta le han de pegar. Y él lo sabe.

—¿Quién habla? —pregunté, todavía más atento a la molestia porque me llamaban Pepe que a la noticia que no terminaba de entender.

—No importa quién habla, soy amiga de Carmen… Carmen Rubiolo. Y le dije que asesinaron a Marcelo y ella le pide que venga. ¡Es urgente, Pepe!

Y dale con la confianza. Pero me cayó el veinte.

—¿Cuándo y cómo?

—Anoche: lo balacearon en la puerta de la casa. Ella está muy asustada, ¿entiende? Y no tiene a nadie más que a usted, Pepe. ¡Venga, por favor!

—Dígale que mañana estaré ahí —dije, tranquilamente, con una calma que sentía legítima. Luego insistí en saber su nombre y le pedí la dirección y el teléfono de Carmen en Zacatecas. Ella me dio la información y su propio teléfono, dijo que se llamaba Hilda Fernández, y me llamó Pepe tres veces más. La odié.

2

Alguna vez yo había amado a Carmen Rubiolo. Unos diez o doce años atrás, cuando el periodismo en Argentina era una profesión tan caliente que resultaba imposible amar en paz a nadie. Carmen era una chica de esas que parecen nacidas para amar de una vez y para siempre, y de las que uno cree que solo quieren casarse y tener hijitos. Pero era un ser bastante más complejo: apasionada y romántica, era una lectora insaciable y de esa clase de gente que en lugar de leer el diario, lo estudia con los anteojos deslizados sobre la nariz y un pucho en la boca. Le gustaba vestir a la moda, discutir las películas francesas que daban en los cines del centro, hacer el amor en silencio y muy concentrada hasta alcanzar su orgasmo, comprender el punto de vista de los demás solo para oponerse con más ardor, reclamarnos airadamente a los hombres cualquier actitud machista. Era nerviosa pero tierna, cariñosa pero arisca, juguetona y rebelde, solemne en cuestiones nimias, y cocinaba unas milanesas inigualables, con la exacta dosis de perejil y de ajo; y también confesaba su fascinación por ser amada por un periodista. Ella creía que ser periodista era importante.

Dije que la había amado unos diez o doce años atrás, pero probablemente ocho desde la noche en que me esperó hecha una furia y me dijo «no te aguanto más, sos el tipo más egoísta y jodido que conocí en mi vida» y se fue del departamento de Acevedo y Güemes dando un portazo que se oyó en todo el edificio. Y que me dolió muchísimo más que la queja del portero y del administrador.

Me arrepentí mucho, luego, de no llamarla, ni buscarla, ni intentar un arreglo. Porque no he dicho, todavía, que yo quería con locura a Carmen Rubiolo. Es verdad, no la trataba bien, la desatendía, muchas noches la dejaba plantada por cuestiones del oficio: cierres impostergables, reuniones del sindicato, coberturas dramáticas, todo eso que volvió loca a la Argentina de los setenta. Pero cómo la quería. Y la dejé ir, ni intenté retenerla.

Tiempo después, unos cuatro años luego del portazo, la encontré en México, en una asamblea del exilio. Era el 78, creo, y todo el mundo andaba cuestionado y cuestionando. No recuerdo qué se discutía, pero

votamos diferente. Ella estaba del brazo de un flaco ojeroso, con pinta de guerrillero retirado, nervioso y lleno de tics, fanático momentáneo de la causa que abrazaba, cualquiera fuese. Me lo presentó después de la asamblea: «Mi compañero —dijo—, Marcelo Farnizzi».

Nos dimos la mano, el tipo se apartó requerido por alguien y yo le pregunté a ella cómo andaba, dije tanto tiempo, qué increíble encontrarte aquí, esas cosas. No recuerdo sus palabras. Apenas su mirada —me pareció, o quise que me pareciera— tenía un dejo del antiguo cariño. Pensé confesarle que me emocionaba verla y hasta creí ser capaz de decirle que nunca la había olvidado. Estuve a punto de hacerlo, pero me contuve. Nos despedimos sin mucho afecto demostrado y sin promesas de volver a vernos, pero yo supe que esa noche pensó en mí. Y Carmen habrá sabido que yo no pude dormir pensando en ella.

3

Apenas pude dormitar un rato cuando el micro salió de Aguascalientes, para la última etapa. El aire era pesado y el sol hacía hervir la carretera. Un imbécil de esos que nunca faltan en los autobuses viajaba con un suéter de Chiconcuac, pesadísimo, y yo pensaba que después de siete horas así su sobaco debía oler como el de un francés. También pensaba —mirando los campos a la vera del camino, esas como pampas áridas que enmarcan las sierras a lo lejos— en la campaña del catorce y en Pancho Villa sustituyendo a Pánfilo Nateras para la preparación de la toma de Zacatecas.

Hasta Aguascalientes, había reconstruido muchos momentos de mi relación con Carmen. Debía reconocer, para entonces, una cierta excitación por el reencuentro. Hacía por lo menos cinco años que no sabía nada de ella; seguramente iba a México cada tanto, pero jamás habíamos coincidido en sitio alguno. No teníamos amigos comunes, o al menos ninguno que yo pudiera identificar. Me preguntaba cómo había conseguido la mujer de la llamada telefónica mi número en México. Quizá se lo habían dado en la Comisión Argentina de Solidaridad, quizá Carmen lo tenía. No era demasiado importante; o lo era mucho menos que la sensación que me iba ganando: la ansiedad de volver a Carmen significaba imaginarla todavía hermosa, quizá más que antes pues ahora ella luciría esa madurez que da brillo a las mujeres que están entre los treinta y los cuarenta. Carmen tenía, ahora… treinta y tres años.

¿Seguiría tan intransigente y definitiva, o los años la habrían moderado? ¿Habría vuelto a ser una chica tranquila, confiable, compañera y contenta consigo misma? ¿O seguiría discutiéndolo todo, arisca, chúcara, baguala, como yo le decía? ¿Y cómo viviría su propio exilio? ¿Habría tenido hijos? ¿Estaría arrugada? Algo me decía que no. Era la clase de mujer que es hermosa de niña, hermosa de adolescente, estalla de belleza en la plenitud y, en la madurez, puede estar segura de que hasta de vieja será atractiva. Sonreí recordando su genio, sus reacciones cuando se enojaba, su apasionamiento cuando hacíamos el amor, su placer cuando le acariciaba la base de los pechos. Pero su genio… Era una mina de esas que, por ejemplo, pueden pasarse toda

una noche en vela, rumiando su rabia, porque uno le ha dicho algo en supuesto mal tono al beber el café de la sobremesa. Era capaz de despertarme a las tres de la mañana, con los ojos encendidos, a fin de que discutiéramos el asunto, para ella tan trascendental como para Napoleón llegar a Moscú. Me había enseñado mucho. La había querido más.

La recordaba delgada, de pechos más bien pequeños pero firmes, manos alargadas, como de pianista (o como uno imagina que han de ser las manos de una pianista) y eran inolvidables sus pies. Nacían de unos tobillos redonditos, perfectamente armónicos con sus estupendas pantorrillas, y se estilizaban delicados para terminar en unas uñas parejitas, ni cortas ni largas, de las que se sentía orgullosa y a las que pintaba dos veces a la semana. Decía que era su momento de meditación y de relax. Solía aconsejarme que también lo hiciera, para serenarme; aseguraba que yo era tan agotador e insoportable que me hacía falta, de vez en cuando, pintarme las uñas de los pies escuchando el Bolero de Ravel. Era encantadora la forma como lo pronunciaba. Me seducía por completo y me volvía loco por hacerle el amor cuando la veía, tan seria, en esa tarea.

Cuando advertí que estábamos llegando a Zacatecas, me reconocí un poco nervioso. Me ganaba la ansiedad por verla. Sabía que no estaría esperándome en la terminal de autobuses, pero luego de instalarme en el Hotel Calinda (la confianzuda había dicho que haría una reservación para mí) iría a verla. Imaginé el reencuentro. ¿Le diría un pésame convencional?

¿Seríamos capaces de mostrarnos espontáneos, naturales, en semejante circunstancia? ¿Cuál sería mi comportamiento? ¿Qué haría yo con mis fantasías? Porque debía reconocer que por algo llegaba a Zacatecas, por algo respondía a ese llamado, y no solo porque era un reciente desocupado. Si hubiera sido otra mujer, cualquier otra vieja amiga la que me hubiese hecho llamar, quizá no habría ido a su encuentro. Pero Carmen sí, Carmen podía llamarme. Era la única mujer que podía hacerlo. Y en algún lugar ella lo sabía: le había dado mi teléfono a la confianzuda, diciéndole «llámalo, va a venir». Y yo venía.

¿Y para qué? ¿Qué tenía yo que ver —y menos que hacer— en el asesinato de un tipo que me era por completo indiferente, y al que Carmen había amado, sin dudas, más que a mí? Me dije que llegaba a Zacatecas simple y sencillamente por verla. Todo reencuentro es excitante, cuando se quiere reencontrar a una persona. Y lo es más si hay fantasías. Reconocí que durante años yo había esperado un llamado de ella. En cualquier circunstancia. Y esta era, por cierto, de

las peores. Porque sí, yo tenía fantasías, y, aunque me parecía innoble para con el muerto, por más que no lo hubiera conocido ni me importara, la mía era volver con Carmen. Algo así como una asignatura pendiente, que solo ahora me daba cuenta de cuánto deseaba saldar.

4

Me dieron una habitación en el segundo piso y, mientras me cambiaba la camisa y me lavaba la cara y las manos, me detuve a contemplar el Cerro de la Bufa. Me impresionaron su imponencia dominante sobre la ciudad y su escarpado lomo de iguana, con ese convento que semeja un castillo, o una fortaleza que parece reinar sobre el paisaje como si fuera una sandalia perdida por Dios.

Enseguida la llamé. Me sudaba la mano, oprimiendo el tubo. Reconocí su voz y sentí una emoción que era, sin dudas, lejana.

—Hola, Carmen. Soy José.

Ella hizo una brevísima pausa.

—Qué bueno que viniste… ¿Estás aquí, verdad?

—En el Calinda, habitación doscientos tres. ¿Cómo estás?

—Mal. Creo que un poco desesperada, pero… no sé, iba a decir que ya va a pasar, pero estoy muy confundida. Nerviosa. Vos sabés cómo soy…

—¿Querés venir o que yo vaya?

Dudaba o estaba llorando, pero no respondió. Dejé pasar unos segundos y luego repetí la pregunta.

—Creo que podés venir.

Fruncí el ceño; algo en su voz había cambiado. Algo frío.

—¿Alguna cosa anda mal por ahí?

—No, no, es que… Se supone que tenemos mucho que hablar, ¿no?

—Lo que quieras. Vine para escucharte.

—Tengo miedo, Pepe.

Y se largó a llorar, ostensiblemente, con un llanto quedito, entrecortado. Pronuncié las obviedades que uno improvisa en esos casos y le dije que estaría en su casa en quince minutos.

5

Era una construcción de los años cuarenta, encalada al frente y con dos ventanas en la planta baja, una a cada lado de la puerta. La planta alta parecía corresponder a otro departamento, para el que había una puerta unos metros más allá, a la izquierda. Era en la Calle del Ideal y allí la pendiente, típica de la insólita urbanización zacatecana, no era muy pronunciada. Curiosamente, a pesar de la situación un tanto dramática que intuía que significaría nuestro encuentro, yo me sentía en cierto estado de juvenil ansiedad, de imbécil felicidad, fascinado por esa ciudad inesperada que ni figura en las rutas turísticas mexicanas —por suerte— y que a cada momento, en cada callejón, en cada esquina, en cada iglesia, te depara sorpresas. Una ciudad secular, detenida en el diecinueve, donde se mezclan caprichosamente los barrocos con los neoclásicos, sin edificios modernos, sin muchos elevadores, sin pavimentación sobre los adoquines y las lajas de piedra aquí cuadradas, allá hexagonales, y donde todos los balcones, el alumbrado público —y hasta las coladeras de las alcantarillas— son bellísimas piezas de artesanía de forja. Algo así como una ciudad de foto antigua, color sepia, que hacía que me preguntara si en cualquier momento no aparecería un jinete villista festejando la victoria sobre los federales de Victoriano Huerta.

Carmen abrió y me miró a los ojos. No sé si ya dije que los suyos eran de color miel y que le quedaban sensacionales esas pecas en las mejillas. Sentí un breve alboroto en mi pecho, pronuncié algún saludo de circunstancia, y ella lo facilitó todo porque se abrazó fuerte, fuerte, agarrándose de mi cintura y largándose a llorar. Le acaricié suavemente la cabeza —su pelo me pareció más rubio que años antes — y le froté la espalda con ternura. Ella estiró la diestra, sin dejar de llorar, y cerró la puerta.

Me tomó de la mano, aspiró sus mocos, se secó las lágrimas y me indicó que me sentara con un movimiento de la cabeza. Obedecí, sin dejar de mirarla: vestía unos pantalones de jean ajustados y una blusa blanca, ligera; estaba bellísima, más que en mis mejores fantasías. Su cuerpo no había ganado ni perdido un gramo. Sus sandalias abiertas dejaban ver las uñas, acabadas de pintar. No pude sino sonreír para

mis adentros; había estado meditando. Tenía unas leves ojeras, posiblemente de tanto llorar. Le quedaban divinas.

—Seguís tan alto como siempre, Grandote —dijo, con una media sonrisa—, no has crecido nada.

Era un viejo chiste; yo mido casi dos metros. Asentí, sintiéndome en cierto modo reconfortado, reconocido, y ella se fue a servir dos tazas de café, en la cocina. Mientras, miré en derredor. Era un departamentito pequeño, que parecía tener un solo dormitorio; la sala no era muy espaciosa, pero sí arreglada con muchísimo gusto. Había una colección de máscaras que me resultó chocante, sobre una cómoda; un par de bibliotecas atestadas, una colección de miniaturas en cajitas de hojalata dorada y vidrio, sillones de estilo mexicano, una reposera colmada de almohadones de colores; y muchos carteles de exposiciones de arte montados sobre bastidores, en las paredes. El conjunto hablaba de cierta refinada modestia. Había un cuadrito con una foto de Zapata a un lado de la puerta de la cocina, y al otro lado, simétricamente, uno del Che Guevara, como si la revolución antecediera la entrada a la cocina. O como si no pudiera entrar en ella.

Carmen volvió, trayendo los cafés y una azucarera en una bandeja laqueada con pajaritos, flores y esas cosas coloridas de la artesanía michoacana. Se sentó frente a mí, me ofreció una taza, encendió un cigarrillo que aspiró enfáticamente y soltó el humo como con rabia, nerviosa, casi de un escupitajo. Recordé que así fumaba, un cigarrillo tras otro, cuando me esperaba para pelear en las noches. Luego cruzó las piernas y dijo:

—No sé por dónde empezar, Pepe… Tengo bronca, rabia, miedo, me siento insegura, todo eso junto. Y más cosas, supongo, que no puedo controlar. Te llamé porque…

—No importa por qué me llamaste, Carmen. Contáme qué pasó.

—No, es que es importante decirte por qué te llamé. Porque no tengo a nadie: ni amigos, ni compañeros, ni familia. Hace años que no sé de mi gente en Argentina. Ni ellos quisieron saber más de mí. Marcelo era todo lo que tenía. Bien o mal, y más mal que bien, la verdad, era todo. Como dos hermanos, ¿sabés? En todo sentido —abandonó las manos que se miraba, estrujándolas, y clavó sus mieles húmedas en mis ojos—. Antenoche, cuando… cuando lo mataron, me sentí desesperada. Una vecina vino a acompañarme, y me preguntó a quién quería llamar. Le dije, y quiero serte sincera, que no quería llamar a nadie, pero que quizá a la única persona que podía llamar era a vos.

Yo hice silencio. Sorbimos nuestros cafés. Encendí un cigarrillo y

esperé.

—Bueno —dijo, resoplando, con un tono de voz súbitamente duro —, y ahora que estás aquí, la verdad es que no sé para qué lo dije.

La miré como cuando se está viendo un partido de fútbol por televisión mientras uno piensa cómo hará para cubrir un cheque sin fondos mañana lunes.

—Decíme algo —exigió, apretando el pañuelito que tenía en las manos.

—No veo qué, Carmen. ¿Por qué lo mataron?

—No sé —dudó, una décima de segundo—. Le encajaron tres balazos, aquí, en la puerta.

—¿Pero por qué? Alguna suposición has de tener. ¿Algún asunto viejo, de la militancia?

—No, definitivamente no. Nosotros nos abrimos en el setenta y siete, pero desde antes estábamos por inercia. Y por miedo. No quedaron cuentas pendientes. Salimos derechos, por Brasil. No, eso no es.

—Y entonces, ¿qué es?

—Te juro que no lo sé —no me miraba a los ojos. Quería convencerme, pero no me miraba—. ¿Te sirvo otra taza?

—No, gracias. ¿Y la policía?

—Vinieron enseguida. Alguien los habrá llamado, no sé. Estuvieron ahí afuera, sacaron fotos, qué sé yo, como dos horas. Yo me quedé adentro, con la vecina que te llamó. Después vinieron dos tipos, dos canas, y me hicieron unas cuantas preguntas: cómo se llamaba, qué hacíamos aquí, qué enemigos tenía y qué suponía yo; pura rutina.

—Y qué hacían, qué enemigos tenía y qué suponías.

Me miró con algo de rencor. Frunció levemente la boca, como sofocando un pequeño disgusto. Yo le conocía ese gesto. Por un segundo pensé que deseaba que me fuera, que me iba a echar de la casa. Tenía los ojos mojados; se pasó el pañuelito por la base de la nariz.

—No sé qué hacíamos —suspiró, relajándose un poco—. Marcelo vino a Zacatecas dos o tres veces, en el ochenta, y un día decidió que viviéramos aquí. Estábamos, supongo, muy quebrados. El país, para nosotros, quedaba a un siglo de distancia. A mí me dio lo mismo y acepté. Él quería poner una librería como la Gandhi, con café y galería de arte, esas cosas. Pero no pasó de vendedor de libros.

—¿Y vos?

—Yo me aburría, veía televisión, a veces leía algo —sonrió, mostrando la dentadura impecable, blanquísima y perfectamente alineada—, y me pintaba las uñas de los pies.

Sentí que seguía loco por ella. Ella lo sabía y solo quería comprobarlo una vez más. Pero no sonreí ni dejé de mirarla a los ojos.

—No sé qué enemigos tenía, te lo juro. No puedo suponer nada sensato. No puedo suponer nada.

—¿Y la policía qué dice?

—Qué sé yo, no volvieron a aparecer, y yo no pienso recurrir a ellos. No tengo guita ni interés en que intervengan en nada. Y ellos se habrán dado cuenta de que no podrán sacarme ni un peso. Supongo que, por rutina, tendré que ir a declarar y los mismos canas estarán deseando que me haga humo y me vaya a la mierda.

Pensé que podrían desear otras cosas, pero me callé. No terminaba de entender la actitud de Carmen. Después de todo, me había llamado; quería decir que en algún lugar suyo admitía que necesitaba ayuda. Mientras ella hablaba, yo sentía por momentos que iba a decir algo más, pero a la vez me daba cuenta de que dudaba y prefería callarlo. Su nerviosismo no se debía ni al reencuentro ni a la viudez; se debía a lo que quería, y a la vez no quería, hablar.

—¿Y entonces qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Cómo nada? ¿No te interesa saber? Fue a tu compañero al que mataron.

—Bueno, le encargué una investigación a un detective. Si averigua algo, bien, y si no, no me importa.

—¿Un detective en Zacatecas?

—Sí, hay uno, pero…

—¿Cómo se llama?

—No importa cómo se llama —se puso más nerviosa, y la noté irritada por el modo como apagó el cigarrillo.

—Tengo curiosidad por saberlo.

—David Gurrola.

—¿Y qué más vas a hacer?

—No sé. Antenoche decidí irme de aquí, de Zacatecas y de México, irme a la mierda… Ayer decidí que me quedo; después de todo no tengo a dónde ir.

—Y hoy tenés dudas. Y mucho miedo, Carmen, lo dijiste por teléfono y se te nota. No puedo forzarte a que me digas lo que no quieras. Pero, ¿qué querés que haga yo?

Me miró con sus ojos otra vez endurecidos. No había lágrimas; la miel se había secado y agriado. Tenía la boca cerrada y me di cuenta de que se estaba mordiendo los dientes con fuerza.

—Creo que va a ser mejor que te vayas —dijo, lentamente—, y ojalá me perdones por haberte llamado.

Y entonces me fui, reconociendo que ambos veníamos de un país extraño, confundido, un *wonderland* impiadoso que quedaba a millones de años de distancia, en otra galaxia, y en el que Alicia había sido violada y mutilada. Salí pensando que nos habíamos amado en un país cuya geografía podía encontrarse todavía en los mapas, pero que en nosotros, en nuestros respectivos itinerarios por la vida se había diluido y solo era vientos, voces de muertos, recuerdos confusos, niebla. No podía dejar de reflexionar sobre esto. Mi encuentro con Carmen me retrocedía a un pasado indescifrable; y yo no era capaz —no lo soy— de explicar el pasado. Quizá lo único que sabía era que reencontrar a esa mujer compleja, inteligente, difícil, aguda, hermosa y tan inaprensible me hacía advertir que el amor es, quizá, solamente, una oportunidad para ser feliz que uno deja pasar y que no se repite. Y que luego uno andará buscando con denuedo, pero en vano.

Me fui pensando, también, que acaso entender nuestra tragedia es como el viento que cruza Comala: una sensación, un temor, un espanto, una suma de corajes y de muertes imprecisas. Me di cuenta de que yo también me mordía los dientes con fuerza. Los de arriba contra los de abajo. Como siempre pasa.

6

El Callejón de Veyna cae pronunciadamente sobre la avenida Hidalgo, exactamente enfrente y a un costado de la catedral churrigueresca que llaman en Zacatecas Basílica Menor. Es una joya del siglo diecisiete: su fachada es una asombrosa filigrana de ángeles y santos tallados en piedra, y tiene una campana mayor que cuando suena —como escribió López Velarde en su *Suave Patria*— realmente es una lástima que no la escuche el Papa. A unos veinte metros de la esquina, subiendo desde Hidalgo, y justo ante una coladera de hierro forjado que es una obra de arte del porfiriato, había una casona pintada de amarillo, con dos ventanas muy altas protegidas por rejas, en una de las cuales el postigo que miraba a la avenida rezaba, en letras negras, góticas pero legibles: «Lic. David Gurrola – Detective Privado, con Licencia».

Sonreí al leer la inscripción y decidí que oscilaba entre lo insólito y lo *naïf*. Hacía menos de una hora que había salido de casa de Carmen, y luego de pasar por el hotel —donde consulté el directorio telefónico para ubicar a Gurrola— caminé por el centro de la ciudad, lentamente, mientras pensaba qué hacer y decidía que no perdería nada si visitaba al detective. Eran las seis de la tarde cuando llegué.

Llamé haciendo tañer un enorme aldabón que representaba una cabeza de león enfurecido, pero nadie contestó.

Tuve que elevarme sobre la punta de mis pies para espiar hacia adentro a través de las ventanas. No pude ver nada, porque no había luz en el interior. De todos modos, regresé a la puerta y le encajé varios aldabonazos. Esperé otro par de minutos y empecé a irme, hacia la catedral, calle abajo, cuando oí que alguien se movía del otro lado de la ventana. Extrañado, me volví y le grité al postigo:

—Bueno, ¿me va a abrir o no?

—¿Qué quiere? —me repreguntó una voz cascada, como de viejo enfermo, malhumorado.

—Busco al detective, a David Gurrola.

—¿Para qué?

—Por una información.

—¿Qué información?

—¿Está él o no?

—Primero conteste.

—Sobre un caso, el asesinato de Marcelo Farnizzi.

El viejo dudó. Yo hice esfuerzos por verlo a través del vidrio. No lo conseguí.

—¿Por qué no me abre, eh?

—Porque no.

—Y Gurrola, ¿está o no?

—No, no está. Nunca está y nunca me paga. Salió de viaje.

—¿Cuándo?

—No sé, siempre está de viaje.

—¿Y adónde va?

—¿Por qué pregunta tanto, eh?

—Porque soy curioso, abuelo.

—¿Y quién es usted?

—El Fantasma de la Ópera.

Y bajé a la avenida, fastidiado, diciéndome que volvería al día siguiente, más temprano.

7

A las seis y media de la tarde, mientras caminaba por la acera del mercado, empecé a preguntarme qué hacía yo en Zacatecas. Durante unos minutos contemplé el frontispicio de la catedral y admiré el Cerro de la Bufa. Después me maravillé con el aire mismo de la ciudad, y con el antiguo mercado que parecía que acababan de remodelar y ahora era un centro comercial completamente al uso gringo, como si allí se basaran no pocas esperanzas de que el mágico turismo norteamericano viniera con su carga de dólares y depredaciones, y al cabo me dije que era un idiota pues lo que tenía que hacer era hablar francamente con Carmen. Busqué un teléfono público y la llamé. Me atendió muy fría y con cierto fastidio; o con prisa, como si estuviera por salir en pocos segundos. Le dije que quería verla de nuevo, respondió que no podía y yo no supe cómo seguir. Le pregunté si no había recibido noticias de la policía y pareció sorprenderse por mi pregunta.

—No… —titubeó— ¿qué noticias?

—No sé, alguna. Se supone que están investigando ¿no?

Hizo silencio. Luego le pregunté si necesitaba algo, si podía ayudarla y de qué manera. No, no necesitaba nada, solo estaba todavía un poco nerviosa, yo debía comprenderla. Me preguntó si me iba a ir, le dije que no lo sabía y ella replicó que en todo caso nos podríamos ver mañana. Fue curioso, porque cuando terminamos la conversación, antes de los tres minutos, tuve la sensación de que no quería ni que me metiera ni que le hiciera más preguntas, pero al mismo tiempo sospeché que por alguna extraña razón tampoco deseaba que yo me fuera de Zacatecas.

Eso mismo me hizo sentir bastante más idiota. Había venido a esta ciudad lleno de fantasías, dispuesto a colaborar en lo que fuese, y ahora tenía la sensación de que molestaba, pero que no podía irme de regreso a México. Claro que tampoco iba a quedarme así, de modo que decidí pasar por la delegación policial. Dos tipos me indicaron el camino y, en la puerta, uno de azul y con un viejo Máuser colgado del hombro, me dijo que entrara y preguntase. Adentro, cuando manifesté mi interés por el caso de Marcelo Farnizzi, un sujeto muy

desagradable, de civil, me preguntó qué tipo de interés tenía.

—Fui amigo del muerto —respondí— y lo soy de su viuda.

Me dijeron que aguardara y luego me hicieron pasar a una oficina pequeña, con una sola ventana, pequeña y alta. Era un ambiente mal iluminado, y detrás de un escritorio estaba un hombre con unos papeles. Bigotitos, moreno, pelo engomado, un anillo de oro de sello en la mano derecha. Cualquiera conoce ese tipo de gente. Alzó las cejas interrogándome.

Yo me senté sin esperar a que me invitara.

—Disculpe, no soy ni periodista ni investigador privado, ni curioso sin oficio. Ni siquiera soy pariente de la víctima. Pero me interesa, si se puede preguntar, qué saben ustedes del asesinato de Marcelo Farnizzi.

—Honesto —declaró el tipo—, me gusta que empiece así.

Lo miré, sin hablar.

—Ahora dígame —siguió el otro— exactamente qué quiere saber.

—Quién fue el asesino.

—Já, já —se echó para atrás, divertidísimo, como si yo hubiera dicho un chiste excepcional—. ¿Cómo se llama usted?

—José Giustozzi.

—¿Yusqué?

—Giustozzi —y le deletreé el apellido. En México sucede, lo sé desde hace años, que mi apellido italiano resulta entre divertido y embarazoso. El tipo dijo: «Ajá», como si hubiese comprendido algo.

—¿Argentino? Asentí con la cabeza.

—¿Situación migratoria?

Esperaba esa pregunta, de modo que pacientemente le expliqué que estaba en regla, con permiso de trabajo como profesional independiente (no le dije que era periodista y reciente desocupado). Afirmé que pagaba mis impuestos con toda puntualidad, y que se me podía considerar guadalupano, ya que nunca le falté a la virgencita desde que llegué a este bendito país. Dije ser porrista de los Pumas de la UNAM, priista si hubiera nacido en México y que este país era maravilloso porque —recité—: «El Niño Dios le escrituró un establo, y los veneros de petróleo el diablo». Terminé el discurso con una sonrisa encantadora. A veces me sale.

—Lo mataron —dijo, con toda la autoridad de su cargo.

—¿Hay sospechosos?

—Todo el mundo es sospechoso. Hasta usted podría serlo, señor Yusoti.

—Giustozzi, señor…

—Alberto Carrión, comandante de la policía del Estado.

—¿Hay sospechosos, comandante? Aparte de mí, digamos.

El tipo infló los cachetes y resopló lentamente. Podía estar aburrido, sentirse chistoso, preocupado. Yo no tuve la menor idea. Empezó a jugar con un lápiz: lo apoyaba de punta sobre la mesa, deslizaba los dedos hasta abajo, levantaba la mano con mucho arte y el lápiz caía sobre la gomita de borrar trasera, rebotando levemente. Por un momento pareció que los dos nos fascinábamos. Después volvió a enarcar las cejas y me miró con sus ojos negrísimos y opacos.

—La verdad, mi estimado: no entiendo qué espera que le diga. ¿A quién se le ocurre venir a preguntarle a la policía cómo marcha una investigación? —se rió, otra vez, y empezó a rascarse la oreja izquierda con el índice derecho—. Me cái que no lo entiendo…

—Entonces perdone la inocentada, comandante —le dije poniendo cara de tonto y cambiando mi voz por una más meliflua—. Es que llegué hoy, ¿sabe usted?, y vi a la viuda, una vieja amiga mía, tan preocupada…

Creo que acerté porque el tipo inmediatamente supo que dominaba la situación y que yo era, nomás, tan estúpido como él pensaba.

—Bien, bien, bien… Le creo, mi estimado. Solo déjeme que le diga algo: con todo respeto, aquí en México nos bastamos solos para estas cosas. Si usted quiere colaborar, dígame algo que sea útil. Pero no espere que se lo devuelva, ¿verdad?

—Naturalmente, mi comandante, quizás pude explicarme mal. Y le ruego me disculpe. Usted sabe, todo esto que pasó es muy desconcertante, y doña Carmen está muy dolida, muy triste…

El tipo volvió a soplar con los cachetes inflados, y se rascó la oreja.

—Hummm… —meneaba la cabeza, afirmativamente—. Bueno, tranquilícela, porque todo está encarrerado para una pronta resolución. Tenemos pistas seguras y trabajamos sin descanso para esclarecer el crimen.

Antes que acabara la declaración y diera por terminada la conferencia de prensa, para disponerse a posar para los fotógrafos, me puse de pie con humildad, como admitiendo la derrota, asentí obsecuentemente con la cabeza y exclamé, forzando mi estupidez y pronunciando bien todas las eses, al modo mexicano:

—Muy bien, mi comandante, estaremos a su disposición.

Y cuando me iba a retirar, sin que el tipo se hubiese puesto de pie, me volví, de súbito, y pregunté, siempre con voz de tonto:

—¿No habrá sido un asunto político, verdad? —el tipo me miraba neutro, y se rascaba el cuello, alzando el mentón—. ¿O un crimen pasional? —el tipo dejó de rascarse.

Nos miramos. Los ojos de él eran muy fríos, como bolitas de

obsidiana, y yo empecé a saludar con la cabeza, caminando hacia atrás como un japonés, con una sonrisa perfectamente idiota.

8

Me di un baño, me instalé a leer en la habitación sin saber qué haría al día siguiente, y a los diez minutos me di cuenta de que había leído el mismo párrafo varias veces y no tenía la menor idea de qué se trataba. Entonces tomé el teléfono y llamé a Carmen. No contestó nadie. Miré el reloj y eran las nueve y diez de la noche. Marqué el número de la confianzuda.

—Bueno…

—Habla José Giustozzi.

—¡Pepe!

—Digamos que sí.

—Esperaba su llamado. ¿Le pareció bien el Calinda?

—Un poco caro, pero todavía no voy a quebrar. Me gustaría hablar con usted.

—Ah, yo encantada. ¿Viene o voy?

—En quince minutos estaré ahí.

Vivía junto a la casa de Carmen —entonces a oscuras— en la misma Calle del Ideal. Su puerta quedaba a la derecha, a unos cinco metros escasos. Yo la había imaginado una gorda fea, tetona, de cola achatada y tobillos flaquitos. Quizás porque odio a la gente confianzuda, hasta supuse que tendría granos en la cara y mal aliento. Una harpía atrevida, una chismosa de esas que saben vida y milagros del vecindario y andan siempre mal vestidas. Hilda Fernández, cuando abrió la puerta y me dijo: «¡Pepe!» como si hubiéramos ido con nuestras mamás al mismo pediatra, era tal como la había imaginado, físicamente, pero además usaba anteojos.

—Pase, Pepe —me urgió mientras me olisqueaba un cócker que se orinaba de la felicidad de verme. Ambos me llevaron por un pasillo de gardenias a una especie de sala interior que parecía quedar inmediatamente detrás del departamento de los Farnizzi. Allí había una tele encendida para nadie y libreros atiborrados en todas las paredes. Había una mesa, seis sillas, y una imprecisable cantidad de libros y diarios desplegados sobre el mantel.

Tenía el café preparado, y sobre una mesita de cañas y mimbre lucían una botella de anís Cadenas, nacional, y dos copitas de vidrio

verde. Apagó el televisor y nos sentamos uno frente al otro en sillones también de ratán, viejos y descalabrados, de cojines flacos. Ella estiró las piernas como esos jugadores de fútbol americano en los entretiempos. Eran insólitamente peludas.

—Me moría de ganas de conocerlo —empezó, y me dispuse a un discurso confianzudo—, porque mire, Pepe, yo la quiero mucho a la güerita. Tiene esas cosas medio autosuficientes de los argentinos, usted disculpe, pero es buena gente. No le diré que somos íntimas amigas, pero sí la quiero. Tengo muchos años aquí, y conozco el rumbo, como quien dice, y no me sobran las amistades. Ella, dentro de todo, es muy buena onda y yo me encariñé. Y el otro día, cuando lo… mataron al marido, le pregunté a quién quería que llamara y me dio su nombre. No le pude sacar otra cosa. Y aquí estamos —sirvió anís para los dos—. ¿Ustedes son parientes?

—No, solamente amigos de muchos años.

—¿Y al marido, lo conocía?

—No, solo lo había visto una vez, unos minutos.

—Es lo que imaginaba. La güerita siempre tan misteriosa, ¿no? En sus asuntos, digo.

—¿Qué quiere decir con eso? Yo la conozco, ahora, menos que usted.

—Pues… —se bebió el anís de un trago—. No sé lo que quise decir. Ella es muy personal.

Hizo un breve silencio, y se sirvió otra copita. La mía estaba casi llena.

—¿Le puedo proponer algo, Hilda? —me miró con atención y asintió con la mirada, muy miope bajo los anteojos pero también muy inteligente—. Vea: la verdad es que no sé qué hacer. Prácticamente no conocí a Marcelo, y a Carmen hacía años que no la veía, hasta esta tarde. Digamos que alguna vez la quise, pero eso fue hace mucho tiempo. Otro día se lo cuento. Ahora le pediría que usted me explique todo lo que pasó: cómo fue, qué sabe y qué supone. No sé si servirá para algo, pero… Creo que regresaré mañana a México, y al menos me gustaría tener una idea de todo esto.

Se mordió un dedo. Me fijé en sus manos, de uñas cortas pero con las cutículas y los nudillos completamente deformados de tanto roérselos. Había cosas en esa mujer, que podía tener entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, que me resultaban rechazantes, y sin embargo me era simpática. Parecía una tipa confiable, una persona de esas que no tienen dos opiniones sobre un mismo asunto. Imaginé que era la clase de solitaria intelectual de provincia, no demasiado gratificada en la vida, pero entera, derecha y honesta. Quizás por ser

tan fea y por su desaliño —vestía una falda color rosa mexicano, sucia y desnivelada, y un raído suéter amarillo canario bajo un rebozo de hilo negro con rayas blancas— un tipo prejuicioso e inseguro como yo podía desvalorizarla.

Ella empezó, lenta, lúcida y claramente, su relato de la noche del crimen: no había gran cosa que recordar —dijo— y nadie había visto el coche desde el que le dispararon a Marcelo, aunque ella tenía algunas sospechas; la policía, por supuesto, no había investigado nada y ella no quería ser injusta pero le sorprendía que Carmen no pareciera del todo interesada en esclarecer el asunto, aunque admitió que quizás lo decía porque desde entonces la notaba elusiva, con miedo y más misteriosa que nunca. Le pregunté cuáles eran sus sospechas y respondió que temía ser erróneamente juzgada por mí, pero había algo en ese hombre, Marcelo, que la hacía pensar. Lo definió como un tipo «muy raro», no muy trabajador y que sin embargo llevaba una vida de cierto desahogo. Él y Carmen decían que vendía libros, pero esa no era una ocupación muy rentable en Zacatecas. Además, para ella, Marcelo era un tipo demasiado frío, que muchas veces andaba pasado. «Usted comprende —dijo—. No era que fumara tantita mota, no, ese hombre estaba en algo más grueso». En cuanto a la vida social de sus vecinos, no la conocía, pero él solía salir seguido, en las noches, algunas de las cuales Carmen venía a «tomarse un cafecito» —como dijo que decía Carmen—, o bien era ella la que iba a la otra casa. «De noche no se venden libros», concluyó en tono de obviedad, e insistió en lo del buen vivir.

—¿Por ejemplo? —le pregunté, quizás porque entonces todavía me interesaba más, creo, conocer cómo vivía Carmen.

—Y, buena ropa, buena comida, un Dart nuevo. Nada del otro mundo, pero raro en un vendedor de libros que nunca vende libros.

No había la menor envidia, el más mínimo sentimiento mezquino en sus palabras. Esa mujer me gustaba porque realmente estaba preocupada por su amiga. Su interés era mejor que el mío.

—¿Qué quiere decir con «demasiado frío»? ¿Frío como qué?

—Como alguien que no riega la planta que tiene junto.

—¿Homosexual? —me extrañé de mi propia pregunta.

—No podría jurarlo. Pero si me lo aseguraban, yo lo daba por cierto. Y no es que me importe, pero usted quiere saber, Pepe, y yo quiero ayudarlo a que sepa, a ver si ayuda a mi amiga.

—¿Ellos se llevaban mal?

—No, al contrario. Jamás los escuché pelearse, ni siquiera discutir.

—Pero Carmen no es mujer para vivir con un hombre así.

—Es lo que yo he pensado siempre.

Terminé mi anís, prendí un cigarrillo y la miré sin dureza, intrigado sinceramente.

—¿Me está queriendo insinuar, Hilda, que Carmen tiene un amante?

Ella se tomó su tiempo. Se mordió una cutícula y se acomodó los lentes sobre la nariz. Observé que procuraba borrar cualquier imagen de chismosa. Frunció los labios y dijo, cuidadosamente:

—Mire, Pepe: yo no lo sé, de veras, y créame que moralista no soy, ni mojigata, ni una vulgar metiche provinciana hija de la tiznada. No lo sé, pero…

—Pero supone que sí, es obvio.

—Es más que eso: a mí me parece que eso es lo que la tiene tan angustiada.

—No entiendo.

—Aunque usted pueda creer lo contrario, yo no estoy todo el día viendo lo que hacen mis vecinos. Pero ella no es mujer que pase desapercibida. Y yo la he visto salir varias veces con alguien, en un Mustang negro. Uno medio chaparro, regordete y sin embargo muy guapo. Un hombre un poco mayor que nosotros, cuarentón. Nunca lo he visto bien, porque no bajó del coche sino una vez o dos, pero me impresionó por lo guapo y lo elegante.

—¿Sabe cómo se llama, qué hace?

—No, ni idea.

—¿Y Marcelo, usted cree que lo sabía?

—Por supuesto. Él tiene que haberla visto salir más de una vez. Y ella siempre elegantísima, coqueta como toda argentina. Y no lo digo por agresión a usted, ni por envidia. Abusado.

—Sé que no —y lo creía, de veras—. ¿Recuerda la patente, las placas, del Mustang?

—Nunca me fijé. Pero… No me lo crea, pero si le digo que yo tengo mis sospechas es porque me parece que a Marcelo lo balacearon desde ese coche.

—¿Por qué está tan segura?

—No dije que esté segura. Yo estaba aquí, estudiando, cuando sucedió, y escuché el ruido del motor que aceleraba, después de los balazos.

—¿Carmen también está en «algo grueso», según usted?

Estiró las comisuras de los labios hacia abajo, y estuvo un momento dubitativa. Terminó su anís.

—No sé… Creo que no. De a deveras no puedo saberlo. Para mí que ella, si acaso, le habrá entrado a un cigarrito de mota, como cualquiera. Pero no creo que le guste otra cosa.

—¿Y qué le gusta a Carmen?

—Jé… —se rio y tenía realmente una linda sonrisa, entre inocente y sana—. Basta verla, ¿no?

Se sirvió más anís, mientras yo apenas iniciaba mi segunda copita. Le pregunté si conocía a David Gurrola. Dijo que no, que alguna vez había pasado por el Callejón de Veyna y había visto ese cartel de detective privado.

—Siempre creí que era un chistoso. ¿Por qué lo pregunta?

—Carmen me ha dicho que recurrió a él. Pero esta tarde estuve ahí y me dijeron que está de viaje. No entiendo nada.

Aseguró que ella tampoco y me preguntó si yo había cenado. Respondí que no; más tarde probaría algo en el hotel. No insistió. Le pregunté sobre ella; dijo que había vivido toda su vida en Zacatecas y que era profesora en la universidad. Yo hablé sobre mi trabajo en México y le conté que era un reciente desocupado del periodismo. Quiso saber si yo había conocido a Manuel Buendía y opinó que jamás se sabría quiénes fueron los hijos de puta que lo mandaron matar.

—Dígame, Hilda: si uno quisiera conseguir alguna droga fuerte, digamos cocaína, ácido, algo así, en esta ciudad, ¿cómo debería hacer?

Me miró extrañada, semisonriente.

—Me cái que no te'ntiendo, Pepe —se iluminó, y los ojitos le brillaron tras los cristales—. ¿Cómo voy a saber eso, yo? ¿Acaso tengo cara de reventada?

La observé un segundo, perplejo.

—La neta que no tienes esa cara —le sonreí, tuteándola yo también. Luego me puse de pie y le dije que me iba. No sabía adónde, seguramente a caminar y a pensar un rato. Me acompañó a la puerta, y el cocker aprovechó para volver a orinarse en la despedida. En la calle, antes de que estirara la mano con la formalidad de una ejecutiva bancaria de anuncio de televisión, le pregunté quiénes habían sido amigos de Carmen y Marcelo. Respondió que creía que no tenían amigos, ni siquiera argentinos; jamás pasaban argentinos por Zacatecas. Y sí, ella sabía que habían sido medio guerrilleros y que llegaron a exiliarse a México, pero eso era cosa del pasado. «El pasado siempre vuelve», dije yo. «Pero no siempre lo explica todo», replicó ella. Le pedí que hiciera un esfuerzo por recordar alguna cara, algún nombre, y dijo que unas pocas veces había oído a Carmen y Marcelo mencionar a un tal Liborio.

—Yo no sé qué cuete se traían —dijo—, pero ese no es un nombre para olvidar así nomás. Y aquí en Zacatecas llaman así a un traficante de drogas.

—Sí, claro —le dije, y empecé a caminar hacia el centro, después

de recomendarle que si recordaba algo más me llamara. Prometió hacerlo.

9

Cuando salí de casa de Hilda, me sentía cansado, pero la noche estaba realmente hermosa y Zacatecas es una ciudad para caminarla. Decidí que no cenaría ni bebería y, liviano y sin fumar por un buen rato, andaría al azar para reconocer esa ciudad que, desde que llegara, me seducía. La esquina misma del hotel, que daba a la avenida López Velarde, prometía iglesias y rincones, escalinatas y arcadas que recordaban a ciertos pueblecitos de España. Balaustradas magníficas por aquí, callejas imprevistas de aire gótico y de nombres insólitos por allá. Y, siempre, desde cualquier esquina y asomándose por sobre cualquier edificación, cual testigo tenaz, el Cerro de la Bufa, esa iguana encrespada que lucía, luminosa en la noche, recordándole a los hombres que son pequeños e ignorantes y que toda soberbia es vana, estúpida.

Anduve por la avenida principal, Hidalgo, y me encantó el clima un poco frío pero sin viento de esa noche de comienzos del otoño. Algunos coches se desplazaban despacio, casi silenciosos, como cucarachas en la cocina, y había poca gente. Alguna recova vieja —como todo en Zacatecas— estaba llena de libros y me recordaba a las librerías para noctámbulos que hay en Buenos Aires. Me detuve al azar, hojeé mucho pero no compré nada, y al cabo escuché una musiquilla que venía caracoleando por las esquinas, una orquestación sabrosa, de banda de pueblo. Distinguí el ritmo gordo y pausado de la tuba, un par de saxofones que desafinaban a dúo, una trompeta cascajienta, unos platillos y un redoblante. Me fascinó el sonido y vi, a media cuadra del mercado, por detrás de la catedral, que unos turistas —dos viejos matrimonios gringos— se dirigían a ver de qué se trataba. Me uní a su curiosidad.

Un amigo mexicano me había hablado, alguna vez, de las típicas callejoneadas zacatecanas. Y yo, de pronto, topaba con una de ellas, que enseguida me hizo trepar por el Callejón del Indio Triste, luego por la Calle del Ángel y, haciendo esquina con Primero de Mayo, desembocar al Callejón del Mono Prieto. La música ya era muy nítida —para los norteamericanos y para mí, que seguíamos de atrás a una cantidad de gente que reía y bebía— y media cuadra más adelante

pasamos frente al bar La Oficina, tugurio fascinante visto de afuera, con su típico cartel de cantina mexicana: «Prohibida la entrada a mujeres, menores, boleros, curas y militares uniformados», exclusiones que permitían el reinado de maridos, burócratas, choferes y demás repertorio de solitarios que me hicieron evocar al Cónsul de Lowry. Seguimos de atrás a tan insólita caravana: unas cuarenta personas que enseguida me enteré eran intelectuales de la capital de la república invitados a un congreso de quién sabe qué. Todos marchaban alegremente adelante de la banda, que era tal como la había detectado pero además tenía un violinista viejito, fácilmente ochentón: era el que más se prendía a las garrafas de mezcal que arrastraba una mula tordilla cargada con media docena de botellones, manejada por un petiso de huaraches que tenía una bolsa de súper llena de vasos de plástico. La mula cerraba la procesión y los gringos y yo nos incorporamos, discretos, a la marcha.

Cuando bajamos por la calle de Aguascalientes, para cruzar el antiguo mercado y detenernos un momento en la explanada a un costado de la catedral, la banda arremetió con un pasodoble, primero, y una cumbia después, y muchos se lanzaron a bailar mientras los más viejos descansaban. Entonces, uno de los supuestos intelectuales se me acercó, entusiasmado con nuestra solidaridad:

—¡Órale, pinches gringos, éntrenle al mezcal zacatecano y viva México, hijos de la…!

A los gringos les pareció un hecho fascinante, y uno de ellos enfocó velozmente la polaroid que tenía en la mano y le encajó un flashazo que dejó al otro atontado por un momento, en medio de las risotadas de los demás. Yo me le acerqué, en buen plan, y le dije en voz baja, y muy en tono mexicano:

—No confundas güeyes con cabrones, cuate. Yo nada tengo que ver con esa yankiza. Y venga el mezcal.

El tipo me miró, extrañado, durante un segundo. Quizá porque soy tan alto y más bien güero, me había confundido. El fulano tenía unos bigotazos amostachados en las puntas, hacia arriba, y era medio petiso, morrudo, con cara de charro de película de los años cincuenta. Me estudió muy brevemente hasta que decidió que yo le gustaba. Entonces me lanzó la garrafa, que abarajé con las dos manos, mientras él decía:

—Órale, compadre, ponte pedo que aluego nos vamos por los mariachis. La noche es larga, hijo de la…

Celebré la garrafa midiéndola un par de veces alzada en el aire como un cáliz. Al primer trago sentí que me ahogaba y que un incendio bajaba milímetro a milímetro por mis tripas. Pero me dije si

aflojo estoy jodido y mejor me vuelvo al hotel. El chaparro bigotón quiso darme un abrazo.

—Ámonos —gritó, eufórico—. ¡Estos zacatecanos sí que chupan, hijos de la…!

—No confunda de nuevo, maestro. Ni cabrón gringo ni zacatecano que pendejear.

—Ora sí que me chingaste, jijo. ¿Y de dónde vienes?

—De México. Pero soy argentino. El chaparro se rascó la cabeza.

—Put' —dijo—, ni aquí zafamos —y se dio vuelta y gritó a la multitud—: ¡A ver, cabrones, aquí hay un pinche ché que se va a poner pedo, hijos de la…!

Por suerte, nadie le hizo caso. Yo le devolví el botellón y le pedí que fuera discreto y no tuviera prejuicios con los argentinos, que yo era buena onda.

Él estuvo de acuerdo, dijo que en el cono sur los insoportables son los porteños —me preguntó si lo era; respondí que no— y me juró que su mejor amigo era un escritor chileno, y que también quería a otro veracruzano, y hasta a un yucateco. Que no me preocupara —me rogaba, sin dejar de beber— y empezamos a andar juntos, mientras los gringos se rezagaban al empezar la trepada por el Callejón del Lazo, y luego la Calle del Estudiante, y el cruce de Fernando Villalpando, que es una calle cacofónica en la que hay una placita bellísima, llena de rosas y rincones para enamorados alrededor de una fuente. Y así fuimos rumbeando para el sur, hacia el acueducto.

En una esquina en que la gente doblaba hacia la izquierda, pasando bajo un farol de luz muy tímida, vi que dos muchachos se detenían a encender unos extraños cigarrillos gorditos, de puntas afinadas. Sin pensarlo mucho, me acerqué a ellos y les hablé en su estilo:

—Oigan chavos, pásenle un toque, ¿no?

Los dos me miraron, un tanto perplejos, y el que tenía el puchito en las manos, se encogió de hombros y me lo alcanzó. Le di una chupada larga, luego inspiré aire por la nariz, retuve un momento y solté el humo despacito, prolongando mi retención lo más que pude. Era mariguana de primera calidad. Excelente. Y se los dije. Los dos asintieron y empezaron a caminar. Yo fui junto a ellos, los tres medio retrasados con respecto al grupo, pero todavía delante de la mula que se alivianaba de mezcal.

—¿Dónde consiguen la mota, muchachos? —pregunté, cuando en buen plan me ofrecieron una segunda pitada—. ¿Liborio, acaso?

Fue un tiro al vacío. Y la respuesta fue también vacía.

—¿Tás pendejo, cuate? ¿Qué onda tráis?

No supe qué responder. Pero ellos no me ofrecieron más, se

integraron al grupo y, luego, un par de veces observé que uno de ellos me miraba con desconfianza, quizás con temor.

Media hora más tarde, entre la mariguana que había probado y los tragos de mezcal bebidos, me sentía extrañamente eufórico. Me preguntaba qué hacía yo ahí, y qué sería de Carmen. Tenía ganas de verla. Vamos, tenía ganas de estar con ella, de escucharla, de mirarla, de hacerle el amor. Me reprimí acordándome de Susana San Juan: nada puede durar tanto —me dije—; no existe ningún recuerdo, por intenso que sea, que no se apague. Pero, me dije también, a veces los recuerdos, como el fuego, se reavivan.

De pronto, en un barrio de callecitas absurdamente estrechas, de no más de dos metros de ancho, nos encontramos en la Plazuela de San Cayetano, que solo tenía dos árboles. Era más bien un patio público que una plaza; con un solo aro de básquetbol empotrado en una esquina, de red deshilachada y junto a un farol roto. La banda empezó a tocar *Sonora querida* y motivó gritos, pero enseguida los músicos variaron a *La toma de Zacatecas* y se produjo la locura de la concurrencia —que había crecido mucho, recolectando gente en las distintas colonias— y uno que otro alarido lloroso al estilo mariachi, que a mí me recordó a los sapukays de mi tierra chaqueña. Entonces empezaron a llover rosas rojas de los balcones afiligranados, y era algo maravilloso, por cierto, y me sentí feliz por un instante, pero solo un instante porque en ese momento noté que yo era observado con insistencia por uno que la iba de espontáneo en la procesión.

Lo detecté cuando una gordita con pinta de profesora de literatura, de esas que se fascinan con los suplementos literarios y se vuelven locas con la semiótica y el estructuralismo, me sacó a bailar pronunciando un absurdo «Veníí, chéé́é» de vocales arrastradas. Esa impostación me hizo sentir nervioso, como siempre.

En solo dar un par de vueltas, en medio de la alegría de los geranios de la plazuela y de la lluvia de rosas rojas, advertí que aquel tipo no me quitaba los ojos de encima. Era alto y tenía las manos en los bolsillos de una chamarra de cuero gastado, casi rotoso, y me miraba con el disimulo de un cosaco jugando a peinar muñecas. Supe con toda certeza que su interés no era ni musical ni turístico.

Dejé a la gordita justo antes de que la banda iniciara un nuevo tema y se reanudara la callejoneada, y me acerqué al de bigotazos que me había integrado a la pachanga. Pretendí su ayuda porque, según el extraño código de la amistad improvisada de ciertos ritos mexicanos, ya éramos cuates. Pero cuando le toqué el codo para explicarle mi situación, me dijo estoy muy pedo, pinche argentino, no chingues jijo de la…

Me alarmé y me sentí en peligro y solo. La marcha se reiniciaba por calles oscuras, como escalando un cerro, por el Callejón del Rebote. Apuré el paso y me adelanté a la muchedumbre, ya para entonces como de un centenar de personas. Volteé en la calle de San Antonio y me metí en un recodo que desembocaba en una escalinata descendente, como un pasadizo bajo unas casas. Desde allí miré hacia atrás y vi que el cosaco de la campera de cuero corría para no perderme de vista. Me lancé por viejas vecindades, por conventillos de arcadas y jardines, por escaleras y callejuelas laberínticas. Me orientaba por el miedo, creo, y por las luces de una avenida, la González Ortega, que encontré al cruzar un zaguán y por la que bajé enloquecido hasta la Plaza Independencia. Era una situación desesperante, porque el muy mierda corría tanto como yo.

Llegué al Calinda y entré sin disimulo, dando un portazo que me reprocharon muchas miradas. Pedí mi llave, jadeante, y vi cómo el matón llegaba, también corriendo, y miraba hacia adentro desde las ventanas del restaurante. No distinguí su rostro, pero su mirada tenía la malignidad de los idiotas. El conserje me informó que no, nadie había llamado. Pedí el teléfono y marqué a la casa de Carmen. No contestó nadie. Miré el reloj: las tres menos cinco.

Entonces me metí en el bar, donde aún había alguna gente y una rubia falsa cantaba *Garota de Ipanema* en un portugués tan bueno como mi alemán. Pedí un whisky doble y me juré que si se armaba la bronca, respondería. No me creí la bravuconada mental, pero me calmé un poco. Estuve viendo cómo bailaba una pareja solitaria. Él metía una pierna entre las de ella; ella se la apretaba. Se besaban los cuellos, pero se veía que tenían sueño. El amor es un juego, para alguna gente. Los envidié. Una morocha cargada de hombros, que podía ser levantadora de pesas, me miró sin mucho entusiasmo. Estaría cansada y yo, a esa hora, no era más atractivo que un camarón podrido. Una hora después, cuando cerraron el bar, salí al lobby. No vi al matón por ningún lado, me metí en el ascensor y me fui a dormir.

10

Dormí muy mal y me desperté a las ocho de la mañana, porque en el pasillo dos recamareras discutían no sé qué cosas de una tal Luisa. Una decía que le iba a contar al jefe de piso y la otra replicaba que no tenía madre si lo hacía, que siempre había sido una chismosa y que si le platicaba al jefe lo de Luisa bien podía empezar en ese mismo momento a irse un poco a la chingada.

Me metí en el baño, me di un duchazo de agua bien caliente, luego abrí la fría a todo chorro y traté de recordar qué había soñado. Diez años atrás, Carmen y yo teníamos la costumbre de ducharnos juntos, en las mañanas, y nos contábamos nuestros sueños. En ella eran frecuentes los bosques de pinos y la nieve; en mí, niños jugando a las bolitas, en las siestas calcinantes del verano, en Resistencia. Para ella, las pesadillas eran excepcionales, con globos rojos y mortíferos que estallaban ante su propia cara. Se veía a sí misma como una niñita extraviada en la Patagonia que, huyendo de los globos, llegaba a una gran ciudad donde la esperaban patrulleros con banderitas argentinas y globos rojos adentro, que salían a perseguirla. Esas mañanas me pedía que escribiera sus sueños y yo le contestaba que debía ir al analista o dejar de leer la actualidad política en los diarios que estudiaba. Para mí, en cambio, las pesadillas eran reiteradas y casi siempre como una misma película: yo era una especie de planta inmóvil y las hormigas subían y me comían; yo gritaba pero no emitía sonido alguno, o nadie me escuchaba. Carmen solía decir que mi pesadilla le recordaba a ciertos climas de películas de Bergman.

Durante aquellos duchazos, siempre, inevitablemente, se nos quemaba el café. Pero éramos felices.

Volví a la habitación y tomé el teléfono. Carmen no respondió. Y en el cuarto Gurrola de la guía atendió una señora con voz de vieja. Cuando le pregunté si era la casa particular de David Gurrola y si allí tenían alguna relación o parentesco con el detective, me preguntó por qué se lo preguntaba.

—Quisiera hablar con él. Vengo de México y necesito sus servicios.

—¿Y cómo me dijo que se llama?

—No se lo dije, señora. Soy Miguel Ángel Asturias. ¿Usted es la

esposa de don David?

—La mamá.

—Ah, muchísimo gusto. ¿Y no estará él por ahí?

—Está de viaje.

—¡Híjole! —lamenté, mexicanísimamente—. Pero dígame, ¿no podría ir yo a verla? Quizá usted me pueda ayudar.

—No veo en qué —dijo, más bien fría. Pero ante mi insistencia, finalmente aceptó que pasara por su casa. Me dio la dirección. Miré en el directorio que tenía abierto, sobre mis piernas, y se correspondía con el teléfono al que hablaba. Le dije que estaría allí en media hora.

Doña Refugio Hinojosa de Gurrola vivía en la parte alta de la ciudad, a espaldas de la catedral, varias calles arriba. Era una vieja casona de la esquina de la Calle del Patrocinio y el Callejón del Gusano. Abrió una puerta que daba a un jardín delantero con rosales y malvones florecidos. Una robusta Santa Rita —que en México designan con el bello nombre de bugambilia— tapizaba los costados de la puerta.

—¿El señor Asturias? —preguntó con voz educada, de pulcra pronunciación, cuando llegué hasta ella.

—Así es —le di la mano; la de ella era pequeña y frágil. Y acepté su invitación a entrar.

La vieja tenía un aire seductor. Como de unos setenta años, vestía un impecable traje sastre de buena tela y una blusa de seda blanca con olanes volando sobre el pecho magro. Llevaba una camelia en la solapa del saco. Muy pintada, con los labios trabajosamente delineados, parecía una antigua madama de quilombo de la Zvi Migdal. Arrugada como una pasa de uva, eso sí.

Me hizo sentar en una silla de Viena que hubiera envidiado mi mamá, ante una larga mesa de caoba que —era evidente— había conocido cenas espléndidas. Ella se sentó al otro lado, bien lejos, y cuidó que yo le mirara su mejor perfil.

—Usted dirá.

Le expliqué nuevamente que quería ver a su hijo David, pues yo era amigo de una clienta suya, y no había encontrado a nadie en su despacho. Me extrañaba mucho que hubiese aceptado un caso una tarde para desaparecer al día siguiente. Ella sonrió, complacida, como si yo hubiese dicho algo muy simpático o una de esas verdades inesperadas que surgen en algunas conversaciones, y dijo:

—Señor Asturias: mi hijo tiene múltiples ocupaciones. No podríamos sobrevivir solo con esa extraña profesión que dice tener —mantuvo su sonrisa y se quedó mirando la mesa, mientras con sus dedos recorría el bordado de un mantelito blanco—, y yo nunca sé de

sus… casos.

—De todos modos, señora, me gustaría ubicarlo y hablar con él.

—Claro que sí, pero no creo que sea posible. Él está en Guadalajara y no ha de regresar por lo menos en veinte días.

—¿Otro caso?

—Desconozco la totalidad de sus actividades; y él es muy cuidadoso en su ética profesional. Además, ya es un hombre grande.

—Mi estimada señora, no pretendo enjuiciar a su hijo, pero comprenderá usted que no es muy ético que…

—Y usted comprenderá que yo no voy a discutir la ética de mi hijo con un desconocido —me interrumpió, cortante. Me sentí abrumado por la dignidad de esa mujer. No había alzado la voz; si acaso, su cuerpo se irguió apenas unos milímetros. Decidí cambiar mi enfoque.

—Si se comunica con usted, ¿podría decirle que la señora Carmen Rubiolo está esperando noticias suyas?

—No creo que se comunique conmigo. Ya le dije que es un hombre grande —y volvió a esbozar su suave media sonrisa.

—¿Cuántos años tiene? —e inmediatamente me sentí estúpido.

—Más que usted —respondió, ampliando su sonrisa.

—Bueno —sonreí yo también—, creo que no tengo más tiempo que hacerle perder —y me puse de pie.

—No lo he perdido, fue un placer —mintió cortésmente, y se levantó ella también.

Observé que era muy pequeña; no debía medir más de un metro y medio. Me acompañó a la puerta, donde giré para mirarla con fijeza a los ojos.

—¿Puedo hacerle un par de preguntas más, señora?

—Puede.

—¿Cómo es su hijo, físicamente?

Dudó un segundo, quiso eludir mi mirada, pero se repuso de inmediato.

—Menos alto que usted —sonrió—. Ojos claros, cafés; rellenito y musculoso. Tiene buen lejos, como decimos en México.

—¿Y la persona que me atendió en su despacho, quién es?

—¿Quién? —pareció desconcertada—. Ah, posiblemente se refiere usted a Camilo. Es un vecino… un… colaborador, digamos, el casero de la oficina de David.

—¿Y sabe usted quién es un tal Liborio? No sé su apellido, pero es un nombre poco común.

—Dijo un par, y van tres. Pero no, no sé a quién se refiera, señor Asturias.

—¿El nombre no le dice nada?

Ella dudó un momento. Me di cuenta de que escogía entre mentir o negar. Eligió una media verdad.

—Bueno, habladurías de la gente aseguran que un tal Liborio es algo así como el zar de las drogas en Zacatecas. Pero yo no sé de esas cosas; soy una mujer ya vieja.

—Comprendo, muchas gracias.

—¿Puedo hacerle una pregunta yo, joven?

—Por supuesto.

—¿Qué interés tiene usted en todo esto? —el sorprendido fui yo.

—La verdad, no lo sé muy bien —y no pude devolverle la encantadora sonrisa que me obsequió un segundo antes de cerrar suavemente la puerta.

11

De regreso al hotel decidí pasar por el Callejón de Veyna, para hablar con el tal Camilo. No dejaba de preguntarme lo que la madre de Gurrola: ¿qué interés tenía yo en todo esto? Lo que debía hacer era irme a México, preparar mis cosas y volver a la Argentina, que para eso había terminado la dictadura. Quizás conseguiría trabajo en el periodismo porteño, o bien podría reinstalarme en el Chaco. Añoraba ir a pescar al Paraná, donde jamás había conseguido un dorado ni un surubí de buen tamaño. Añoraba cazar patos, ver el cielo inmenso en las noches del verano, acalorarme en el horno de las siestas sacramentales.

Me repetía eso, mientras caminaba, pero a la vez reconocía mi imposibilidad de abandonar a Carmen, entre otras cosas porque descubría que la seguía amando, y un hombre que ama es un hombre vivo. Pero, ¿amaba realmente a Carmen? ¿O solo estaba enamorado de un recuerdo? ¿Quién era ella, esa ahora desconocida, esquiva e inaprensible mujer? ¿Por qué razón me hacía el héroe de ocasión, si ya había sentido bastante miedo y nadie esperaba mi protagonismo? ¿Qué buscaba, en realidad? ¿Por qué no me iba, si ni siquiera mi conducta en la vida había sido —para ser brutalmente honesto conmigo mismo— una completa rectitud como para hacerme ahora el héroe? ¿Por qué razón —me preguntaba, también— los hombres andamos siempre desplegando nuestras vocaciones de Quijote, solo para comprobar lo inevitable: que en cada uno de nosotros hay un Alonso Quijano diminuto y torpe, y sin gracia? ¿Qué significaba Carmen, en ese país extraño que era Zacatecas, y qué me sucedía a mí con ella y con el pasado que no me atrevía a revisar, y que aún ahora, al escribir estas páginas, me resulta imposible aprehender? ¿Qué había sucedido en mi país, en la Argentina que vivimos Carmen y yo, y muchos como nosotros, para ser arrojados a un mundo que no era la morada cósmica del hombre, su casa o domicilio en el Universo, sino un páramo vasto e indefinible que no nos quería, que quizá no merecíamos, que no nos esperaba ni necesitaba? ¿Qué nos había ocurrido que no teníamos para dar más que frías miradas de incomprensión, mucha autosuficiencia de ignorantes y un sinfín de

testimonios de un infierno que no tenía por qué ser creído por todo el mundo? ¿Por qué no podíamos admitir que es esa pequeñez de Quijotitos la que nos impide conocer para quién padecemos y esperamos, y es por eso que el hombre jamás puede ser feliz, o no puede serlo más que lo que es posible en este domicilio del dolor, de la esperanza y del constante dudar de Dios? Y últimamente, me dije, cruzando el costado derecho de la catedral, ¿por qué tengo que tener respuesta a estas preguntas? ¿Por qué tengo que tener respuestas?

Al ver la subida del Callejón de Veyna hacia la calle Codina tan llena de gente, con docenas de curiosos ante la puerta del despacho de David Gurrola, Detective Privado con licencia, se me erizó la piel. Me acerqué despacio, fingiendo casualidad, y vi cómo en ese momento dos enfermeros sacaban en una camilla un cuerpo totalmente cubierto con una sábana blanca. Supe que era Camilo.

El gentío se abrió para dejar paso a los enfermeros, que caminaron presurosos hacia Hidalgo, donde estaba estacionada una ambulancia del Seguro Social que yo no había advertido. Metieron la camilla por la puerta trasera y subieron junto al chofer, que arrancó tranquilamente, sin hacer sonar la sirena. No hacía falta.

La gente se dispersó. Escuché comentarios como lo mataron a cuchilladas, debe haber sido anoche, asaltantes, quién sabe, pobre viejo, no somos nada, la vida es dura. Yo me dije que era entonces o nunca y entré por la puerta del león enfurecido, que nadie había cerrado.

Un pasillo breve, como de dos metros, desembocaba en un patio que recibía tres puertas. En la primera, a la izquierda, se leía en el vidrio: «Lic. David Gurrola», etcétera. Estaba entornada y la empujé. Adentro, el despacho se iluminaba por la luz que entraba por las dos ventanas que daban al callejón; allí había un completo revoltijo, típico de cuando ha pasado la policía antes que los enfermeros. Sutiles como un tanque de guerra.

Los muebles —un escritorio y tres sillas— estaban mal colocados en el centro de la amplia habitación; un archivero con los cuatro cajones mirando hacia la ventana, otro volcado y semivacío, carpetas llenas de papeles en blanco y recortes de diarios viejísimos y amarillos. Había un par de anteojos de aro de metal, con el vidrio derecho hecho añicos, en el suelo, una azucarera volcada sobre el escritorio y también un viejo tintero de bronce con un recipiente de porcelana manchado, reseco. No quise tocar nada. Simplemente miré, pero con la convicción de que debía buscar algo.

Con el pañuelo abrí los cajones laterales del escritorio, y revolví papeles y carpetas. Nada de interés. En el cajón del centro, que tenía

la cerradura rota, como si la hubieran forzado o abierto de una patada, había una cantidad de recortes de diarios. Los revisé al azar; y abajo, entre los últimos, vi uno que me interesó. Era reciente, de esta misma semana: «Brutal asesinato. Un Ché balaceado». Una brevísima nota narraba el modo como mataron al argentino Marcelo Farnizzi. Decía que la investigación estaba a cargo del comandante Alberto Carrión y que se desconocían los motivos del hecho aunque no se descartaba que fuera un crimen pasional «ya que la víctima vivía en amasiato con una bella compatriota de dudosa conducta».

Amarrado con un clip, había otro recorte, más pequeño y antiguo, de dos años atrás: hablaba de una razia policial en busca de drogadictos, de una serie de procedimientos en locales clandestinos y concluía en que a pesar de algunas detenciones —de un «extranjero avecindado» y de varios menores de edad (cuyos nombres se reservaban)— y de que la policía trabajaba arduamente en el caso, aún no se había conseguido apresar a «Liborio, quien según todas las suposiciones controla el negocio de los estupefacientes en la región». El nombre, sin apellido, estaba subrayado con bolígrafo; el subrayado era muy reciente.

También amarrado por el clip, y como parte de tan curioso expediente, había una nota mal caligrafiada, temblorosa, escrita con lo que me pareció el mismo bolígrafo: «Fantasma de la Ópera». Debajo de la esquela había algo más: una fotografía en blanco y negro, de cuatro por cuatro, que parecía arrancada de un carnet, una licencia o una identificación cualquiera: un hombre de unos treinta a treinta y cinco años, de cara angulosa pero rellena, labios gruesos y ojos oscuros, de mirar grave. Un rostro inteligente, duro pero atractivo, con un ligero parecido a esos autorretratos de Van Gogh, especialmente el del sombrero y la pipa. Detrás no tenía nada escrito.

Me guardé todo en el bolsillo del saco y salí de la habitación. En el patio me topé con una mujer que se asustó al verme.

—Soy… soy una vecina —dijo.

—Yo era amigo de don Camilo —le dije, también asustado.

—Yo no —murmuró ella, y retrocedió y se metió en una de las otras dos puertas que daban a ese patio. No hice nada por detenerla.

Cuando bajé a la avenida Hidalgo, la catedral hacía sonar las doce del mediodía. Eran campanazos impresionantes, que debían escucharse en varios kilómetros a la redonda. Recordé los versos de López Velarde, dije: «Pinche Papa» y me fui para el hotel.

12

Estaba muerto de hambre, y además desconcertado. Mala junta. Súmenle al hambre y al desconcierto una buena porción de autoritarismo, y tendrán una descripción de América Latina.

Aplaqué mis tripas con unos huevos rancheros que estaban sensacionales. Yo soy de muy buen diente y tengo la suerte de ser de esos tipos que pasan por lo que llamo gordos disimulados. Siempre me mantengo al borde de los ciento cinco kilos y sé que en cualquier momento trepo a los ciento veinte, pero la gente siempre dice que me encuentra más delgado que la última vez. No es verdad, pero esa es la ventaja de los gordos disimulados. Mi papá también era así, pero como él fue trabajador del ferrocarril, en el Chaco, en los años cuarenta, tenía un cuerpo más castigado y más musculoso que el mío. Bueno, eso decía mi mamá. Porque yo casi no conocí a mi padre. Bueno, y a mi madre tampoco. Lo que quería decir era que los huevos rancheros me supieron sensacionales y que salí del hotel procurando vencer también mi desconcierto con una visita a la policía.

En la delegación pedí hablar con el comandante. Un azul me preguntó de parte de quién y le respondí: «El licenciado Yusoti, de Argentina», y me quedé esperando. Enseguida, Carrión se asomó a la puerta de su oficina, que daba a un pasillo que se veía desde la recepción, y me hizo una seña con la mano, para que pasara. El de azul se apartó y entré al mismo sombrío despacho del día anterior.

Carrión se sentó apoyando una nalga sobre el escritorio y con otra seña me indicó que me sentara en una silla. Lo hice.

—Vengo a presentarle mis excusas, comandante, porque tengo la sensación de que ayer metí la pata con usted. Y no quiero molestar, sino todo lo contrario; busco ayuda. Mire…

Saqué la credencial del diario, que obviamente no estaba vencida ni me había sido retirada. Se la entregué.

—Le mentí: sí soy periodista y la verdad es que el asunto me interesa profesionalmente.

El tipo tomó mi credencial y la miró, con fría atención, como si fuera un certificado de leproso. La dio vuelta, verificó las fechas, mi firma, mi nombre, la foto. La volteó otra vez al derecho, y con una

puntita del plástico empezó a golpearse el pulgar de la otra mano. Me miró con sus ojos bolitas de obsidiana.

—¿No me va a perdonar que ayer me quise pasar de listo?

—Qué quiere.

—Saber si Farnizzi andaba metido en el negocio de las drogas, y si lo mataron por eso.

Nos miramos profundamente. Él no respondió, pero yo no bajé la vista a pesar de que sentía su desprecio y su odio. Agregué:

—También quisiera información sobre Liborio.

—¿Quién? —frunció el ceño.

—Liborio, comandante, el que maneja la mota en Zacatecas, y también rollos más gruesos. ¿A poco no lo conoce?

—Es solo un nombre.

—¿Farnizzi pudo tener que ver con su organización?

Carrión se levantó y dio una lenta vuelta al escritorio. Se sentó del otro lado, como el día anterior, y empezó a rascarse la oreja derecha, despacito, como si estuviera acariciando el pezón de una adolescente dormida.

—Me cái que usté me saca de onda, Yusoti.

—Giustozzi.

—Y le voy a decir por qué: porque no entiendo qué es lo que pretende… Pero le puedo asegurar que sea como sea está jugando con fuego, ¿sabe? Aquí no vienen ni extranjeros ni chilangos, por más charolas que traigan, a burlarse de nosotros —y me devolvió la credencial.

Hizo silencio, y me siguió mirando, gélidamente.

Sentí miedo. Por segunda vez, sentí miedo en Zacatecas.

—Anoche me siguió un tipo.

—Usted le habrá gustado.

—No me pareció que me siguiera por amor. No fue una broma.

—Bueno, y yo, ¿qué quiere que haga? ¿Que le ponga una niñera?

—No, pero tampoco quiero que me malinterprete. Estoy en una investigación para el periódico. Obviamente, me mandaron porque soy argentino y conozco a la esposa de Farnizzi desde hace años.

—Muy bien —dijo, seguro de la situación, y cambiando el tono de su voz por uno más amable—. Entonces vaya y escriba que la investigación policial continúa, que estamos tras la pista del asesino, que de un momento a otro caerá en nuestras manos y que la opinión pública zacatecana está absolutamente tranquila y confiada en las fuerzas del orden, mientras el periodismo juega a las escondidillas.

Sonreí falsamente.

—Usted gana, comandante. Pero nada más sáqueme de unas dudas,

que no utilizaré en mi crónica: ¿Quién es David Gurrola, y dónde está?

—Un mujeriego, por lo que la gente dice; y no tengo conocimiento de dónde está, ni me interesa.

—La segunda duda: ¿Liborio es uno de sus sospechosos; están tras él?

—Puede ser que sí, como puede ser que no. Y si no, quién sabe.

—¿Y ese hombre que mataron hace un rato, Camilo, uno que trabajaba en la oficina de Gurrola? ¿Está relacionado con el caso Farnizzi?

—No tiene nada que ver.

—Me llama la atención que lo descarte tan rápido; acaban de asesinarlo. Yo creo que sí tiene que ver.

—Y yo creo que usted cree demasiadas cosas. Quizá sea una sobrecarga para su cabeza.

Sonreí apenas, y me puse de pie. Él también, y dio la vuelta a la mesa y me siguió hasta la recepción. Justo antes de que yo cruzara la puerta hacia la calle me apretó levemente el codo, para llamarme la atención.

—Mire, argentino —dijo, y volvió a endurecer la mirada—: hoy pasee un poco por la ciudad, suba al cerro en el teleférico y tómese una foto. Esta noche cene rico y ligero, y duerma bien. Y mañana deje el Calinda y vuélvase a su casa. No sea pendejo.

—Me está amenazando.

—No mame. Solo le di un consejo —y se dio vuelta y entró. Yo me quedé un instante en la vereda, con tanta rabia como miedo.

13

Estaba rendido, así que dormí toda la tarde como un justo, o quizás como un pecador arrepentido y perdonado. Ni siquiera soñé. Pero me despertó la estridente voz de Benny Moré a eso de las seis de la tarde:

Mi corazón y yo no nos queremos ni hablar
porque él te sigue amando
y yo entretanto te quiero olvidar…

Sonreí y pensé: «Algún pinche gusano», y empecé a seguir el ritmo del bolero con el dedo gordo de mi pie derecho, que asomaba entre las sábanas, allá lejos. Por la ventana vi que era casi la hora del crepúsculo, una hora maravillosa. Me levanté y me quedé junto al vidrio cerrado. Luego lo abrí y aspiré el aire del otoño; el calor del día se atenuaba. Miré la Bufa y me impresionó el color del atardecer mexicano sobre la ciudad, un crepúsculo que merecía el verso de Pacheco:

Allí el ocaso
es tan desolador que se diría:
la noche así engendrada será eterna.

Y en la otra habitación, Benny Moré seguía, guapachoso y melifluo:

Mi corazón y yo no nos queremos ni ver
porque él no puede odiarte
y yo no quiero verte jamás.

En ese momento empecé a decidir que lo mejor que podía hacer era volver a México. Carmen seguiría siendo lejana. Apenas una luz en la oscuridad, una luciérnaga, una debilidad en la historia del hombre que yo era. Y una fantasía, claro, pues los hombres al fin y al cabo vivimos de nuestras fantasías. Son nuestro alimento. Así que me dije que pagaría el hotel, buscaría un autobús nocturno para dormir como un sapo y a la mañana siguiente me preguntaría si tenía sentido seguir

incorporando a mi archivo noticias de los ataques a Nicaragua, de los desastres en las embajadas gringas en Medio Oriente y de los desvelos de Alfonsín para pagar la deuda externa que dejaron en mi país los militares, entre otras linduras. En esos pensamientos andada cuando sonó el teléfono.

—Soy Carmen —dijo—, necesito verte. Esta noche.

Su voz era grave; hablaba despacio y tenía el tono seductor que yo amaba, su ronquera tabacal. Pero a la vez había una urgencia, un aire perentorio y desesperado como el del comienzo de *Carmina Burana,* que me inquietó.

—¿Qué pasa? ¿Querés que vaya ahora?

—No, te veo en el box, esta noche. Tengo que hablarte.

—¿Dónde dijiste?

—En el box, en la Arena del Auditorio Municipal. Siento mucho miedo, Pepe, tenemos que irnos, salir de aquí…

—Está bien, pero…

—¿Supiste algo nuevo?

—¿De qué?

—Digo si averiguaste algo.

—Tengo algunas ideas, pero, Carmen, mejor voy a tu casa ahora.

—No, no estoy en casa. No puedo hablar más. Te veré en la noche —y colgó. Yo pedí línea y marqué su número. No, en la casa no estaba.

Y Benny Moré había sido cambiado por Michael Jackson, ese negro renegado que tiene vergüenza de ser negro y se blanquea y se viste de almirante de circo. Suspiré; no volvería a México esa noche.

14

El Auditorio Municipal parecía ese jueves un avispero atacado a palazos. La pelea estelar era entre el crédito local Kiki Uvario, a quien los carteles en toda la ciudad apodaban «El Acomedido», y un tal Santiago Huízar, «Relámpago de Sombrerete», quien, como enseguida me enteré, venía de vapulear a cuatro oponentes en menos de dos meses y se había convertido en el rival más esperado para el Kiki.

Un gordito, en la cola de las taquillas, que parecía nervioso como la mamá del crédito local, aseguraba que si este vencía esa noche, la Arena México y el campeonato mundial serían sus próximos pasos. El gordito mascaba chicle con la boca abierta y cada tanto, para descargar su tensión, lanzaba derechazos al aire.

—¿Y antes de esa pelea, qué otra cosa vale la pena? —pregunté, por molestarlo.

El gordito se molestó, en efecto, y me miró con desprecio.

—¿Y eso a quién le importa?

—A mí. No soy de aquí y nunca vi pelear a Uvario.

—¿Chilango?

—Digamos que sí —dije, pronunciando bien las eses.

—Pues llega a tiempo, máistro. Hoy va a ver bos del bueno —y lanzó un jab de izquierda al aire, sonriéndome de costado para mostrarme un pedazo de chicle.

Adentro, el humo era impresionante. Algunos tipos, como en los palenques de las riñas de gallos, levantaban apuestas a la vista de policías gordos que se ocupaban sobre todo de vigilar que los borrachos no desorganizaran ni el desorden ni el negocio. Había muy pocas mujeres, mucho bullicio, botellas de cerveza vacías por el piso y latas sudorosas de frío en las manos de la mayoría. En ese momento peleaban dos que debían ser plumas, y el de pantaloncito azul estaba totalmente grogui. No se caía porque Dios todavía no se apiadaba de él. Tenía la cara inflamada y un ojo cerrado, y el de verde no dejaba de practicar en él como si fuera un *punching-ball* en una acalorada tarde de gimnasio.

Me senté en la décima fila, a la izquierda de tres muchachos de camisas abiertas y Modelos heladas en las manos. Saqué un cigarrillo

y les pedí fuego. El de junto a mí me prestó su Cricket color naranja con el escudito del Atlante.

—¿Quiénes son? —le pregunté, señalando el ring con un cabezazo.

—Dos güeyes —dijo, sin mirarme.

Me di vuelta y vi cómo se sentaban a mi derecha dos señores con aire de rancheros: botas tejanas, *jeans* gastados, bigotes a lo Emiliano Zapata, camisas a cuadros y aspecto próspero. Fumaban enormes puros y se repantigaron como Frank Sinatra en el Caesar Palace de Las Vegas. Me dediqué a fumar y a esperar, mientras miraba en derredor en busca de Carmen. Pero aún era temprano, pensé.

También tuve la sensación de que Carmen no llegaría. Y me pregunté por qué me había citado allí. ¿Para sacarme de circulación? ¿Por qué? Para esconderse no era, ni para vernos a solas: una belleza como ella, a la que muchos zacatecanos debían conocer ya, por haberla visto alguna vez, y un tipo de uno noventa y cinco, no iban a pasar inadvertidos sino todo lo contrario. Cuando acabé mi cigarrillo, el de pantaloncito azul cayó, literalmente gracias a Dios. Lo terrible, para él, ha de haber sido que ni siquiera el murmullo de la multitud aumentó de volumen. La gente esperaba la estelar. El maestro de ceremonias, de pantalón negro y camisa blanca, subió al ring para anunciar el obvio nocáut y presentar a los siguientes boxeadores. Decía algo del primero, un tal Maclovio Hernández, de Jeréz, cuando observé que el tercero de los muchachos a mi izquierda bajaba la mano como ocultando algo que echaba un humo delgadito, mientras con la boca ligeramente aflautada soltaba un suave soplido. El olor me resultó inconfundible.

—Oiga, compañero —le dije al que estaba a mi lado—. Pásenla, ¿no?

El muchacho me miró a los ojos. Le sostuve la mirada y esbocé una sonrisa. Él no sonrió ni dejó de observarme. Yo desvié la vista hacia Camisa Blanca, quien en ese momento anunciaba el peso de los contendientes de la pelea que se iba a iniciar.

—Está bien, no me mires así —le dije a mi vecino, sin mirarlo—. No hay pedo; si no convidan ni modo.

Y saqué mis Gitanes del bolsillo y le pasé el paquete.

—Yo sí convido.

El tipo no se movió. Vi que el segundo, a su lado, le preguntaba algo así como qué quiere ese güey, y mi vecino le restó importancia. Yo me concentré en el inicio de la pelea entre Maclovio, de pantalón amarillo, y el otro, de celeste. A los dos minutos ya estaba aburrido porque uno huía del otro, y el otro huía del uno, y así no hay caso. Hubo algunos silbidos. Y en eso, mi vecino me codeó suavemente.

—Dale un toque, si quieres —y me pasó el porrito.

Aspiré. No era tan buena. Mezclada con tabaco, mota de pobres. Lo devolví asintiendo con la cabeza en agradecimiento. Luego de unos minutos, a la mitad del segundo asalto, y cuando no pasaba nada sino uno que otro bailecito maricón de Maclovio, me volvieron a pasar el puchito. Fumé, lo regresé y llamé a una muchachita que andaba en el pasillo con un balde de cervezas metidas en el hielo.

—Cuatro —le ordené, y las pasé a mis compañeros, que las aceptaron en silencio.

Seguí mirando en derredor. El Auditorio estaba casi lleno ya, pero no era difícil buscar a Carmen. Solo que ella no estaba y yo intuí que ya no aparecería. Me pregunté por qué lo intuía, por qué me había citado allí, por qué empezaba a deprimirme. Decidí esperar media hora más; luego me iría.

Y fue entonces que lo vi.

Como diez filas atrás, de pie junto a una columna de hierro y mirando hacia mi sector pero no directamente hacia mí, el cosaco de la chamarra de cuero gastada hacía como que se interesaba por la pelea. Volví a mirar hacia el ring y sentí que se me tensaba la nuca.

Los cuatro rounds que duró la pelea que Maclovio y Pantalón Celeste empataron en medio de una chiflatina, me parecieron eternos. Tres veces miré hacia atrás, y las tres el cosaco había cambiado de lugar, pero yo siempre lo ubicaba. Y Carmen no aparecía.

Me incliné hacia mi vecino, confidencialmente.

—Oye, mano, ¿cómo hago para conseguir?

El muchacho se rascó una mano con la otra, y me miró de costado.

—Pus quién sabe.

—Ándale, hombre, no soy tira. Me dijeron que en el box la pasan, pero no sé si encontraré al que me indicaron.

—Y entons'qué.

—Qué de qué.

—Pus yo qué te digo.

—Me dijeron que buscara a un tal Liborio. ¿Lo conoces?

El chavo se rió con una carcajadita breve y casi inaudible. Comentó algo con el segundo y con el tercero, que me miraron con idénticas sonrisas.

—Tás grueso, güey —dijo mi vecino.

No insistí y esperé a que terminara la pelea semifinal, que ganó por puntos un flaco que le llevaba media cabeza a su rival. Eran las once de la noche. Evidentemente Carmen no aparecería y el cosaco, a quien observaba cada tanto, seguía controlando mi sector. Otra vez me acerqué a mi vecino.

—No sé qué quisiste decir, la neta.

—Pus que Liborio es de ligas mayores. Ni quién lo vea nunca. ¿Qué te tráis, eh?

—No, nada, a la mejor me vieron pendejo.

—Me cái que sí.

A las once y cuarto de la noche, Camisa Blanca improvisó un discurso acerca de lo que significaba para el respetable público esa esperanza del boxeo zacatecano que se llamaba Kiki Uvario «El Acomedido». El ambiente empezó a encresparse. Y cuando los dos peleadores se lanzaron a disputar el primer asalto, y la gente soltó gritos y ansiedades ante los guantazos iniciales, prometedoramente violentos, yo me puse de pie, saludé a los cuates de la izquierda y me dirigí hacia la salida por el pasillo opuesto al de la columna donde estaba en ese momento el cosaco.

Apuré el paso, crucé la puerta del Auditorio, sentí el aire fresco de la calle y me alejé hacia la esquina. Antes de doblar, miré hacia atrás y vi que la campera de cuero salía por la misma puerta. Entonces di vuelta a la esquina y empecé a correr. Antes de andar una cuadra, vi que me seguía como la noche anterior, solo que esta vez acortaba la distancia. Por eso giré en la esquina, paré de golpe y decidí esperarlo. Todo sucedió en segundos: la bestia no me vio al voltear la ochava pero tampoco detuvo su marcha y se lanzó. Y aunque me defendí, y también pego duro, me aplicó un golpe de karateka en el hígado, me dejó sin respiración, me llenó la cara de dedos y me durmió, pero solo después de repetir un par de veces y en voz baja y ronca: «Vete, hijo de la chingada, te mandan decir que te vayas porque mañana no la cuentas».

15

Cuando desperté eran las dos y veinte de la mañana y sentía un dolor de cabeza terrible: una convención de enanos histéricos zapateaba en mi nuca, tenía la boca pastosa y cuando me pasé la mano descubrí que era sangre y que me faltaba un diente de abajo, de los de adelante. Me toqué y no, no me faltaba; lo tenía, pero suelto. Me lo saqué, lo miré y lo tiré a la vereda de enfrente, con rabia, mientras me ponía de pie y advertía puntadas de dolor en la cintura.

Rengueando, caminé hasta la calle del Ideal y estuve como cinco minutos tocando el timbre en lo de Carmen, hasta que me convencí de que no estaba. La insulté por lo bajo y me insulté a mí mismo. No aguantaba el dolor de cabeza. Entonces toqué el timbre en la casa de al lado. Hilda abrió sin demora, sobresaltada, y me hizo entrar.

—Dame un puré de aspirinas —le rogué, desplomándome en el silloncito de la sala.

—Qué te ha pasado, por Dios —dijo ella, y enseguida alzó mis pies sobre una silla, miró mi boca y me tocó el pómulo, mientras yo le decía que me había pasado una aplanadora por encima.

—Yo estaba durmiendo y soñaba que me casaba —se sonrió—. Pero estás hecho un desastre, Pepe. Espera, que te voy a curar.

Salió de la sala, y en el baño consiguió alcohol, merthiolate, algodones, toallas, vendas y todo eso que siempre consiguen las mujeres cuando hace falta. Me pidió que le contara con detalles lo que había pasado, y lo hice, mientras ella trabajaba en mi cara.

—Bueno —dijo al terminar la tarea y yo mi relato—, has quedado como si hubieses huido de la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, que es mejor imagen que la de la aplanadora. Y la boca se te puede infectar como no vayas mañana al dentista. Ahora te voy a preparar un té para que te hagas unos buches.

—¿Por qué no vuelves a la cama a seguir leyendo la biografía de Alejandro Magno según la última edición de *Selecciones?* —le grité, cuando se metía en la cocina a preparar el té.

—¿Y tú qué harás? —en el mismo tono.

—Irme. Me dijeron que me vaya y me voy a ir.

—Un argentino obediente.

—¿Por qué no está Carmen en su casa, eh?

—Sepa: yo no soy su nana. Pero la vi salir.

—¿A qué hora y con quién?

—Con quiénes; eran dos. Vinieron en un Volks, a las ocho y pico. Ocho y veinte. Ella llegó a las siete y media, se cambió y salió.

—Eres muy controladora, Hilda.

No contestó. La escuché que revolvía el té. Regresó de la cocina y me entregó la taza. Se sentó.

—Piensa lo que quieras, pero estoy muy preocupada. Esto no me gusta nada.

—Dijo el perro en la fábrica de salchichas —bebí un trago del té; me hizo bien—. ¿Adónde habrá ido Carmen?

—No sé, pero se la veía guapísima: un vestido morado, de seda, que ya se lo he visto y le hace una figura sensacional. Bien peinada y de tacos altos. Con esas piernas que tiene…

Yo no entendía a esa mujer. Una vez más supe que jamás entendería a ninguna. La miré y me dije que era injusto que Hilda fuese tan fea. Era una tipa derecha como el diámetro de un círculo. Tenía el pelo revuelto, y su bata de rayas horizontales blancas, rosadas, verdes y lilas era sencillamente espantosa. Sentí que la quería, pero no pude dejar de ser cruel.

—Y tú te morías de envidia, cabrona.

Ella se mordió una uña, luego sirvió café instantáneo y vertió agua caliente en su taza. Suspiró y encendió un cigarrillo. Yo me puse de pie y me acerqué a la ventana que daba al patiecito de gardenias. Por encima de la pared que daba a la calle se veía un farol, en la esquina que daba a Villalpando; iluminaba lóbregamente el silencio y la desolación, como en una noche de Hyde pero sin bruma y muy lejos de Londres. También mis sentimientos eran sombríos, casi góticos. El miedo se me había metido hasta en los huesos. Miré las gardenias en la oscuridad, y el farol lejano, y pensé en la locura de Dido, que por amor había sido capaz de todo, hasta del suicidio por el despecho de Eneas, ese falso piadoso. Imaginé a Marcelo Farnizzi como a uno que zarpa en la madrugada, abandonando tierra tiria; pero me dije que la idea no encajaba. Carmen se estaba suicidando, pero no por su Eneas, sino por otro. Advertí que había algo asimétrico en todo lo que sabía de este asunto: la conducta de Carmen era bivalente, claro, pero yo comenzaba a estar seguro de que había algo más que aún no alcanzaba a registrar. Evoqué un cierto amor a la geometría, como el de Kepler, quien pensaba que la geometría era Dios mismo porque ofrecía un modelo perfecto para la creación. Me reproché porque ya empezaba a pensar estúpidamente. Me dije que lo asimétrico no era

todo en esto.

—¿Quieres quedarte a dormir?

No escuché la primera vez que Hilda me lo dijo, con su voz suave, cauterizante. La segunda lo repitió en falsete, y agregó una palabrota.

—¿Y en qué piensas, Platón? —añadió.

—Pensaba en Kepler —le dije—, en el amor a la simetría. Aquí hay algo que no funciona.

—Entre otras cosas mi refrigerador; se descompuso esta tarde.

—¿Por qué te haces la chistosa? Hablo en serio.

—Tú empezaste, y yo estoy muy nerviosa y tengo miedo. Me dan ganas de reírme. Mira: ja, ja.

Y me pareció que iba a lagrimear. Le tomé una mano y ella me miró con ternura.

—La invitación a dormir es por tu seguridad, Pepe. No para acostarte conmigo. Yo ya me olvidé de cómo era eso.

Y me sostuvo la mirada. Ni siquiera me sentí incómodo. No era la primera vez en mi vida que me pasaba algo así. En el Chaco, muchos años atrás, una muchacha me había dicho algo similar pero yo no había sabido cómo reaccionar. Terminamos en la cama, y eso que ella no me gustaba. Quizás porque los hombres, cuando no entendemos estas cosas, nos obligamos a demostrar nuestra hombría. Somos tan tontos. Le agradecí la mirada y dije:

—Creo que sí me quedaré. Pero no tengo sueño. Yo también estoy con miedo.

—¿Te vas a ir a México en la mañana? ¿De veras?

—Realmente no lo sé.

—¿Por qué no te vas, Pepe? Es lo que deberías hacer.

—Yo también me lo pregunto. No sé qué responderme.

—¿Te molesta si suelto al perro? —y se levantó y fue al baño, donde el cocker estaba encerrado y había empezado a lloriquear. En cuanto ella abrió la puerta, él vino y orinó un chorrito junto a mis zapatos, caracoleando de felicidad y emitiendo gemidos ridículos. Ella lo regañó, lo alzó y lo sentó en su falda, sobre el camisón tecnicolor.

—¿A qué te dedicas exactamente, Hilda?

—Soy historiadora de tiempo completo en la Zacatecana. Me especializo en el porfiriato y el periodismo político prerrevolucionario. ¿Por?

—Curiosidad. ¿Y él —señalé al cocker—, cómo se llama? ¿Pancho Villa?

—No, Flores Magón.

Sonreí. Tenía que ser un periodista-político-prerrevolucionario, desde luego.

—¿Y qué con Kepler? —preguntó ella.

—Pienso en él cada vez que pienso en Dios. Para Kepler el sol era una metáfora de Dios, porque alrededor de él gira todo. ¿No es hermoso? —ella asintió con la cabeza—. Aquí hay un sol alrededor del cual gira todo, pero no sé cuál es.

—¿Carmen?

—Quizá.

—Tú eres ahora el sol para ella, aunque ella no lo sepa, ni lo admita, ni lo quiera. Por eso no te vas, porque tú sí lo intuyes. Y no digas que no eres salvador de nadie, o que el trabajo solar te queda grande; ya lo sé. Pero también sé que siendo un tipo jodido, eres noble.

No pude mirarla. Me sentía perturbado, así que pensé y dije que lo mejor sería volver al hotel y procurar dormir. Me replicó que era una tontería.

—Pero es que no he visto a Carmen, y me dijo que quería verme. Necesitaba verme, ¿te das cuenta?

—Me doy.

—¿Cómo eran los tipos que vinieron a buscarla?

—Uno se quedó en el coche y me pareció que era el mismo que he visto otras veces en el Mustang: el de cara redonda, medio chaparro. El guapo. Y el que llamó a la puerta era un flaco alto y muy joven, de caminar fanfarrón como esos policías novatos a los que destinan a un crucero de avenidas y se sienten Montgomery.

—¿Parecían policías?

—Fue una metáfora, Pepe. En este país nadie puede distinguir a un policía de un canalla. Quiero decir que el alto era un lameculos del otro.

—¿Ella salió forzada? ¿Nerviosa?

—No sabría decirlo. Pero ninguna mujer que se arregla tanto sale a disgusto. No, no creo que la hayan forzado.

—Pero es evidente que ella está haciendo cosas que no quiere. Quizá fue con esos tipos porque no tenía alternativa. Si no, ¿por qué me dejó plantado? Tuvo que cambiar de planes súbitamente.

—Es posible.

—Ella me llamó esta tarde y estaba desesperada. Si no se fue obligada, no la entiendo.

—Nunca la vas a entender, Pepe. Por eso estás aquí, y por eso tienes la cara como la tienes. ¿Te duele?

—Un poco.

—Ora que se desinflame te cambio las vendas y mañana vas a un dentista. Pero no trates de entenderla: Carmen es demasiado bella

como para ser equilibrada; su encanto, y ella lo sabe, es ser mirada. No nació para que se la comprenda, sino para que se la mire. Y para sentir una exacta mezcla de agradecimiento y de rencor hacia los que están chiflados por ella, como tú.

—Creo que tienes razón, pero eso no es todo; hay algo más.

Terminé mi cigarrillo y lo aplasté lentamente en el cenicero. Bebí un resto de té frío y anuncié que me iba. Ella insistió en que era peligroso, pero le dije que esa noche ya no me pasaría nada; el cosaco había cumplido su misión.

—Afuera está empezando a soplar el viento —dijo ella—. ¿Lo oyes silbar?

—Lo oigo —respondí—. Parece Comala.

—Me da miedo.

—A mí también.

Y salí de esa casa, y me fui silbando bajito. No tardé en darme cuenta de que mi propio silbo decía, al son de imaginarios mariachis: «Si me han de matar mañana / que me maten de una vez». Eso me impactó porque quería decir que yo, en cierto modo, ya era capaz de sentirme trágicamente mexicano. Algo que le pasó a muy pocos exiliados; solo a los que entendieron el apasionado ensimismamiento, el ardoroso sentimentalismo del nuevo país de residencia.

16

Me acosté como a las cuatro de la mañana, exhausto, y dormí muy mal, un poco porque me dolía la cara cuando me volteaba del lado derecho, y otro poco porque no podía dejar de soñar con el cosaco, que reaparecía para volver a pegarme. Pero esa figura que yo había reconocido ya dos noches seguidas y con la misma chamarra de cuero, ahora en mi pesadilla tenía la cara de una foto vieja de mi padre.

A mí me remordía la conciencia atribuirle esa cara a semejante bruto. Mi padre murió cuando yo era chico. Le guardé un desconocido y enorme rencor porque me abandonó, como enseguida me abandonó mi madre. Durante los años del exilio creí que había hecho las paces con sus memorias, gracias a seis años en un diván de psicoanalista. Quizás por eso en el sueño me atacaba el remordimiento con un doble dolor: el de la reiterada paliza que me aplicaba el cosaco y el de la injusticia de que esa bestia tuviera la cara de mi padre. Yo lloraba como un niño y gritaba no recordar que jamás mi padre me hubiese pegado, pero a la vez la voz de mi analista me decía que tampoco recordaba que me hubiera besado o hecho una caricia.

Es un tanto absurdo decir esto ahora, y sé que solo puede comprenderlo quien ha sido huérfano o al menos se ha cuestionado el amor de sus padres, cosa no demasiado frecuente. Pero lo escribo porque en esa pesadilla las culpas sobrevolaban mi cama del Calinda. Es un drama, para mí, pero jamás puedo dormir boca arriba, y es inevitable que me dé vueltas cada diez o quince minutos, para un lado o para el otro. Entre remordimientos, dolor, abandonos y culpas, mi sueño no valía nada y yo sentía que se me mezclaban los sonidos y las músicas: una excelente como insólita versión de Guantanamera cantada en francés que una vez escuché en un hotelito de Saint-Gilles, en el sur de Francia; una *canzonetta* napolitana interpretada por Pavarotti; y todavía un chamamé que hablaba de Puerto Bermejo —un pueblito fronterizo con el Paraguay y al que siempre tapan las aguas del río— y que entona maravillosamente Choni Andriani, que es ingeniero, cazador y el tipo que mejor canta los chamamés en todo el noreste argentino. Y digo que todo esto es absurdo porque las culpas y las músicas, en mi pesadilla, no solo evocaban muertos y desolaciones,

sino que en todo mi sueño había muerte —que es el peor sustantivo— y en cierto momento Carmen misma aparecía y me decía Pepe ya no te quiero pero nunca me olvides; y me decía nunca sabré si te quise pero jamás te odié; y me decía no me esperes más pero no me borrés de tu vida; y me decía esperáme siempre, amor, aunque nunca seré tuya.

Cuando me desperté —porque escuché voces en los pasillos del hotel— me costó unos segundos ordenar los pensamientos. Encendí un pucho temblorosamente; me supo asqueroso y lo apagué enseguida. Presté atención a algunos gritos externos. Me calcé un *jean* y vi el reloj fugazmente, instalado en las seis y cuarenta y cinco, cuando salí sin camisa al pasillo. Una recamarera pasó corriendo y me dijo: «Señor, un muerto, hay un muerto en el *pent-house»* y desapareció doblando hacia el elevador. La seguí, atontado, y me encontré con otros tres pasajeros en el palier y con un policía de uniforme que nos ordenó que volviéramos a nuestras habitaciones.

Me di la vuelta y me metí en el sistema de escaleras. Subí los tres pisos hasta el *pent-house.* Entreabrí la puerta y vi un grupo de gente: el encargado del hotel, dos conserjes, varios policías de civil y de uniforme, enfermeros y público, y todos se arremolinaban a un costado de la piscina cubierta. Entre ellos descubrí al comandante Carrión, que daba órdenes a uno con pinta de licenciado recién recibido que tomaba notas en una libreta.

Había más huéspedes, en batas o camisones, y uno que otro con ropas de improviso. Me mezclé entre ellos, mientras uno de uniforme se esforzaba por hacernos salir del solario. A unos metros de esta aglomeración, a espaldas de Carrión y del licenciado y del gerente, había un cuerpo todo mojado, frágil, inmóvil y sobre el que trajinaban dos tipos jóvenes con chaquetas de médicos. Era el cuerpo de una mujer que había sido muy sensible y muy hermosa y vivido muy confundida, y que llevaba un elegante vestido morado, de seda, y unas sandalias plateadas, de tacos altísimos, calzando unos pies inigualablemente bellos que tenían todavía —y allí se detuvo mi mirada— las uñas delicadamente pintadas del mismo color que el vestido.

Sentí como un golpe en el pecho y empecé a negar con la cabeza. Apreté los puños y me quedé mirando, como un niño frente a una injusticia obvia, impotente y atontado por la incomprensión, a esa mujer a la que había amado —ahora lo descubría— con la fuerza de la imposibilidad. Me solté a llorar en silencio y me sentí como un inimaginable sol de Kepler en un universo cargado de violencia en el que yo era, en ese momento, el más desdichado de los hombres.

Segunda parte

«¿Por qué dar tanta importancia a un instante, si
ya no habrá memoria? Ya no habrá
tampoco reparación».
SIMONE DE BEAUVOIR

«Toda la historia de la vida de un hombre
está en su actitud».
JULIO TORRI

1

Fue un día espantoso. Al amanecer llovió un poco, cosa extraña en Zacatecas, y la grisura fue tan pronunciada que hasta el cerro de la Bufa apareció cubierto. Dios, si existía, se había borrado.

Yo me encontré en mi habitación bebiendo un café tras otro de una jarra enorme que me hice subir, y mirando el cenicero lleno de puchos apagados con la expresión idiota del que en un circo no se altera en el momento en que el domador entra a la jaula de los leones. Pensaba y pensaba para no sentir.

Yo sabía que hay acontecimientos más terribles, en la historia, que cualquier cosa, la más tremenda, que a uno le suceda. La muerte de Dante, la destrucción de la cultura griega, la lepra en la Edad Media, la tragedia del Titanic, los crímenes del nazismo, el *apartheid,* por decir algo, son infinita, incomparablemente más dolorosos en abstracto. Y sin embargo —la idea es de Brecht— hablar de millones de muertos no parece tan terrible como contar la muerte de Hans, un soldado cualquiera. No es lo mismo decir treinta mil desaparecidos que escuchar el exterminio de la familia Tarnopolsky de boca del último sobreviviente, un chico de dieciocho años. Describir el sentimiento de un toro que a la hora de la muerte lame la mano del matador, como describió Maulnier, puede ser incluso más impactante. ¿Por qué la mente necesita de detalles para comprender las tragedias? ¿Por qué el hombre solo puede aprehender la dimensión de la desesperanza cuando logra imaginarla en un nombre y un apellido, en alguien que más acá de las cifras cuantiosas se parece al hombre medio, al ciudadano cualquiera que uno es? El patetismo no necesariamente congenia con lo voluminoso. Y además, uno siempre piensa en su propio dolor, que es intransmisible. Un dolor, en esencia, es inexplicable. Es tangible solo para quien lo sufre. Todo lo demás que se diga, que se intente explicar, es una ceremonia retórica, una exposición de obviedades. Nadie alcanza a imaginar cómo se siente un dolor. No por gritarlo, por llenarlo de palabras, de insultos, de exclamaciones, tu dolor se comprenderá mejor. Es quizá el sentimiento más intransferible que tenemos. A mí me dolía todo, ese amanecer. Una vez más me percataba de cuánto me costaba llorar y

no sabía qué hacer para tragar esa cosa que sentía en la garganta, en el pecho. Y que debía engullir para seguir adelante, si eso era lo que yo quería.

2

De pie junto a la ventana que daba al cerro de la Bufa, fui viendo cómo se hacía el día, neblinoso y sin el estallido del sol, hasta que reparé en que mi vista estaba detenida en una cruz que se imponía sobre el paisaje de techos, emergiendo de la cúpula de una iglesia. Me preguntaba en silencio por Dios, esa ilusión que, si existe, cada tanto ha de ofrecer manifestaciones para los incrédulos.

Yo soy un incrédulo y no hay manifestación que me convenza, pero admito que hay metáforas que pueden hacer pensar a muchos —de hecho a la mayoría de la gente— en la idea de un ser superior, un Hacedor, un ente maravilloso y supremo que mediante el simple recurso de mostrar una cosa por otra hace creer en su existencia. Yo me decía que la única metáfora de Dios era el amor, la belleza del encuentro de dos que se aman y acarician. «El mundo nace cuando dos se besan», estaba escrito en ese *Piedra de sol* que alguna vez, hacía años, Carmen me había leído luego de que hiciéramos el amor, cuando México era solo la idea de un país milenario que quedaba muy lejos. «Besáme, Pepe, y amémonos siempre», me había pedido. Yo había cumplido mi parte. Aunque infructuosamente.

Ahora yo pensaba que en algún lugar de Zacatecas se escondía un hijo de puta que la había asesinado; y que si era cierto que el amor es la mejor y más inigualable metáfora de Dios, ahora podía entender por qué la noche anterior, en lo de Hilda Fernández, había evocado a Kepler. Quizás estaba asumiendo que mi capacidad amorosa había sido pobre, ambigua. Quizás intuía los peligros que luego provocarían la muerte de Carmen. Acaso presentía la soledad inmensa, el vacío que me producía su pérdida. La gran asimetría sin remedio. Porque mientras un ser querido no está con vos pero sabés que circula por tu mismo mundo, todo es posible. Nada es definitivo, nada está perdido por completo. Por eso el pánico que sentí entonces, paradito ahí, mirando la cruz, fue grandioso. Acaso en ese momento necesité de Dios, más que una metáfora, una manifestación, una prueba que solo en ese instante pude estar dispuesto a creer.

Pero no hubo tal. Y me quedó esa pesadilla espantosa que luego me siguió todo el día, que aún ahora no dejo de recordar. No hubo tal

porque en el amor todo es reiventable; porque el amor, como el mar, es algo vivo, movedizo, impredecible. Uno puede admitir hoy una idea, vislumbrar una revelación, y mañana todo ha cambiado. Uno puede amar a ciegas y dar la vida, hoy, por lo mismo que mañana te parecerá tan lejano. Hoy podés ignorar a quien está a tu lado, y mañana descubrir que siempre deseaste poseer a esa persona. Pero te das cuenta cuando ya todo está perdido. Siempre sucede así. ¿Ama uno a quien ama? ¿Era Carmen, esa última Carmen, la mujer que yo había amado? ¿Era mi Dido; era yo Eneas? ¿Y si Virgilio estuvo errado y toda la historia fue distinta de como la contó, por sus compromisos con Octavio Augusto y la aristocracia romana —y por su urgencia de dar a Roma un poema nacional exaltativo, justificatorio, anticipador de la retórica de dos mil años después— creando a una Dido y a un Eneas diversos de los que fueron, si fueron? ¿Por qué no pensar que los dioses lo trastornaron, o que fue un farsante, y que acaso la historia fue diferente de la que él contó? Quizás Dido no fue una loca de amor, ni una rencorosa, sino que fue abnegada y piadosa —piadosa ella— y por su alto sentido del amor dejó ir a Eneas de Cartago porque advirtió a tiempo las debilidades de él; porque comprendió las exigencias del patriotismo y porque supo —mujer enamorada al fin— que habría de ser inútil retener al amado con chantajes. Ella sintió el amor como lo sienten las mujeres: como un compromiso irreversible; una inagotable práctica de la tragedia; una verdad necesaria y sin dobleces. Y Eneas, por su parte, levó anclas con su flota, cortando amarras en la noche, cobardemente, huidizo del temor que le causaba esa admirable mujer enamorada sin condiciones, y no por el compromiso de fundar la Roma que quiso Virgilio. Débil, confuso, huyendo del simple compromiso de amar, Eneas fue incapaz siquiera de una tierna despedida y echó a andar su flota rumbo al Lacio, autoconvencido de que su misión le era impuesta por los dioses y por su padre, Anquises. Y fue tan miserable —y tonto y necio— como para no darse cuenta de la herida que dejaba en Dido. Una lastimadura que no la llevó a suicidarse de un espadazo —materia literaria, y por ende pretenciosa, con que Virgilio liquidó el asunto disculpando a su Eneas — sino que la hizo quedarse, llorosa, en Cartago, disimulando incluso ante Ana el dolor que la desgarraba. Virgilio no lo supo jamás, o no quiso saberlo, ocupado como estaba en atender solo el punto de vista patriótico de su predestinado y consentido Eneas, al que le atribuyó una piedad que no tenía, como sospechó Cervantes hace cinco siglos.

En el amor todo es reinventable, y acaso allí la geometría alcance sus máximas posibilidades como metáfora de Dios. Porque es en el amor donde se ofrecen todos los modelos para la creación. Pero si el

milagro de dos pierde a uno, entonces solo queda el vacío; no hay geometría con una sola línea.

El rostro de Carmen parecía estar en la neblina, y por eso mismo era indefinido, borroso, inaprensible. Más deprimido que enojado, con más miedo que decisión, yo intuía que me esperaba una larga jornada. Estaba cansado, molido; me dolían el cuello, los hombros, los omóplatos. Y estaba solo. Carmen había muerto y yo empezaba a sospechar —a darme cuenta— que en el reino de los muertos Dios ha de ser, solamente, un gran silencio.

3

A medida que avanzó la mañana me asaltó, para colmo, una oscura sensación de culpa. Fue cuando me dije que el hijo de su chingada madre del comandante Carrión era capaz de venir a interrogarme por la sencilla razón de que yo lo había fastidiado y habitaba el hotel donde habían matado a Carmen. Podía personarse en mi cuarto y hacerse el astuto con preguntas tales como: «¿Dónde estaba usted anoche, entre las doce y las cuatro de la madrugada? ¿Puede probarlo?». Naturalmente, no creería una sola palabra que yo dijese y me vería en problemas peores.

Comprendí que, en realidad, eran muchas las culpas que me perseguían. Mi inagotable, infinita capacidad de sentir culpa. Porque yo soy de esa clase de tipos que cuanta culpa anda suelta, la agarran para sí. Giustozzi el culposo, venga y deposite culpas, en efectivo, a crédito o en tráveler-cheques; se aceptan culpas de todos los tamaños y contamos con un departamento de antigüedades.

Carmen siempre se burlaba de mí por eso. La divertía que yo fuese tan culposo. Una noche estábamos viendo la tele en la cama y yo sentí una picazón en el pecho. Distraídamente, me rasqué. Al rato sentí otra picazón en el cuello y volví a rascarme. Durante una tanda publicitaria, miré mis uñas rascándome una tetilla y agarrando, entre la mata de pelos, un puntito negro, pequeñito, como una cascarita de lastimadura, pero que se movía casi imperceptiblemente. Di un brinco y aplasté al bicho en la palma de la otra mano, partiéndolo en dos. El infame animalito hasta hizo un cric que me resultó escalofriante.

—¡Un piojo, carajo! —grité, como avisándole a Carmen que se incendiaba la cocina.

Ella saltó de la cama, horrorizada, y me miró como si me hubiese transmutado en Frankenstein. Pero ya era tarde; una hora y media después la invasión era masiva: ella tenía piojos en la nuca y en el pubis, yo sentía que me caminaban animales desde la coronilla hasta las piernas, peludo completo como soy, como si todos los huevecitos de la casa hubieran decidido nacer a la vez. A las once y media de la noche, desesperados por cada nuevo ominoso descubrimiento de piojos en nuestros cuerpos, yo no atinaba a dar explicaciones sobre el

origen de esos bichos. Carmen me mandó a una farmacia a buscar algo. Fui, muerto de frío y rascándome como un perro callejero. Un tipo semidormido me informó que se trataba de una epidemia y que nos bañáramos en Detebenzyl y laváramos las ropas en agua con vinagre. Al amanecer, Carmen había asumido el liderazgo de la situación, pronunciado todas las palabrotas que aprendiera en su vida y removido mantas, colchones, sábanas y ropas mientras yo contabilizaba cuarenta y siete piojos muertos, cuyos cadáveres atesoraba en una hoja de papel. Carmen ya había sentenciado que la culpa era mía, que era un asqueroso y que dónde carajos me habría metido para llenar la casa de esos bichos inmundos. Yo no era capaz de jurar que no tenía la culpa; me sentía abatido, todo mojado y grasoso, sentadito en una silla en la sala, deprimido porque no lograba establecer dónde cuernos me habrían empiojado. Entonces Carmen terminó de lavar, secó el baño donde nos habíamos duchado y refregado un par de veces, acabó de ponerse la loción complementaria del champú por segunda vez, dejó la ropa envinagrada en la bañadera y tiró unas mantas limpias en el piso, con sábanas nuevas. Se acostó y me hizo un lugar. Yo me tendí a su lado, tratando de no tocarla y los dos olimos esa extraña loción que nos embadurnaba; y de repente ella empezó a reírse y me abrazó y me dijo Giustozzi te quiero mucho sos un cretino putañero pero con vos no puedo aburrirme y me encanta que seas culposo, y yo también me reí y la abracé fuerte y nos dormimos como angelitos.

A eso de las diez me llamó Hilda por teléfono, con voz de contralto afónica y llorosa, y me sacó de las evocaciones. Se sentía retemal, dijo, porque se había enterado en la universidad durante una clase, me doy, mano, pobre güera, los chismes vuelan en las ciudades pequeñas. Había regresado a su casa y acababa de llegar cuando vio que un patrullero policial estacionaba en la puerta de lo de Carmen. Dijo que entraron dos tiras de civil y uno de uniforme y que volvieron a salir después de más de media hora. Que luego subieron dos al patrullero, que esperó, mientras el tercero, el uniformado, llamó a su propia puerta. Le preguntó si conocía a la vecina; dijo que sí. Que si podía aportar algún dato para el sumario —ya que la vecina había muerto— que se presentara más tarde en la delegación. Se quedó estupefacta. Que iría, sí, desde luego, si se le ocurría algo que declarar, y a su vez preguntó de qué había muerto, y el azul le respondió que «de un suicidio, a la madrugada». Y luego se fue y ella, que aún no podía creerlo, ahora me llamaba a mí. Y todo lo decía sin llorar, furiosa, confundida y asustada, me lleva la chingada, mano, ¿ves?

—Bueno, compañera —le dije—. ¿Qué puedo decirte? ¿Que te

quedes tranquila? Yo iré luego a verte.

—No sé si voy a estar.

—¿Y a dónde vas a ir?

—¿Y a ti qué te importa? Al carajo, me voy a ir.

—A este paso, vamos a ser dos.

—Tres.

—Bueno, pero en algún momento quisiera verte.

—No quiero consuelo.

—No seas jodida, Hilda. El que necesita consuelo quizá sea yo.

—No mames. Tú eres un duro.

—Sí, duro de plástico. En un rato estaré ahí.

Ella colgó sin decirme si iba a estar; supuse que sí.

Mientras me duchaba, hice un breve inventario de lo que sabía y me flagelé un poco más: ¿había hecho yo todo lo posible para evitar que mataran a Carmen? ¿Había buscado los modos de estar cerca de ella, para impedirlo?

¿Por qué no fui capaz de advertir la dimensión del peligro que corría, si ella me había hablado de su miedo? ¿Por qué no luché por esclarecer sus dobles mensajes, si ellos indicaban que en el fondo sí quería —y necesitaba extremadamente— mi ayuda? ¿Por qué una vez más, como en toda mi vida, yo, José Giustozzi el hiperactivo, caía en la inacción justo en los momentos más importantes, e inexorablemente perdía lo querido? ¿Por qué fui tan estúpido de hacerme el discreto y no insistí ante Carmen para que me dijera la real situación en que se encontraba? ¿Cómo no me di cuenta de que me citó en el box porque quería verme en un lugar lleno de gente, porque tenía miedo y la vigilaban, la tenían controlada? ¿Cómo no advertí que al no poder asistir al Auditorio Municipal debió cambiar de planes, cuando la fueron a buscar esos dos en el Volks, y luego o bien se escapó, o bien se las ingenió para ir al hotel a esperarme, y allí la mataron? ¿Y quién era el que la tenía tan controlada —y mandaba al cosaco para ocuparse de mí— y por qué? ¿Qué tenía ella, qué sabía que la atemorizaba tanto? ¿Qué miedos absurdos había tenido yo —que me pertenecían solo a mí, no a ella— para no haber hablado más de todo esto, y de su vínculo con Marcelo, y con el petiso del Mustang y con las drogas, si yo ya estaba convencido de que todo estaba relacionado?

¿Y sobre esa idiotez de contratar a un detective que después desaparecía y que ahora me parecía tan sospechoso como cualquier otro, o más, por qué no había insistido? ¿Qué me había pasado, que llevaba dos días en Zacatecas y estaba absolutamente desvalido y pendejo, boludizado y encima con un diente de menos, dolorido y ahora sintiéndome como un viudo?

Me vestí rápidamente y programé mis próximos pasos. Me importaba muy poco la amenaza recibida. Me sentía frío, como excitado y alerta por el miedo y la emoción. Como en los viejos tiempos de la militancia.

4

En el ascensor no se hablaba de otra cosa. En el *lobby* tampoco. Ni en el bar. Eran las diez y media cuando me sirvieron el desayuno —frutas y café— y las once cuando salí. Compré los diarios en el puesto de la esquina. No se decía ni una palabra del caso, pues todo había sucedido después del cierre de las redacciones, pero el diariero le contaba a quien quisiera escucharlo que «el suicidio de la Ché ocultaba, de todas-todas, un drama pasional y político» y daba imaginativos detalles sobre el descubrimiento del cadáver, flotando en la alberca, por los empleados del hotel.

—¿Quién era ella? —le pregunté.

—Una güera que estaba buenaza, jefe —me devolvió el tipo, rascándose las nalgas con las manos bajo el pantalón, como si tuviera piojos justo ahí—. Parece que había sido guerrillera. Ya sabe: en Sudamérica se los lleva la chingada con eso del terrorismo…

—¿Y qué tiene que ver con el suicidio?

—Pus… la culpa, ¿no? Quién sabe qué habrá hecho la vieja. Era argentina.

—Sí, y yo también.

El tipo se encogió de hombros, como diciéndome «entonces jódase» y atendió a una mujer que buscaba el *Vanidades* y a un hombre que pidió el *Siempre*. Reemprendí la marcha, sin saber exactamente qué haría y preguntándome en voz apenas audible, de tipo que habla solo como esos que uno ve en los subtes, en las calles, inquiriéndose y respondiéndose, esos locos sublimes de los que están llenas las ciudades, qué nos había pasado a los argentinos de mi generación. ¿Qué nos había pasado que nos inculcaron el cuento del país rico hasta la saciedad, generoso como una madre, inagotable como el Paraná? ¿Qué pasó para que nos criáramos en la confianza y la soberbia de creernos un pueblo elegido, granero del mundo, crisol de razas, patria del trigo y de las vacas que se autoconvenció de míticos destinos de grandeza?

Pobres de nosotros, Carmen y yo —pensaba al caminar—, pobre mi generación y las que vendrían, paridos en el odio de antinomias que marcaron nuestra historia y solo sirvieron para renovar la tragedia:

unitarios o federales; Federación o Muerte; civilización o barbarie; oligarquía o indiaje; yrigoyenistas o alvearistas; peronistas o contreras; fachos o zurdos. Pobres de nosotros —pensaba, sintiéndome un marciano en Zacatecas—, paridos en la veneración a la infamia de la Triple Alianza que destruyó a un país hermano, y en la exaltación de un ejército invicto que exterminó al indio y un siglo más tarde torturó a mansalva y se lanzó a la aventura de las Malvinas con lo cual perdió la dignidad junto con el invicto. ¿Por qué nos había pasado a nosotros; quién nos condenó a la intolerancia y nos llevó a despreciar la democracia y a aceptar el autoritarismo y la violencia? ¿Cuál era nuestra culpa, si nos (mal) educaron condenados a la irreflexión, la ceguera y el fanatismo, y nadie hizo docencia democrática con nosotros, impedidos de participación cívica por la violencia ostensible de dictaduras, golpes de Estado, corrupción y oportunismos?

Yo cruzaba calles, atontado, desoyendo uno que otro bocinazo, buscando a Carmen en los rostros de las mujeres que pasaban a mi lado y preguntándome por qué nos condenaba la historia a nosotros, Carmen, ¿por qué nos condenaba la vida?

Estaba solo en el mundo, y además desamparado.

Entré a una farmacia a comprar cigarrillos. Porque así son las cosas en México: el día que usted necesite una aspirina vaya a la caja de un restaurante; cuando quiera comprar libros diríjase a un supermercado; y cuando insulte a alguien dígale que es un pinche argentino. Del mismo modo, eso sí, cuando necesite un amigo desinteresado y capaz de perder su tiempo por usted, búsquese a un mexicano.

Sentía las piernas pesadas y un cansancio viejo se adueñaba de mi circulación sanguínea. Era la misma sensación que uno tiene cuando está fumado y encima deprimido. Nunca hay que entrarle a la mota si estás deprimido. Te lleva el tren, como dicen en México, que es como decir que te vas al carajo. Era esa misma sensación, solo que yo estaba sobrio, desayunado, y la humedecida luz de la mañana me daba a pleno en la cara cuando me senté en un café que olía a tortillas de maíz. Pedí un cortado, sin dejar de pensar en Carmen y en la tragedia de mi generación, y de pronto me encontré llorando, quedito y angustiado, porque descubría, en el desamparo, qué tan gigantesco había sido aquel engaño sistemático que nos condujo a hartazgos y descarrilamientos, y por eso mismo a suicidarnos.

Cerré los ojos, me tragué unos mocos y de pronto me sentí como transportado a un sueño: yo volaba sobre la ciudad y un ángel me decía que todos estos años de exilio habían sido una práctica cotidiana y dolorosa de autocrítica y qué bien, Giustozzi, aplaudían todos, y el ángel era Carmen, que juraba inocencia y acusaba a su familia que la

abandonó y a su país que también, porque solo le ofreció la posibilidad de matar o morir o exiliarse. Yo, entonces, gritaba que los miles de muertos y desaparecidos en esta tragedia contemporánea no tuvieron la culpa de lo que pasó. Mi generación no tuvo toda la culpa, protestaba yo, no nos cabe la misma cuota que a los asesinos, los genocidas.

El café se enfrió, por supuesto, mientras yo seguía sumido en esa especie de raro sueño de vigilia. La confusión y el dolor que sentía eran tan grandes como si todo a mi alrededor fuese un desconcierto de sonidos y de furias. Vestidos a la moda del siglo diecisiete, con bombachos y olanes y pelucas rizadas, unos enanos, o gnomos, grotescos y gritones hacían una ronda y bailaban a mi alrededor tomados de las manos. Yo les gritaba que a Carmen y a mí, a nosotros, nos parieron en la emulación de una Europa y una Norteamérica siempre en guerras y cuya principal cultura no eran el Louvre, el Prado ni la Estatua de la Libertad, sino el colonialismo, la violencia y la explotación. O Hitler, que también andaba por ahí; siempre anda por ahí. Pero ellos, los enanos, no escuchaban y en cambio se reían y saltaban como muchos *Tweedledee* y *Tweedledum,* e invertían el sentido de la ronda y cantaban que «si fue así, podía ser, y si así fuera, sería; pero como no es, no es. Eso es lógico». Yo desesperaba gritándoles mi silencio, que era total en ese barcito y ese sueño imposible, y les gritaba también que estaba harto de la violencia, harto del miserable amor argentino a la violencia.

Cuando pagué el café, el tipo que me atendió me preguntó: «Señor, ¿le pasa algo?» y yo mentí que no, que solo estaba un poco triste y que apenas sentía algo de culpa y mucho coraje porque habían asesinado a una mujer que yo amaba, solo eso. El hombre exclamó «Ah, chingáos» y se quedó atónito, con los ojos como palanganas. Juró que era lo último que esperaba escuchar esa mañana y me ofreció un tequilita que trajo, solícito y amical, y depositó sobre la mesa diciendo «La casa invita, señor, mi pésame», y me dejó solo, respetuoso, con esa ceremoniosidad y esa capacidad de afecto silencioso que tienen los mexicanos.

Yo bebí el tequila de un solo trago. Dejé unos pesos de propina, saludé al mesero con la cabeza y salí a la calle, ahora sí sabiendo lo que iba a hacer.

Ya no llovía y podía verse el cerro de la Bufa, pero todo seguía gris.

5

Yo sabía que Carrión no me iba a recibir, y en efecto, no lo hizo. No tenía nada importante que preguntarle, y él, de haberme visto, no me hubiera dicho nada. Todo fue como un juego infantil: él estaba pero se negó a recibirme; yo fui solamente para que él supiera que no seguí su consejo y que continuaba en Zacatecas, ahora sí de ostensible entrometido en lo que tanto me importaba, aunque con un diente menos. Cuando salí de la delegación, pensé que quizás había sido mejor que no nos viéramos. «Fuera máscaras, cabrones», dije para mí, y me sentí como John Wayne antes de una pelea con los indios. Fue irónica mi comparación: yo detesto a John Wayne, sobre todo desde que Reagan le mandó hacer un monumento al *cowboy*.

Caminé hacia el centro, entre el ajetreo del mediodía, y en la Fuente de los Faroles, en Tacuba y Allende, me acerqué a un puestito de flores donde compré dos docenas de rosas rojas. Luego entré a un centro comercial que desemboca en el mercado laberíntico que está a espaldas del Palacio Municipal, y anduve por callecitas de dos metros de ancho, atestadas de verduras y huipiles, de semillas y sandalias de plástico, de chiles y mariscos, de fayuca y platerías de baratija; en el callejón de la Bordadora compré pan fresco y una botella de vino chileno en un tendejón de ultramarinos: un Cousiño Macul etiqueta negra cosecha 1973 que alguien había elogiado alguna vez y que me pareció adecuado para la ocasión; en la plaza de la Loza tomé a la izquierda y compré un rostizado en el despacho de pollos frescos de Isidoro Gamboa, una poca de birria y de cecina en la Birriería Paquita y, por el callejón del Tráfico, salí a la plaza de la Independencia.

Quizá de paranoico que soy, o porque la situación lo ameritaba, di un par de vueltas bajo los portales del municipio. Los anduve dos veces para volver a desandarlos, recordando nuestras viejas paranoias, de aquellos tiempos en que Carmen y yo nos sentíamos integrantes de una sociedad maravillosa, cambiante y revolucionable, cuando en realidad solo éramos miembros semimarginales de una sociedad enferma, autoritaria y vanidosa que había dado novelas románticas o cursis como *Amalia* o *Juvenilia* a la par que se consumaba el genocido de los indios patagónicos. Que producía un verso nacional como el

Martín Fierro contemporáneamente a la instauración de gigantescos latifundios que jamás pagarían impuestos. Que daba *El espantapájaros* de Girondo al tiempo que el suicidio de Lisandro de la Torre. Que obtenía un Premio Nobel de la Paz casi a la vez que una turbamulta atacaba y saqueaba la casa del presidente de la República en apoyo a un golpe fascista. Que veneraba a la generación del ochenta con el idéntico cinismo con que entablaban relaciones con el racismo sudafricano. La Biblia y el Calefón. El Cambalache. La decadencia romana revivida en un país de segunda, en vertiginosa vía de subdesarrollo, con pretensiones de potencia, en pleno siglo veinte problemático y febril, y dale que va, dale nomás, jaraijajá y no, nadie me seguía, el grandote sin diente no llamaba la atención.

Entonces enfilé para la avenida Hidalgo, atravesé el Portal de Rosales, compré cigarrillos, caminé hacia arriba de la ciudad, pasé por el desvencijado convento de San Agustín —donde me hice el turista para ratificar que nadie me vigilaba— y llegué a lo de Hilda, en la calle del Ideal.

En cuanto entré nos abrazamos, brevemente llorosos, temblando como pajaritos en la mano de alguien. Ella se recompuso enseguida pero yo la retuve un momento, apretándole la espalda con las flores, el pan, el pollo, las bolsas que llevaba, y sentí que éramos dos hermanos. A la vez, me pregunté qué extraña relación se establecía entre esa mujer, en esencia una desconocida, y yo. Pero, me dije, dentro de todos los riesgos, incluyendo mis miedos y una posible traición que me era por completo insospechada en ese momento, Hilda Fernández era prácticamente todo lo que yo tenía en esa ciudad y en esos días. Y el único ser humano en quien quería confiar.

Fuimos a la sala, el cocker hizo su *show,* Hilda se interesó por mis heridas, no pudo evitar una sonrisa cuando abrí la boca, me revisó el pómulo izquierdo y dijo: «Y ahora qué haremos». «Comer, le respondí, pero primero celebraremos el recuerdo de nuestra amiga brindando en su memoria. Después de todo solo tú y yo creemos haberla querido, cada uno a nuestro modo y en nuestro tiempo». Ella me miró, un tanto sorprendida, mientras yo descorchaba el vino, sacaba el pollo y el pan. Agarré un florero que estaba sobre una biblioteca, le puse agua en el baño y coloqué ahí las rosas rojas. Hilda fue a la cocina por unos platitos para la cecina y la birria, y trajo mantequilla, mayonesa, platos y cubiertos. Hubo que encerrar a Flores Magón. Le pedí que me hablara de la historia de la minería en Zacatecas, y de su ubicación en el camino de la plata algunos siglos atrás. Sabía un montón. También inquirí sobre el PRI local, la política universitaria y la arquitectura neoclásica de la ciudad, y le dije que me llamaban la atención los

ventanales británicos, de logia voladiza, de madera, que asomaban en algunas casas del diecinueve, así como admiré en voz alta las filigranas de hierro forjado de los balcones, que me recordaban a Lima. Nos preguntamos por qué razón los poetas zacatecanos no escribieron odas a esos balcones. Ella aventuró la hipótesis de que quizá porque sabían que con el tiempo serían famosos y atraerían a demasiados turistas y anticuarios.

Cuando terminamos de comer, y luego que ella preparó dos nescafés, yo anuncié, señalando las rosas rojas:

—Esta es Carmen. Bien o mal ella está con nosotros. Ha de ser tan fea la muerte, compañera, ha de ser tan fría, tan vacía, tan quieta.

Yo sabía que era estúpido ponerme solemne. Detesto la solemnidad, aunque muchas veces caigo en ella. Sabía que era pueril, casi cursi, mi deseo de llorar, de tragar finalmente esa cosa que tenía en la garganta. La solemnidad, me parecía, era propicia para el llanto.

—Esa es ella —repitió Hilda.

—Cuando murieron mis viejos —suspiré— mi hermana me abrazó y me dijo: «Qué solos se quedan los muertos, Josecito». Mi hermana siempre me ha llamado Josecito, ¿sabías?

—Es un verso de Bécquer —dijo ella, encendiendo dos cigarrillos. Me alcanzó uno, mirándome a los ojos.

—Por eso hay que llorar por ellos —seguí yo—: para acompañarlos, ¿sabes? Para que sepan que nos acordamos. Porque los muertos ya no oyen las palabras, pero parece que sí escuchan el llanto.

Fumamos en silencio, mirando esas rosas rojas, tan bellas que hasta tenían gotitas de agua en los pétalos, como un providencial rocío enviado por Dios.

—No sé si sea cierto lo que dices, Pepe. Pero suena bonito.

—El sentimentalismo de los creyentes es así, y por eso los hechos no penetran en el mundo de sus creencias. Los hechos pueden desmentir lo creído, pero ellos siguen creyendo. Los padecimientos y las desgracias destrozan sus vidas, sus familias, sus ilusiones, pero ellos creen cada vez más en la bondad de Dios. Es una ironía ejemplar. A mi hermana le pasó.

—Proust —dijo Hilda.

—Ajá —sonreí, admirado, y enseguida los dos apartamos la vista de las rosas porque Flores Magón empezó a ladrar en el dormitorio.

—Suéltalo —le pedí—. Flores Magón siempre fue un libertario.

Ella abrió la puerta y lo hizo salir al patiecito de gardenias que llegaba hasta la calle, al que daba otra puerta viejísima, de esas de hierro que generalmente son chirriantes. Esa lo era. Flores Magón salió a mearse y cagarse en la libertad.

—¿Cómo fue tu relación con Carmen, Hilda? —le pregunté cuando se sentó a beber su café y encendimos otros cigarrillos—. Háblame de ella, por favor. ¿Cómo era ella en estos años?

—No sé exactamente cómo era. No la conocí tanto… Era muy coqueta y muy nerviosa; sabía ser antipática, también. Pero en algo checaba conmigo: en la tristeza, quizás. Y tenía detalles bonitos: un día andaba de buen humor y venía a pasar el día conmigo, me regalaba un ramo de flores y me platicaba de lo que le hubiera gustado ser —médica— y de los hijos que pensaba tener. Decía que se iban a llamar Roberto y Pía, quién sabe por qué… Era una chava muy tierna y buena onda, cuando quería. Aunque en general era como casi todas las argentinas, un poco convenenciera, a veces distante. Eramos amigas como una argentina puede permitirle la amistad a una mexicana… —dudó ante la dureza de su comentario, miró el florero, chasqueó la lengua y siguió—: Ustedes son difíciles, Pepe. Quizás tengan sus razones, no los juzgo, pero son soberbios, sangrones, engreídos. Es como si a veces pusieran un muro con los demás. Son fáciles para la amistad entre ustedes, pero muy cortantes, muy apartados del resto de la gente.

—No te pido un tratado general de sociología antiargentina, Hilda…

—Está bien, pero es que… no sé si Carmen fue mi amiga. No se dejaba. Aunque supongo que ella sabía que conmigo podía contar. Quizá porque soy una solitaria, no soy chovinista y tengo sentido del humor. Y porque soy feminista. Carmen también quería serlo. Casi te diría que era una misógina al revés. ¿Androfóbica? Bueno, el caso es que ella traía mucho pedo con los hombres. Y habrá pensado que yo no era competencia.

—¿Alguna vez fue cálida, buena gente, contigo?

—Una vez, hace un par de años, vino a verme con un perrito de menos de un mes en los brazos. Temblaban, los dos, y la güerita me dijo que se lo habían regalado pero Marcelo no lo iba a querer en la casa. Dijo que le dolía verme sola, que no la creyera tan frívola ni… ¿cómo dijo? Sí, superficial. Que a ella le costaba tener amigas pero me quería, a su manera. Y que por favor yo lo aceptara. Es Flores Magón.

—¿Y de mí, hablaba de vez en cuando? ¿Me recordaba?

—La güerita era difícil de penetrar. Muy misteriosa. Pero sí, te mencionó algunas veces. Decía que tenía un amigo en el DF, que se llamaba Pepe. En una ocasión vino muy nerviosa, me pidió que no le hiciese preguntas y que le permitiera llorar a solas un rato. Yo me fui a la universidad y la dejé. Toda una tarde. Cuando llegué ella estaba saliendo, ya compuesta, y me dijo: «Pepe y vos son las únicas personas

en quienes puedo confiar en el mundo. Pero él está tan lejos que ni sé dónde está». Y después, cuando mataron a Marcelo…

Asentí con la cabeza. Estuvimos un rato en silencio, y cada tanto yo miraba las rosas rojas. Realmente, sentía la presencia de Carmen. Ella se alzaba del florero con un humito como el de la lámpara de Aladino, y se corporizaba volátil en el aire, hermosa como una mañana de hacía diez años, descalza y danzando en el living de nuestro departamento de Buenos Aires. En ese tiempo le había dado por la expresión corporal y hacía contorsiones todas las mañanas. Aseguraba que la militancia siempre es optimismo, exige buena salud y armonía de movimientos, y no está reñida con la elegancia. Yo preparaba unos documentos porque estábamos organizando una huelga del sindicato, y ella cocinaba un puchero de gallina. Sus pucheros eran memorables, como sus milanesas. Era invierno y las ventanas cerradas estaban totalmente empañadas, lo cual nos permitía una más completa y dulce intimidad. Carmen iba a la cocina a controlar la cocción cada equis cantidad de minutos, y entre una visita y otra, bailaba en nuestro pequeño *living*. Me desconcentraba pero era hermoso mirarla, envuelta en sus *jeans* ajustadísimos, arremangados en los tobillos. En un determinado momento fue al dormitorio, volvió a la mesa donde yo trabajaba y empezó a pasarme una media de seda por la cabeza, dejándola caer sobre mi nariz, sobre mis ojos. Primero me gustó que me sedujera, pero luego le pedí que me dejara trabajar. Se lo pedí suave, cómplicemente. Ella recogió la media, la llevó al dormitorio y se dirigió a la cocina cruzando la sala sin decir una palabra, leve como una mariposa. Al rato sirvió la comida, que probamos en silencio. A mitad del puchero, me miró por sobre una pata de la gallina, y me dijo, despacito:

—Sos un boludo, Giustozzi —solía llamarme por mi apellido, cuando estaba enojada—, un salame, un gil, un otario, un chaqueño bruto. ¿No te das cuenta que nada es para toda la vida?

Se me atragantó el puchero, porque tenía razón, pero no se lo dije. Esa noche hicimos el amor, tiernamente, y le pedí perdón. Dijo que estaba bien, y me besó mucho, y me acarició todo, y creo que fue hermoso. Pero Carmen nunca más bailó para mí, aunque yo esperaba que lo volviera a hacer. No se lo pedí, tampoco. Entonces, aún no sabía que todo lo que uno desea de su pareja debe pedirlo.

Y ahora, ¿qué significado tenía descubrir el revoltijo que su muerte me provocaba? No soy un neófito en tragedias y vengo de pérdidas desde que era un tierno muchachito provinciano que no conocía el mar, ni la montaña, ni la nieve. Es la historia de mi vida: perder porque no he sabido amar. O quizá es que no he querido amar por

temor a que se muera lo que amo. Es terrible que un hombre llegue a los cuarenta con esa certeza. Toda edad plantea miedos e inseguridades, porque la vida misma es un examen de evaluación, un zafarrancho de combate; pero en los cuarenta uno ya sabe muchas cosas, ha decidido todo lo que ya no quiere y sabe todo lo que ya no puede. A un hombre, a los cuarenta, le quedan pocas cosas verdaderamente importantes, y con ellas sale al ruedo, más sabio, más firme, maduro como dicen, pues la noción del tiempo que no hay que perder es más clara, más precisa. La adultez ha tenido un precio costosísimo y uno ha dejado pedacitos de piel por todas partes, pero piensa que lo vivido, de todos modos, valió la pena. Salvo, quizá, en el único capítulo donde los reproches serán más consistentes: el del amor, que en mi caso no fue el camino de los aciertos, precisamente.

Yo amé, en el Chaco y hace siglos, a una muchacha redonda, bonita y dulce como una manzana, y quizás porque éramos demasiado tiernos e inocentes no supimos retenernos y compartimos más de tres años, durante los cuales creo que di muy poco porque necesitaba mucho. Después amé a una chica inteligente y sensible, de una pureza que al evocarla todavía me emociona y que fue tan paciente conmigo, primero, como contundente en el abandono, después. Hoy querría decirle que me equivoqué y lamenté perderla, y que me costó olvidarla, pero ya ni sé dónde se encuentra. Y luego fue Carmen.

Y también fracasé con ella, y acepté su abandono y adopté cierta pose melancólica, sin reconocer todo lo que la quería y necesitaba durante los años que dediqué a sentirme un mujeriego irresistible, Giustozzi el superficial, el frívolo, el machazo que iba de provinciano sencillo y enternecedor, que sabía ser porteño fatuo y engreído, que manifestaba vocación de andariego trashumante dispuesto siempre a aventuras amorosas, Cary Grant tardío cuando hacía falta, Edward G. Robinson de ocasión si se necesitaba cinismo y dureza, imposibilidad de sentirse Bogart porque el casablanco era un enano, Giustozzi el seductor militante, sobre todo después de la frustrada experiencia revolucionaria, cuando el peronismo hizo crisis y se atomizó en una generación que partió a una diáspora moderna. Los que nos salvamos, digo. Giustozzi el flaco altivo que soportó rachas de impotencia y un absoluto pánico a la muerte, y que se analizó cuatro veces a la semana para comprender su repulsa al abandono, por la cual se había convertido en el gran abandonador y había desarrollado una misoginia tamaño familiar y una coraza de cinismo, nada más para sobrevivir.

Y todo por el abandono de los viejos, esos desconocidos; fantasmas ampulosos que me dejaron todos los interrogantes abiertos; sombras

misteriosas que me impidieron un modelo, que me llenaron de miedos y culpas que vencí a golpes, jodiendo a quien se interpusiera y haciéndome el duro, el Gary Cooper, el Lino Ventura sudamericano, el Lee Marvin del subdesarrollo.

Y ahora que la muerte de Carmen me ha removido todo y me ha metido en esta especie de laguna estigia de lamentaciones y dolores, advierto que esto que redacto fervorosa, apasionadamente —y que sentí ahí, ante el silencio respetuoso de Hilda— es solo un necesario desahogo, una indispensable reflexión alrededor de la idea de que son los muertos los que se friegan, los que se frustran, los que sufren y pierden, porque para ellos se acaba todo y entran en el olvido, en la soledad, en el gran silencio.

Ahora todo se removía y a mí me asaltaban algunas viejas dudas, consistentes e irresolubles: ¿Habría matado Carmen, alguna vez? ¿Tuvo ella preparación militar? ¿Disparó contra un hombre; apretó un gatillo apuntando al pecho de alguien? ¿Cargaba ese tipo de culpas esa muchacha que yo mismo, ahora, no podía identificar? ¿Qué culpas arrastraba Carmen Rubiolo? Desde que dejé de verla y supe de su militancia, me había preguntado esto infinidad de veces. En el exilio, con los amigos y compañeros, ¿acaso no nos habíamos interrogado con los ojos, temerosos de las respuestas, acerca de las posibilidades criminales que pudo tener cada uno de nosotros? Cuando pasó lo peor, cuando el silencio se impuso en el país y en el exilio se recompusieron, o simplemente se compusieron, amistades, relaciones, amores, odios irracionales, ¿no nos preguntábamos, en ocasiones con secreto espanto, si fulano o mengana habrían sido capaces de matar? Esos mismos que ahora queríamos, que empezábamos a gustar, a admirar, a apreciar, esos que nos daban afectos nuevos y tan necesarios, y que recibían nuestros buenos humores y buenos oficios, ¿habían alcanzado alguna vez, en horribles, inenarrables circunstancias, la categoría de dioses pequeñitos, capaces de decidir la muerte de un semejante? ¿Habrían alcanzado esa horrible categoría de los represores, o todo debía quedar en la certeza de que acaso solo mataron, algunos, para no morir, para evitar la propia muerte?

¿Quién podría redimirlos, de todos modos? ¿Dónde estaba Dios? ¿O debíamos, nomás, conformarnos con la noción de que los nuestros fueron mejores dentro de su error y de su holocausto, porque no torturaron, porque no fueron innecesariamente crueles, sino solo una generación de sublimes, profundos apasionados, como lo fue Mozart para destruir su vida, como lo fue Arlt, como Quiroga pero a lo bruto, en masa y equivocados con las mejores intenciones, esa bastarda materia de la peor literatura?

No eran pequeños interrogantes. Aunque, fundadamente, jamás nos habíamos atrevido a pronunciarlos, aunque nunca los íbamos a formular, eran parte de mi revoltijo. Quizás porque también en los que queremos debe haber misterio, y porque nunca una confidencia ha de ser tan completa como para desnudar el alma.

Carmen había muerto, eso era todo. Cuando se muere un amor, lo demás son recuerdos: en los últimos meses de nuestra vida en pareja yo me enredé con una compañera de militancia, casada, y empecé a mentirle a Carmen. Llegaba tarde, faltaba a citas, me contradecía. Nunca supe, realmente, por qué lo hice, pues aquella compañera no era mejor que Carmen. En nada. También, en aquel tiempo, la militancia se volvió más exigente, las precauciones que debíamos adoptar nos ponían cada vez más tensos, nerviosos. La represión era terrible: bombazos, las primeras desapariciones de compañeros, de sindicalistas, de familiares, la locura desatada, de uniforme y de civil. Yo me pasaba horas tratando de entender. Vivía con miedo, con culpas y autochantajes relativos a mi propio compromiso político. La vida no me gustaba y ya ni siquiera era feliz en mi casa. Carmen empezaba a decir que quizá era cierto que había que terminar con las palabras y pasar a la acción. Yo no sabía decirle que estaba equivocada; no sabía si lo estaba. Entonces veía televisión, tomaba mucho, me sentía asexuado y todo el día me quejaba de lo caro que estaba esto o aquello y de cómo coño íbamos a hacer para pagar el alquiler.

En 1975 viajé cuatro o cinco veces al Chaco, solo, y cada vez le pedí a Carmen que no me acompañase. Al principio se molestó, porque también quería tener un hijo y yo dilataba la cuestión: decía que el país estaba mal, que no era el momento, encontraba un montón de excusas. Después vino el golpe de Estado de marzo del 76 y una de esas mañanas Carmen no dio más y vino y me dijo no doy más, estoy harta, sos el tipo más egoísta y jodido, etcétera, etcétera. Ocho años después, en esas rosas rojas yo quería pedirle disculpas por tanta imbecilidad. Giustozzi el tonto, el papa frita, el chaqueño bruto, estaba llorando, arrepentido tardíamente, como siempre sucede con los arrepentimientos.

6

Hilda me alcanzó un clínex y dijo:

—La van a cremar. Ni siquiera le harán una autopsia porque no hay familiar que lo solicite y el Ministerio Público se conformará con lo que diga la policía.

Yo alcé una ceja.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo averigüé.

—¿Y qué más averiguaste?

—La van a arrojar al crematorio público y todo se habrá tapado. Y bien atado, como decía Franco. ¿Te vas a ir?

—Siempre que nos vemos me preguntas lo mismo. No, no me voy a ir.

—Lo sabía.

—Yo no.

—Pero es peligroso.

—Dime, ¿tienes un arma en la casa?

—¿Un arma? No, ¿para qué?

—Por si las moscas. No te preguntaré cómo, pero no vendría mal que trataras de conseguir alguna, esta tarde.

Hilda optó por callarse. No pude evitar preguntarle por qué lo haría, por qué se comprometería en algo así, que podía ser muy peligroso. Le pregunté si sabía lo que estaba haciendo.

—Te ayudo y te voy a ayudar porque de haber sido Carmen me hubiese gustado que un tipo hiciera por mí lo que tú estás haciendo. Las mujeres somos así.

Me quedé mirándola. Ella fue a abrirle la puerta a Flores Magón, que entró tranquilamente a masticar su hueso de plástico en la cocina.

—¿A dónde da ese patiecito, Hilda? ¿A lo de Carmen?

Asintió abriendo muy grandes los ojos, sobre los bifocales.

—Vení, ayudáme —decidí súbitamente y en argentino, y caminé hacia afuera, portando una silla. Hilda me siguió, en silencio.

El muro era muy alto, como de tres metros. Lo miré y me pregunté por qué lo haría. ¿Por qué seguir, si Carmen estaba muerta y yo sabía que cuando se muere quien amas, todo el mundo queda vacío y nada

importa? No tenía claro qué quería saber, o encontrar, pero me parecía importante entender el porqué de la muerte de Carmen, y para ello debía comprender primero la de Marcelo. No era una respuesta satisfactoria, pero fue la que pude darme en ese momento y la que creí que me serviría para continuar en Zacatecas y no irme sin saber.

Quizá seguí adelante simple y sencillamente porque hay cosas que no se deben abandonar; hay momentos en los que un hombre hace ciertas cosas por la única razón de que debe hacerlas. En esos momentos no se sabe qué es lo mejor ni qué lo peor, qué es el bien ni qué es el mal. Uno solo siente que debe seguir, y sigue. Intuye o sabe que si se va, si se rinde, si abandona, si claudica, llevará sobre sí la culpa del miserable, del cobarde, del indigno. Ni siquiera se lo puede explicar a sí mismo, pero cuando lo siente, lo siente. Y procede en consecuencia.

Ahora creo, además, que hay reclamos que subsisten después de la muerte, lenguajes codificados secretamente que solo uno puede sentir y que es inútil razonar; reclamos que no solo persisten sino que se fortalecen con la muerte, se hacen claros para el destinatario, y se tornan imperativos. Algo así como los destinos que imaginaron nuestros padres para nosotros, y que después se nos transforman en profecías que uno va, inesperada e inconscientemente, confirmando en la propia vida, luchando a ciegas como un Palinuro descontrolado en la tormenta, quizás porque se nos enseña y se nos obliga a buscar siempre soluciones, salidas. Y uno tarda en comprender que lo trascendente de ciertas situaciones no es salir sino justamente lo contrario: entrar en ellas. Buscar las salidas es una de las formas neuróticas de la vida, el vivir-haciendo-cosas que es como andar huyendo operativa y funcionalmente, pero sin darse cuenta de nada.

Y es que si uno se mete en una situación grave y la torea, se involucra y escarba porque sí, porque debe hacerlo, acaso solo entonces encontrará su propia justificación como hombre. En el cenagoso terreno de la conciencia, que siempre nos impide el estúpido bienestar de la evasión o el autoconvencimiento, hay un punto en que un hombre ya no se detiene. Y no es que haya alcanzado la máxima escala del valor, sino que quizás ha descendido al último peldaño de la desesperanza. Yo me sentí en ese punto cuando vi el cadáver de Carmen, deshilachado y roto como una vieja muñeca en un desván y sin una niña al lado para inventarle fantasías.

Acaso comprendí, entonces, que para Carmen se habían acabado las metáforas. No había sol, no había Dios. Apenas la soledad de la muerte. Supe que ya no me iba a detener.

—Vamos —dije—, ayúdame.

Hilda no hizo preguntas y me sostuvo la silla. Flores Magón se interesó por la tarea, pero solo observó, sin ladrar.

Apenas pude agarrarme del borde superior, me jalé hacia arriba. Hilda soltó la silla y, enlazando sus manos, me hizo de estribo. Costó trabajo, pero logré pasar el codo y luego, montarme sobre el muro.

—Vean a Martín Fierro en tierras mexicanas —se burló Hilda, con su tonito cantado.

—No mames—repliqué, imitándola—. Martín Fierro se quedó a patas cuando lo cogieron los indios.

7

Desde arriba se veía una especie de brevísimo patio interior, al que daban dos ventanas. Una, calculé que era de la cocina. La otra supuse que de un dormitorio. Una puerta parecida a la de la casa de Hilda, de hierro, debía dar también a la cocina. Todo estaba cerrado, de modo que tendría que forzar alguna abertura. Antes de saltar le pedí a Hilda que me pasara un martillo y un destornillador, y estimé que para el regreso podría treparme sobre el lavadero, rústico y antiguo, empotrado contra el muro.

Sin embargo, no tuve que forzar nada. La puerta no tenía llave y efectivamente daba a la cocina. Entré. Estaba todo revuelto: los cajones abiertos, la cafetera destapada y un montón de azúcar esparcido sobre una mesa. Todas las puertitas habían sido revisadas y se había buscado entre cubiertos, utensilios y artículos de limpieza. Sobre el lavadero, solo un vaso y una taza, con manchas de rouge y un resto de té. Alguien había desenchufado la heladera.

Pasé a la sala donde yo había estado con Carmen el día que arribé a Zacatecas, pero todo estaba ahora más desordenado. Había libros en el piso y parecía que alguien hubiese mirado detrás de los muebles. Se veían también algunos cajones abiertos. Sin dudas, el registro se debía a los canas que había visto Hilda esa mañana. ¿Qué buscaban?

Miré a Zapata y al Che, y sus duras miradas, que me parecieron extraordinariamente lejanas, no me dieron la respuesta. No conseguía asociarlos con Carmen. De repente, la sensación excitante de saberme un intruso me importaba menos que la de advertir que ese ámbito me parecía totalmente despersonalizado. Allí no había vivido la mujer que yo conocí y amé, sino alguien ignorado y sin historia. Encendí un cigarrillo, decidí que no me preocupaba dejar cenizas en algún lado y me pregunté qué buscaba yo. Realmente, no lo sabía. Luego de mi impulso, ahora que había cruzado el muro, dudaba por dónde empezar pues ignoraba qué quería encontrar. En todo caso, lo despersonalizado agudizaba mi curiosidad, que si hacía falta podía llegar a ser metódica. Me llamó la atención una foto, sobre la mesa. Estaba acostada y daba la impresión de que alguien la había contemplado después de la muerte de Carmen. Probablemente los

policías. Marcelo y ella se abrazaban para la cámara, en el centro de la calle Corrientes. Era una foto vieja, y reconocí, a sus espaldas, la Banchero de Talcahuano, y una cuadra más atrás, El Foro. Detrás venían coches y los dos se carcajeaban porque el fotógrafo seguramente les decía que se apuraran a rajar. La sonrisa de Carmen mostraba su dentadura perfecta, de dientes largos y blancos, y los pantalones ajustados dibujaban sus piernas. Me impresionó darme cuenta de que yo no sentía nada.

No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas por la casa. Traté de no tocar objetos, y como un *voyeur* me detuve largo rato en el dormitorio. La cama estaba revuelta —los policías habían metido mano en colchón y almohadas— y sobre la mesa de luz, junto a la veladora que era una botella de Chianti argentino con una pantalla de sogas entrelazadas, había varios libros —Simone de Beauvoir, Rosario Castellanos, Yourcenar— que demostraban que la lectora de la casa había sido Carmen. En la pared había una plancha de corcho con un montón de fotografías de gente que yo no conocía, salvo un flaco que había sido montonero y que supe que en el 78 volvió a la Argentina y lo mataron, cuando algunos creían en el delirio de la «contraofensiva». También reconocí a una tipa que usaba unos anteojitos muy simpáticos y a la que alguna vez había visto en una asamblea de la vieja Casa Argentina de la calle Roma, en el Distrito Federal, allá por el 77: una perra furiosa. Sobre el corcho también había, clavados con chinches de colores, algunos papelitos y tarjetas con textos del tipo: «Si no tiene nada que hacer, no lo haga aquí»; «Yo hago el amor, no la guerra», y otros por el estilo. Escrito en letras de imprenta, y con una que no era la de Carmen, había un pedazo de papel cortado descuidadamente, con una frase de Jean Anouilh que yo recordaba haber leído en mi adolescencia: «Aun a aquellos que lo han perdido todo, siempre les queda algo».

Suspiré breve, irónicamente, y asentí varias veces con la cabeza. Era una completa paradoja que esa frase estuviera en la habitación de dos pobres chicos que lo habían perdido todo, hasta que solo les quedó el desconcierto, la confusión, la desesperación y la muerte.

Me quedé de pie, leyendo y releyendo la frasecita. El silencio en ese ambiente, en esa casa, era tan grande que de repente sentí o recordé un viento frío, otoñal, como el del primero de mayo del 74 en la plaza Mayor de Buenos Aires, cuando un Perón enfurecido nos gritó estúpidos a decenas de miles de chicos y chicas que habíamos llegado hasta allí cantando consignas revolucionarias, ansiando una patria socialista que solo era posible en nuestros deseos juveniles, y preguntándole a los gritos: «¿Qué pasa, qué pasa, General / que está

lleno de gorilas / el gobierno popular?» Todos entonábamos marchas partidarias, peronistas, montoneras, al son de cientos de bombos que atronaban la tarde como para espantar para siempre a la inextinguible oligarquía que nos espiaba por las ventanas, confiada en las bandas de gorilas asesinos de José López Rega, en los matones de la derecha sindical y en la senilidad de Perón. Quién giró para entrar a su despacho, encabronado y arbitrario como un abuelo gagá, envuelto en aquel sobretodo beige de piel de camello que Carmen y yo vimos tan bien desde abajo de un plátano que se deshojaba junto a la pirámide, ateridos de frío, primero, y de miedo después, cuando media plaza ovacionó el enojo del General y la otra mitad mandaba bombos y carteles a la mierda y puteaba al Viejo y se desbandaba presa de la desilusión.

Bajé otra fotografía de la plancha de corcho y miré una Carmen hermosísima, en bikini y en Acapulco, y pensé qué bueno que pudo zafar de aquella plaza y del infierno que vino después. Miré fijo su sonrisa, sus dientes perfectos, y me pregunté si habría entendido, si alguna vez ella y yo y tantos miles entendimos a aquel hombre por el que muchos, tantos, dieron la vida, ese líder que tras convocar a la concordia nacional erró el rumbo y profundizó la brecha en sus propias filas de incondicionales. En la mirada pícara y desafiante de Carmen a la cámara no se veía, ya, la vieja, loca y tortuosa afición a la muerte, a la irreflexión, a lo que algunos pretendían guerra popular prolongada que no fue guerra, ni popular, ni prolongada, porque terminó en unos pocos años de un macabro jugar al gato y al ratón. Y eso solo endulzó la mirada que, desde la foto, me pareció que era para mí.

El imaginario viento frío en esa habitación venía de la muerte, a la que yo sentía presente, como meneándose ante el corcho en la pared del dormitorio de Carmen, como bailando en el silencio que en esa casa que ahora era de nadie me decía una vez más que nada era para toda la vida, y que la historia no se repite, parece que se repite pero no se repite exactamente, la historia nunca se calca, y lo terrible en todo caso es quedarse fuera de la historia, sin brújula y sin destino, como solo quedan los muertos, porque no es cierto que te espera Anquises en el infierno de Virgilio, ni Virgilio en el de Dante, no hay más infierno que vivir equivocado ni más cielo que el del reino de este mundo.

Me pareció escuchar la voz de Hilda, el ladrido de Flores Magón, y fue como si despertara. Mi cigarrillo se había consumido hasta el filtro, y lo tiré en el baño. Fui a la cocina y por sobre el muro le pregunté a Hilda qué pasaba. Me preguntó a su vez por qué tardaba

tanto, si había encontrado algo. Le dije que solo confusiones del pasado. Replicó que no entendía y le aseguré que no tenía importancia y que esperara un rato más.

Entonces volví a la sala y busqué algo que no sabía bien qué era. Hurgué en el escritorio de Carmen, en los cajones del aparador, en cajitas y latas de la cocina, y en el enorme ropero del dormitorio, que ya había sido revuelto. Busqué entre medias y calzones, corpiños y suéteres, blusas y vestidos, pantalones, ropa de cama, súbitamente enfebrecido y con la seguridad decepcionante de que ya otras manos habían buscado antes que yo. Revisé también entre los libros, imaginando que podría haber alguno hueco, e incluso recordé viejos tiempos que me dije habrían dejado ciertas costumbres en Marcelo y en Carmen, y pisé baldosas una por una, buscando alguna que estuviera floja, abrí las tapas de los contactos de luz y de los enchufes, golpeé suavemente las paredes buscando una camarita empotrada, un espacio yuto, un embute de doble fondo. Investigué cañerías e implementos del baño, observé el interior del tanque del inodoro, revisé la heladera por dentro y por detrás, metí la mano en el motor, levanté rejillas del baño y la cocina, desarmé un equipo de música y abrí el gabinete del televisor y, ya desesperando, obsesivo y maniático, sudoroso y agitado, me pregunté qué habría hecho yo para ocultar algo, lo que fuese.

Recordé que muchos años antes, en el departamento de Acevedo y Güemes, con Carmen habíamos guardado unos documentos comprometedores bajo la plantilla de unas zapatillas viejas y olorosas. Volví al dormitorio, abrí otra vez el ropero y allí estaban: unas zapatillas de hombre que alguna vez fueron blancas, deshilachadas y con el talón pisado, convertidas en chancletas. Las revisé, prácticamente arrancándoles la telita de la plantilla, pero no encontré más que mugre vieja. Las tiré. Cayeron junto a unas botas viejas, de cuero descascarado y tacos rotosos y enchuecados. Impulsivamente alcé una y metí la mano. Había algo en el fondo. Lo saqué. Era un paquete de unos cuatro centímetros de espesor, sujeto con dos liguitas de goma: un fajo de papeles verdes de quince centímetros y medio de largo por seis y medio de ancho, todos con la gorda carita de sorpresa de Benjamín Franklin.

Metí la mano de nuevo. En lo que era el espacio del taco toqué algo frío, metálico. Allí se había hecho un hueco, un sitio para que cupiera una pequeña cajita de lata, de esas que algunos gordos usan para llevar sacarina. Había una de esas cajitas y la saqué. Era de color azul. Y dentro de ella, lo que calculé serían muchos gramos —todos los que cabían— de un polvito blanco que no dudé lo que era.

Cerré la tapa y conté los papeles verdes: había treinta mil dólares y, también sujeto por la liguilla, un papelito blanco de igual tamaño que los billetes, en el que con la misma letra de la frase de Anouilh se había escrito: «Liborio Mayo 15,000 – Liborio Julio 15,000 – Liborio Septiembre…» Faltaba la cifra. Yo recordé que estábamos en septiembre. Chiflé bajito.

Revisé el par de la bota, que estaba vacío y carecía de embute. Entonces tomé una de las zapatillas y allí metí el paquete de Franklins, con la cajita de lata en la puntera, y lo até todo bien fuerte con los cordones de las dos. No me preocupé por ordenar nada. Me fui con la zapatilla bajo el brazo.

8

No le dije a Hilda qué contenía la zapatilla. Le pedí un papel de esos para envolver regalos, me consiguió uno plateado con estrellitas doradas y procedí a dejarlo lo más decente que pude. No era una envoltura como las de Sanborns pero la zapatilla quedó insospechablemente disimulada. Le dije que a la noche hablaríamos y que no olvidara conseguirme una pistola o un revólver; replicó que no le gustaba que le pidieran dos veces una misma cosa, y menos cuando la dejaban sin satisfacer su curiosidad. Me fui al hotel.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando deposité en la caja de seguridad del Calinda mi precioso paquetito. El gerente me hizo pasar a su despacho, donde había un mueble metálico, enorme, con una cantidad de puertecitas de dobles llaves. Abrió una, la número 62, y se dio vuelta discretamente mientras yo colocaba mi regalito dentro. Cerré la caja y el hombre procedió velozmente a girar las dos llaves; una se la quedó él metiéndola en un llavero atestado que colgaba de su cinturón, y la otra me la dio. La coloqué en un sobre, que cerré con saliva; luego lo firmé al dorso, cruzando con mi firma la lengüeta pegada, y se lo entregué rogándole que lo guardara él. Le expliqué que prefería no tener la llave conmigo. Él aceptó y metió el sobre en la caja fuerte general, que estaba abierta. Enseguida llenó un formulario con mi nombre, número de pasaporte y habitación, que firmé y cuya copia también le pedí que conservara él. Lo observé durante todo el procedimiento, y me impresionó su aspecto profesional, seguro, pulcro. Un tipo que habría estudiado hotelería y turismo, que posiblemente había hecho cursos en Estados Unidos y en Suiza, creía en Dios, en la Virgen de Guadalupe, odiaba la política y, si no era abstencionista, votaba al PAN.

—Licenciado —le dije, suavemente, porque seguro que era licenciado y le fascinaba que así lo trataran—, ¿qué se ha sabido del asesinato de anoche?

—Suicidio, por Dios —dijo alzando la vista, con una voz cuidadosa, de exacta pronunciación—. La policía dice que fue un suicidio. Que Dios perdone a esa pobre criatura.

—¿Y usted lo cree?

—Yo prefiero creerlo. En caso de asesinato esto hubiera sido un calvario; un hervidero de policías preguntando y molestando a los pasajeros.

—Comprendo —le dije, y luego le pregunté sobre las características del hotel y de la cadena Calinda y sobre su profesión, que yo sentía envidiable. Le dije que mi papá, en Argentina, no me había dejado dedicarme al turismo y, en cambio, me obligó a meterme en derecho. El tipo se compadeció de mí y opinó que a veces los papás son así de arbitrarios; él había tenido suerte. Como yo había sido gentil respecto de su profesión, se creyó en la obligación de hablarme bien de la Argentina, un gran país —dijo— que desgraciadamente ha sido presa del terrorismo internacional. Dije estar de acuerdo con él, me preguntó si yo pensaba que México corría el mismo peligro y lo tranquilicé diciéndole que no, que aquí la democracia era imperfecta pero tenía muchas décadas de vigencia. Él dijo que por suerte los Estados Unidos jamás permitirían que México fuera comunista.

Cuando ya éramos cuates, le dije que como periodista no estaba seguro de si el suicidio de la señora tendría valor para el diario, pero que, por si acaso, me gustaría platicar con quienes hubiesen visto u oído algo; yo suponía, por ejemplo, que el conserje de la noche podía ser la persona indicada. Sí, claro, acordó, y quizás también algún mesero del bar o de la discoteque, y aun los muchachos de la orquesta. De pronto estaba fascinado de colaborar con la prensa. Le pedí la dirección del conserje nocturno y le supliqué atentamente, licenciado, que si en el curso de la tarde hablaba con meseros o músicos, me lo dejara indicado mediante una nota en el casillero de mi habitación. Prometió que lo haría, gustosísimo.

Salí del hotel pensando que el cinismo podía ser no solo un signo personal mío sino una característica de nuestro tiempo. En este mundo de malos humores y malos amores, malos olores y mal gusto, en que uno vive sometido por gente mezquina y corrupta, la práctica del cinismo ha sustituido a las saludables prácticas del amor. ¿Quién podría imaginar a Margaret Thatcher o a Jomeini haciendo el amor? Los líderes mundiales, ¿cuándo y cómo hacen el amor? El poder es deserotizante, o acaso produce otro tipo de erotismo, más sutil pero brutal. Y para colmo casi todos los papas dicen que la continencia sexual es una virtud.

No me sentí mejor, pero confieso que con estos pensamientos alivié un poco mi sensación de culpa: yo soy un niño de pecho en el cinismo contemporáneo, dominado desde hace siglos por un eurocentrismo que deserotiza al mundo mediante sus ideas y sus exportaciones, y que ahora nos juzga a los latinoamericanos como indígenas del siglo veinte

sometidos a dictadorzuelos de opereta, olvidando que Hitler no fue guatemalteco, ni Franco peruano, ni Stalin nació en Bolivia, y que una dictadura de cincuenta años no se instaló aquí en pleno siglo veinte sino en la puerta de Europa. Pero a nosotros nos colocan en una categoría apenas superior a los árabes, los monos y los negros, a quienes ellos llaman «africanos» para disimular su racismo, con lo que eluden decir «negros» que es lo que son y que es solo un color. Cínicos: hablan de paz pero siempre inventan guerras, igual que los gringos de la Casa Blanca. Sus democracias están sobradas de misiles y prohibiciones, esclavitud e injusticias. Producto de siglos y milenios de crímenes, guerras, papas corruptos, reyes venales, fronteras móviles y asesinatos en masa, esa Europa que nos juzga y nos condena es la mayor suma de genocidios de la historia de la humanidad. Escenario de dos brutales guerras civiles que llaman mundiales, provocaron millones de muertos y no en la prehistoria, sino hace solo cuarenta años. Fue en la hiperdesarrollada y culta Alemania, la misma que parió a Goethe, a Hegel y a Marx, donde pulularon los campos de concentración. Que no fueron invención latinoamericana, güey. Discépolo tuvo razón: Yira Yira, dale que va, lo mismo un burro que un gran profesor, y caramba, me dije, qué enojado estaba por ese cabrón reaccionario del hotel.

Cuando llegué a la casa indicada, en el callejón del Muro, cerca del parque Estrada, eran las cinco de la tarde. El sol había salido a pleno sobre las nubes y yo me sentía tenso, ansioso, como cuando uno tiene la conciencia intranquila y no se atreve a saber lo que debería saber.

El conserje de la noche se llamaba Martínez y pertenecía a esa clase de tipos a los que les encanta dar la noticia del accidente a los familiares del chico. Tenía ojos pequeñitos, bajo unos lentes de vidrio muy grueso, y usaba una especie de corbatín que no iba más abajo de su esternón. Camisa blanca, flaquito, chupado de carnes, debía pisar los sesenta años. Por casualidad y curiosidad, yo lo había observado un par de noches atrás, cuando atendía a unos ganaderos o algo así, de botas tejanas y sombreros Stetson de copa altísima y dura; había visto cómo revisaba unas inscripciones en un libro, sin dejar de alzar la vista cada vez que se abría la puerta del hotel. Atendía el teléfono con presteza y sin desentenderse del *lobby*. Daba una llave, anotaba algo, colocaba o cambiaba cosas de un casillero. Un tipo con cosas que hacer, o que se las sabía inventar.

—Vengo a verlo —le dije— porque quiero platicar sobre lo que pasó en la madrugada, en el hotel.

Me miró, interrogativo, y casi inmediatamente alertado. Dudó si me cerraba la puerta en la jeta, pero yo me adelanté a tranquilizarlo:

—No soy policía y me imagino que lo habrán hecho declarar todo el día —el hombre alzó las cejas, aprobando la obviedad que yo había dicho, y mostró las palmas de sus manos como un cura en el momento de la consagración—. No crea que se lo pregunto de puro metiche. La verdad —puse cara de completa tristeza— es que el crimen de esa señora me ha dolido muchísimo. Yo la conocí bastante en otra época. Por favor, déjeme pasar.

El tipo se hizo a un lado y entré a una sala muy humilde, colmada de muebles de segunda mano, con una cama y una cuna junto a la mesa, un televisor sobre una máquina de coser y ruido de niños que peleaban en otra habitación. Al tipo no le gustaba mi presencia y no se tranquilizó para nada. No me invitó a sentarme y permanecimos de pie. Cuando volví a explicarle que yo era amigo de Carmen y además periodista, él dijo:

—Pero no fue un crimen —su voz era bajita, de leve registro.

—Quién lo dice.

—La policía. Me interrogaron, pero en todo momento hablaban de suicidio. Solo cumplieron el trámite de interrogar al encargado de la noche, su servidor.

—¿Y a quién más?

—Al velador del estacionamiento. Pero él dormía. Siempre duerme. Es alcohólico.

—Me cuesta creer en un suicidio.

—A mí también. Pero si la policía dice que fue, pos fue, ¿verdad? A qué crearse problemas.

—¿Usted conocía a la señora; la había visto antes?

—Alguna vez. No era de aquí, pero vivía aquí… —hizo un gesto vago, como diciendo por el hotel siempre pasa mucha gente.

—Claro —acordé—. Y dígame: anoche, ¿ella estaba sola? Asintió.

—Pero también anduvo por el *lobby* un hombre que era su amigo de ella —aventuré yo, encendiendo un cigarrillo y ofreciéndole otro, que no aceptó, tocándose la garganta—. Uno no muy alto, como usted, pero más relleno, ancho de pecho. De cara redonda, bien parecido. Unos cuarenta años. Elegante.

Movió la cabeza hacia los costados, lentamente, como dudando. Lo pensó bien y dijo:

—Puede ser… Pero va y viene demasiada gente.

—Pero usted vio a quien yo le digo.

—Podría ser; uno de traje.

—Sí, yo también lo vi. Creo que bajó de un Mustang negro… O quizá de un Volks. También tiene uno. Ha estado en el hotel otras veces…

—No estoy seguro —me pareció que mentía, no me miraba a los ojos—. ¿Por qué pregunta tanto?

—Ya le dije, fui amigo de la señora. Se llamaba Carmen.

—Sí.

—Y era argentina.

—Sí, eso dijeron los policías.

—¿Murió ahogada?

—Así dijeron.

—Pero sabía nadar.

—Pus… —alzó las cejas—. Ellos dijeron que se golpeó la cabeza al tropezar y que se desmayó.

Comprendí la filosofía del tipo. Me di cuenta de que no iba a lograr nada más. No era de los que aprecian las grandes causas. Entendía otros lenguajes. Bastaba imaginar la vida que llevaría en esa vecindad, lleno de hijos y más cerca del cajón de pino que de una nueva primavera.

—Le voy a pedir un favor: si recuerda algo, algún detalle, cualquiera, me gustaría tener una gentileza con usted. Una buena gentileza —le guiñé un ojo—. Soy huésped del hotel: dos cero tres. Si recuerda algo, llámeme en la noche, ¿sí?

Y saqué un billete y se lo puse en la mano. Lo atrapó como una araña a una mosca. Me fui de ahí diciéndome que el tipo haría trabajar sus sesos. Si los tenía. Y yo creía que sí.

9

No terminaba de caer la tarde cuando luego de tomar un café en el mercado González Ortega, crucé Hidalgo frente al Teatro Calderón. Admiré una vez más la vetusta mole e imaginé su época de esplendor, cuando a los mineros y burgueses locales se les daba por la ópera y los grandes conciertos, antes de preferir, como ahora, la televisión por cable de los Estados Unidos. En la esquina del Palacio de la Mala Noche, a un costado, empezaba la subidita del callejón de Veyna.

La puerta del león furioso estaba abierta, y me metí por el mismo pasillo del día anterior. Adentro, el despacho de David Gurrola había sido clausurado. Tenía doble llave y un candado enorme. La segunda de las puertas que daban al patiecito estaba cerrada y cuando golpeé nadie contestó. En la tercera y última puerta me estaba mirando una chiquilla de unos catorce años, con pinta de colegiala rebelde: pecas, anteojitos, dos colitas en el cabello.

—Ahí no vive nadie —dijo—. De hace años.

Y me regaló una sonrisa simpática, como si nos conociéramos de la misma cuadra.

—Hola —la saludé, con mi mejor sonrisa—. Busco al viejito que siempre está aquí, en lo de Gurrola.

—Lo mataron —dijo, sin dejar de mascar su chicle. Era igual que lo que ella habría visto tantas veces en la tele.

—A poco —me asombré, acabando con mi sonrisa—. ¿Cómo fue?

—Lo apuñalaron. Estaba todo el piso manchado de sangre. Pero yo digo que ni se habrá podido defender.

—¿Tú lo conocías?

—De verlo. Era un viejo medio asqueroso, mirón y todo eso, ya sabes. Nunca me gustó.

—¿Y qué hacía él?

—Dizque trabajaba para el detective… —de pronto detuvo el movimiento de su boca, entrecerró los ojitos tras los lentes y me estudió—. Oye, y tú, ¿quién eres, eh? ¿Por qué preguntas tanto?

Sonreí como Robert Redford, hice un gesto cómplice con la cabeza, y respondí:

—No me digas que ya te diste cuenta que soy periodista.

—Lo sospechaba —afirmó ella, con seriedad, mordiendo el chicle con más cuidado—. ¿Escribes para dónde?

—Para el *Excélsior,* del Distrito Federal.

—¡Chín! ¿Y les interesa la muerte de este viejo?

—Muchísimo, pero es una misión secreta.

Me miró, procurando descubrir si no me burlaba de ella. Me apresuré:

—¿Tú conoces a Gurrola, el detective?

—Nunca viene. Lo habré visto un par de veces.

Saqué de mi bolsillo la foto que había dejado Camilo con el clip y la tarjetita para el Fantasma de la Ópera, y se la mostré.

—¿Es él?

—Sí, diría que sí —y mascó el chicle con suficiencia—. Pero esa foto es vieja.

—Gracias —guardé la foto—. ¿Te puedo pedir algo más?

—Depende qué sea —dándose importancia.

—Por aquí en el vecindario, ¿quién conoció más a Camilo y a Gurrola?

—Mi papá.

—¿Está él?

—Aquí a la vuelta, en su estudio. Es abogado.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Dulce. ¿Y tú?

—Pepe —nos miramos con nuestras más bonitas sonrisas—. Gracias, Dulce. Eres un amor.

Y me dirigí a donde me indicó, un bufete jurídico modesto con una placa de bronce en la puerta, en la misma manzana y frente al museo de los hermanos Coronel.

El despacho del licenciado Goliath Ramírez Hernández era sencillo: un escritorio de viejo cedro labrado que debía tener no menos de un siglo, cubierto de expedientes y libros y con un cachimbero colmado de más de una docena de pipas en el centro. Detrás, y a los costados, las paredes estaban forradas de anales de jurisprudencia y libros especializados. Abundaban, sobre todo, los de derecho comercial y civil. El hombre era bastante grueso, de unos cincuenta años, y usaba anteojos de vidrios gordos como culos de botella enmarcados en aros de plata. Vestía un traje negro que había conocido mejores tiempos, con las solapas brillosas por el uso, camisa de cuello palomita y una corbata azul con un diamante falso sobre el esternón. Un crucifijo, a su espalda, garantizaba su honestidad. Me recibió sin muchas formalidades. Me senté frente a él.

—Quisiera hacerle algunas preguntas sobre David Gurrola y este

viejecito que asesinaron ayer, Camilo —le dije, con toda franqueza—. Tengo información de que usted los conoció.

—A David hace mucho tiempo, y de nuestra relación surgió un chiste ya muy viejo: que en Zacatecas, David y Goliath siempre convivieron en paz. Así que evite hacerlo usted.

Me sonrió mostrando todos sus dientes. Eran muy amarillos. Yo también sonreí, pero él enseguida se puso serio.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Kennedy —le respondí—. Me llamo Juan Florencio Kennedy, y tampoco me haga el chiste, pues también es viejo —el hombre sonrió, yo no—. Soy periodista en el Distrito Federal, y trabajo para el *Novedades*. Y la verdad es que quiero hacerle preguntas al azar, si me da un poco de su tiempo. Busco algo, pero no sé bien qué es.

—¿Y el asesinato de Camilo a quién le puede interesar?

—Me gustaría que usted mismo intentara una respuesta.

—Pues… creo que a nadie. No se metía con nadie y nadie se metía con él. Si hay muertes estúpidas, esta lo fue.

—¿Quién cree que pudo asesinarlo?

—Algún pandillero despistado. Un ladroncillo muerto de miedo.

—¿Qué relación tenía con Gurrola?

—Una especie de cuidador, digo yo. Llevaba años ahí. El viejo nunca asomaba la cara al mundo. Y cuando lo hacía era para quejarse de David. Decía que no le pagaba por sus servicios. Quién sabe… En la casa de usted le decíamos Quasimodo, con todo respeto por el difunto. Supongo que David lo dejaba vivir allí para que le cuidara el sitio, que siempre está cerrado, desde hace años.

—¿Cuántos años, licenciado?

—Pues… qué serán, como diez, digo yo. Desde que ocurrió aquella discusión que tuvimos… David y yo éramos buenos amigos, hasta que un día nos distanciamos. Ahí puede vernos —señaló, en la pared, una fotografía de los años setenta, en blanco y negro, de un grupo de rotarios o algo similar, durante una cena en un club. Había unas treinta personas: todos hombres, de traje, sonrientes como si festejaran el aniversario de algo. No reconocí a Gurrola.

Me levanté y observé detenidamente la foto: ubiqué a Goliath en la fila de los parados, por el grosor de sus anteojos. Junto a él, más joven aún que en la foto que yo tenía, distinguí a Gurrola: no sonreía como los demás, se lo veía bien peinado y era notable su cuerpo atlético, fibroso, bajo el traje gris. Tenía, sin dudas, una mirada inteligente, de tipo ambicioso.

—¿Puedo preguntarle, licenciado, por qué se distanciaron?

—Preferiría que no.

—¿El chiste de David y Goliath perdió sentido?

—Toda convivencia es armoniosa hasta que deja de serlo, señor Kennedy. Fue un asunto muy desagradable.

—¿De tipo privado, comercial?

El abogado hizo silencio y empezó a preparar una de las pipas. Sus dedos gorditos se movían con suma agilidad.

—No me pregunte, joven —dijo mientras encendía el hornillo—. Si lo puedo ayudar, lo haré, pero no me pregunte ciertas cosas, ¿okey? Yo no soy rencoroso, ni me toca juzgar a los demás. Para eso está Dios.

—¿Y no lo ha vuelto a ver?

—Una o dos veces. Jamás atiende su despacho. Nos evitamos, y en paz.

—¿Y qué es eso de ser detective, en Zacatecas?

—Qué quiere que le diga. David es abogado, como yo. Fuimos compañeros de generación y casi llegamos a ser socios. Por suerte, no lo fuimos. Cuando… cuando nos distanciamos, él abandonó la profesión; tuvo que hacerlo. Al poco tiempo, cambió la inscripción de su despacho por esa cosa de detective privado. Pero yo jamás supe que en esta ciudad hiciera falta uno, ni que él se dedicara a eso.

—Pero consiguió licencia.

—Aquí, con dinero, se consigue licencia para cualquier cosa. Solo que a nadie se le ocurre pedirlas para ser detective privado.

—¿Y a qué se dedicó?

—A… pues a negocios, quién sabe. Yo prefiero no meterme en sus asuntos.

—¿Y cómo le ha ido en esos negocios?

—No vive mal, que yo sepa. Viaja mucho, siempre está afuera, dicen. Yo no sé ni quiero saber.

—¿Conoce usted a su mamá?

—Señor Kennedy: creo que me ha preguntado ya lo suficiente, y yo he sido gentil con usted, ¿no es cierto?

—Bien, licenciado. Solo una última cosa: ¿cree que Camilo habría traicionado a Gurrola?

Se tomó su tiempo para pensarlo. Aspiró la pipa varias veces. Luego dijo:

—Cualquiera que haya tenido tratos con David Gurrola estaría siempre dispuesto a traicionarlo.

—¿Y cree que Camilo lo hizo?

—No lo sé. Pero si lo hizo, así lo pagó.

10

Regresé al hotel unos minutos para ir al baño y cambiarme la camisa. Aunque refrescaba en las noches, el calor y mis constantes caminatas me reclamaban una lavadita y un respiro. Ahora creo que, además, tuve un mal presentimiento, que se cumplió.

Apenas abrí la puerta de mi habitación, aprecié el pequeño caos que habían provocado. La valija estaba levemente desordenada y yo, para algo así, tengo una antena. No he dicho que como buen solitario, soy maniático del orden; de esos que acomodan los ceniceros siempre en un mismo lugar y no toleran que sean movidos ni un centímetro. Vi que también habían metido mano en la cama.

Acaso las luminarias que vinieron a buscar entre mis cosas, pensaron que yo era un idiota obvio, pero revisaron entre las sábanas, en las almohadas, bajo el colchón, en el guardarropas y en el cuarto de baño. Todo había sido tocado y movido. Bueno, me dije, yo hubiese hecho lo mismo; no había mucho espacio que revisar y ellos revisaron. La diferencia radicaba en que yo jamás hubiera desempeñado ese oficio repugnante. Con ser periodista, me basta y sobra.

No faltaba nada, ni siquiera unos veinte mil pesos que había dejado en la bolsita lateral de la maleta, junto a un billete de un millón de pesos viejos argentinos que, pensé, por la cantidad de ceros seguramente hizo dudar a los cabrones que invadieron mis cosas. Uno de ellos debía haber leído un diario alguna vez en su vida, y habrá sabido que ese billete no valía un veinte para el teléfono.

Ordené mis cosas y puse especial esmero en doblar prolijamente las camisas que aún no había usado. En eso estaba cuando vi que el libro que leía en esos días había caído al suelo. Abierto sobre la alfombra, me pareció un atentado a la cultura. Yo leía *El nombre de la rosa* y hasta que salí de México para meterme en el autobús y en este berenjenal me preguntaba por qué la gente decía que era magistral si, más allá de la erudición y la bella reconstrucción del medioevo, no dejaba de ser bastante aburrido y pesado, por momentos, como un collar de melones. Pero la gente es así, con la literatura; algunos dicen que un ladrillo es bueno y todos repiten lo mismo.

Pero me indignó y lo alcé, pensando que, como en todo el mundo,

los mafiosos y la policía —cualquiera de esas organizaciones, o una misma, cual misterio divino, habían sido las violadoras de mi intimidad— solo pueden ver los libros en el suelo. Por suerte, a este no lo quemaron.

Bajé, preocupado. Yo no sé si quien lee esto —si alguna vez esto se lee— ha sentido temor a lo desconocido. Es terrible, sobre todo cuando lo desconocido es un poder que te da miedo, y que te viola despacito. Es la sensación más fea que hay: estás en la mira de alguien, pero no ves a ese alguien. Se te eriza la piel; se te seca la boca. Tenés miedo. Yo lo tuve.

11

En el bar, a las siete de la tarde, casi no había gente. Uno de los chicos del grupo roquero que acompañaba a la rubia falsa estaba sentado en el banquito de la batería, arreglando la mariposa de unos platillos. Se mostró encantado cuando le dije que siempre quise ser baterista. Le conté que, de pibe, odiaba la pobreza en mi casa solo porque sabía que una batería era carísima; me sentaba junto a la radio de la casa, que era un armatoste, buscaba una estación santafesina que pasaba buen *jazz* y acompañaba el *swing* de Glenn Miller, o el de Benny Goodman, golpeando la mesa con un tenedor y un cuchillo tomado del lado del filo. Enseguida nos caímos simpáticos y él me contó que en Puebla también eran pobres y que se hizo baterista porque en la banda de la escuela lo destinaron de pequeño al redoblante.

Lo invité a beber algo mientras él seguía trabajando, pero me dijo que de tarde no bebía. Ni siquiera aparecía por el hotel; hoy había venido más temprano porque la noche anterior su equipo no había funcionado bien. O algún jijo le había cambiado la mariposa en un descuido o el paso de la tuerca se había falseado. Le sugerí que lo ajustáramos con un hilito sobre el tornillo y, sin esperar su consentimiento, tomé una hilacha de la esquina de un mantel viejo y le di varias vueltas alrededor. Después coloqué la mariposa y ajustó convenientemente.

El chico se manifestó encantado.

—¿Ingeniero?

—No, periodista, pero a veces me doy maña para algunas cosas —respondí, marcando todas las eses—. Además, mi mamacita era modista y aprendí las utilidades de los hilos.

Los dos sonreímos.

—Quiero preguntarte algo —le dije—: dando y dando, palomita volando.

—Venga.

—Anoche mataron a la señora esa, aquí arriba, ya sabes. La que descubrieron esta madrugada —él asintió—. Me interesa el asunto pero la policía no colabora. ¿La viste?

—Cómo no, si era un cuero la vieja.

—¿Estaba sola?

—Sí, pero esperaba a alguien.

—¿Y Alguien vino?

—No sabría decirte, mi cuate. Pero hubo uno que entró aquí como buscando una vieja cuero. Pa' mí que era a ella, porque anoche aquí había puras viejas de segunda, como casi siempre.

—Pero no los viste juntos.

—No —y ladeó la cara, decepcionado consigo mismo. Era un gran chico. Inocente como el tonto del colegio.

—¿Podrías describir al fulano?

—Sí, claro, uno en la batería o se duerme o mira a la gente. Yo miro —el chico sentía que recuperaba terreno—: era uno de la edad de usted, más o menos, pero mucho más bajo. Jé, bueno, no hay muchos que sientan frío allá arriba, ¿no? —los dos reímos del chiste, yo falsamente—. Vestía un traje café claro, bien cortado. Corbata delgada, a la moda y al tono. Un tipo distinguido, de billetes. Buen físico, pecho de toro. Pa'mí que karateka o algo así. No lo quisiera de enemigo.

—¿Lo conocías de antes?

—La mera verdá, no. Pero ha de ser de aquí, no parecía turista. No hay muchos turistas en Zacatecas.

—Por suerte para Zacatecas.

—Quién sabe, no para nosotros. Tocar para las mismas putas y los mismos reventados júniors de siempre, llega un momento que te da en la madre. Yo estoy hasta el gorro.

Saqué la foto, se la mostré y le pregunté si era el tipo que había descrito. No estaba seguro, pero podía ser, tú sabes, yo te lo describo pero la cara… Aunque quizá sí, sí, podía ser el mismo.

Asentí y cambiamos de tema, él probó la batería y me obsequió con un solo que incluía la clásica repasada del ferrocarril. Era un truco de lucimiento viejo como Gene Kruppa, y no lo hizo del todo mal. Después pagué mi café y le dije que me iba a dar una vuelta. Me deseó suerte. Se lo agradecí y me retiré pensando que la necesitaría, pues empezaba a ver más claro.

Volví al *lobby,* y llamé a Hilda. Aún no había conseguido lo que le había encargado, pero en la noche me lo traería al hotel, sin dudas. Pensé que esa muchacha valía oro, aunque era capaz de llegar con un cañón de ciento cinco milímetros. Le pedí que estuviera en el hotel a las diez, pues cenaríamos juntos, y le rogué que averiguara con algún amigo abogado, o algún maestro de derecho de la universidad, algo sobre los estudios, la carrera profesional y la vida de David Gurrola. Hizo preguntas que preferí no responder y me recomendó que me

cuidara. Yo le recomendé que fuera puntual y ella protestó porque le cambiaba de tema.

Después, me dije que tenía el tiempo justo y partí.

12

Releo lo escrito y me doy cuenta de que si alguien lee esto seguramente ya ha pensado que el relleno, bajo y elegante hombre del Mustang, y que luego reaparece en el Volks con el flaco alto para llevarse a Carmen, es David Gurrola. Yo también empecé a sospecharlo, a la misma altura de los acontecimientos. Y lo menciono ahora porque este texto, contra lo que pudiera parecer, no es ni pretende ser una novela. Aunque como periodista yo también he soñado con una obra de narrativa algún día, debo confesar que no redacto estas páginas con esa pretensión; es verdad que tengo algunos textos en un cajón y que también he soñado con publicar un libro, pero ya desde hace tiempo he empezado a considerar que ni yo mismo creo las mentiras que he dicho alguna vez: que estoy terminando una novela; que no doy a editar mis cuentos porque los sigo trabajando; o que no he publicado porque no encuentro editor.

Por todo esto, quiero ser leal con quien haya leído este relato hasta aquí: efectivamente, el sujeto chaparro y guapo, para decirlo en mexicano, o retacón y buen mozo, como sería en Argentina, era David Gurrola, y puedo decir más de él: tenía un hermoso parecido, y si bien los petisos no me caen simpáticos debo reconocer que en este hombre había una cierta solidez de porte, una gallardía propia de algunos negros que conocí en Brasil, músicos ellos, gente que se encuentra cómoda en la vida y cuyo espacio en el mundo es incuestionablemente propio y lo ocupan sin pedirle ni quitarle nada a nadie. Era un tipo de ojos que uno describiría como corrientes —marrones, ni grandes ni pequeños— pero que miraba de una manera cautivadora, dominante. No es que metiera miedo, pero al verlo uno tenía que alertarse; como si en vez de luces rojas se encendieran las amarillas, que son las peores, las que más descolocan. Entendí enseguida, cuando me dije que debía ser él, por qué Carmen se había sentido confundida, atrapada, acaso enamorada de ese hombre.

Todo ese día yo había pensado que debía visitar a doña Refugio Hinojosa de Gurrola, aunque no sabía bien cómo podría presionarla. Pero al menos hablaría claro y le pediría que le pasara a su hijo un mensaje mío. Yo ya no tenía dudas de que Gurrola había sido amante

de Carmen, y que por alguna razón estaba implicado en el asesinato de Marcelo. No quería pensarlo, pero por cierto Carmen misma podía tener que ver. Un triángulo amoroso de final trágico parecía ser una explicación. Pero no entendía cómo encajaban en ese triángulo la figura del tal Liborio, ni mucho menos el asunto de las drogas, ni los treinta mil dólares. Mi breve composición de lugar era que, primero, alguien debía estar interesado en ese dinero; segundo, que Marcelo o Carmen, o ambos, estaban en el negocio del tráfico de cocaína, aunque no alcanzaba a ver en qué eslabón de la cadena; y tercero, que quien había asesinado a Marcelo era peligroso, Carmen lo conocía, la había matado a ella y si sabía que yo tenía la zapatilla me eliminaría a mí también. No era gran cosa, pero sentía que algo había avanzado.

En lugar de llamar por teléfono a la señora preferí aparecerme de súbito, no diré que por una corazonada —término que muchos escritores han bastardeado en la novela policial— sino porque yo estaba ansioso y enojado, y cargado de sospechas y conjeturas. Las advertencias de Hilda, y las mías propias, ya no me importaban.

Toqué a la puerta y la encantadora viejecita me recibió con la misma elegancia y distinción, pero sin la menor amabilidad. Ahora vestía una bien cortada falda de franela ligera color gris, una blusa de hilo blanco con finos bordados sobre la pechera cerrada y una chalina negra, delicadísima y de flecos largos en las puntas, que me recordó a María Félix en alguna película de los cincuenta. Sorprendida, se puso tensa pero me dijo, controladamente ceremoniosa:

—Buenas tardes, señor Asturias. ¿Qué desea, ahora? —y no hizo ademán de abrir la puerta.

—Entrar y charlar un poco más con usted.

Miró hacia atrás y luego, resignada, me dejó pasar.

—Mi sobrino Jesús —dijo, presentándome a un hombre que estaba sentado a la mesa y que se puso de pie en cuanto entré. Me tendió la mano y nos miramos fijamente a los ojos, él con cierto disimulado interés, y yo con una sorpresa imposible de disimular. De poco más de un metro sesenta, tenía la mirada que yo había visto en la fotografía que llevaba en el bolsillo. Hombros anchos, ni un gramo de grasa, un cuerpo trabajado, de ejecutivo cuarentón que juega tenis y va al sauna tres veces a la semana. Vestía camisa celeste, de corte impecable, con monograma de Dior, y corbata bordó, lisa, que realzaba sus ojos de color café claro. Uno jamás podría saber si esos ojos sonreían, se burlaban o se enfurecían; eran muy claros, como de café aguadito. Su pantalón tenía la raya pulcramente planchada y sobre la silla estaba su saco de traje, de corte perfecto. La distinción y el buen gusto en esa casa eran la regla, pensé.

—David llamó esta tarde desde Guadalajara —informó la señora— y le comenté de su visita, señor Asturias. Pero me dijo que no lo conocía…

El tipo volvió a su lugar y siguió fumando el cigarrillo que había dejado en el cenicero. Ella también se sentó. No me invitaron y me sentí muy incómodo. Era lo que pretendían.

—Bueno… —dudé, pero decidí lanzarme—. Yo vine para decirle que me interesaría hablar con él. Que me urge. Estoy en el Hotel Calinda, habitación doscientos tres. Ayer pasé nuevamente por su despacho y, como usted sabrá, alguien asesinó al viejo Camilo —los miré a ambos; tenían caras de piedra, rocas pulidas hacía milenios—. Son demasiadas muertes, ¿no cree, señora?

Ella no dijo nada y, por cierto, el silencio me hizo sentir aún más perturbado y descolocado. El sobrino, Jesús, dio una última aspirada a su cigarrillo y lo aplastó lenta, lentísimamente, en el cenicero, mirándolo fijo como si ahí pudiesen encontrarse todas las explicaciones a los misterios del universo.

—Recuérdele también —dije, jugado— que mataron a su cliente, la señora de Farnizzi, y que yo sé algunas cosas que han de interesarle.

La mujer me miró, como diciéndome: «Bravatas no, señor Asturias».

—Bueno —dije yo, resuelto y brusco—. Me voy a ir. Pero no deje de decirle a su hijo que quiero verlo. Porque para mí —y miré al hombre, intencionadamente— él está en Zacatecas.

La anciana se levantó, parsimoniosa y calma, sin caer en mi provocación, para abrirme la puerta de la calle. Yo me di vuelta para salir y entonces el hombre dijo:

—Siéntese, por favor. Me temo que no hemos sido gentiles con usted… —giré justo en el momento en que él terminaba lo que me pareció una seña de complicidad, un guiño quizá, que no advertí completamente, a la anciana—. ¿No nos convidaría una cerveza, tía? ¿O prefiere un café?

—Sí, mejor un café —dije yo.

La mujer salió de la sala, sin hacer ruido. Parecía que levitaba en el aire. Yo me senté frente al hombre, y quedé de espaldas a la puerta. Me sentí inquieto, como vigilado. Imposible observar a mi alrededor ni detrás de mí. El hombre me tenía cautivo; su mirada, casi letalmente dulce, no podía ser desatendida.

—¿Usted conocía mucho a esta señora que acaba de fallecer? —su voz, además, era suave, grave pero no ronca. Varonil a más no poder y de pronunciación cuidadosa, educada.

—Que asesinaron.

Asintió levemente con un movimiento de cabeza, como admitiendo

esa posibilidad.

—¿La conoció mucho?

—No lo sé. Pero la quise mucho, y me di cuenta muy tarde.

—Suele suceder. Sí. ¿Argentino?

—Sí.

—¿Colega de mi primo David?

—No, soy periodista de *El Heraldo*. Pero este asunto me interesa a título personal.

—El amor, claro…

Iba a agregar algo, pero calló. En otra habitación se oía el ruido de una vajilla en preparación. Los dos atendimos aquello. Él me miraba con una expresión que yo no sabría describir ni explicar. La suya era una mirada magnética, bella. No sonreía, no hablaba; solo observaba y yo me sentía muy incómodo. Pero me forcé a soportar el silencio, a ser paciente, y me recomendé cautela, Giustozzi, mucha cautela que hombre cauteloso vale por dos y el que piensa con cautela piensa dos veces, y más vale cautela en mano que ansiedad volando, y enseguida se apareció la mujer con una bandeja en las manos. Era una charola bellísima, de plata, con dos tazas, una cafetera y una azucarera de cerámica guerrerense azul. La portaba como una verdadera dama. En otra circunstancia, me habría dado gusto verla. Pero esa anciana señora era peligrosa como un vidrio roto en los calcetines. Nos sirvió el café, destapó la azucarera y se retiró, levitando, en silencio. Me dije que al carajo con la cautela, no debía dejarle la iniciativa al fulano.

—¿Y usted, Jesús, a qué se dedica?

—Bienes raíces —dijo, revolviendo su taza—. Compro y vendo casas, terrenos, esas cosas.

—¿Y hace mucho que no ve a su primo?

—Ayer. Acabo de llegar de Guadalajara.

—Usted es sorprendentemente parecido a él.

—¿Lo conoce?

—Lo he visto en fotos y me lo han descrito.

—Sí —sonrió, y debo decir que era una sonrisa hermosa, de dientes perfectos y labios francos, carnosos y elásticos. Una sonrisa más que seductora, atrapante, irresistible—. Siempre nos dicen lo mismo. La gente suele confundirnos. Pero dígame: ¿qué otro interés tiene usted, en este caso?

—No entiendo su pregunta.

—Quiero decir, si aparte de esa señora que ha muerto, y que le provoca ese respetable dolor, lo preocupa algo más en Zacatecas.

Medité mi respuesta unos segundos. Realmente no sabía hasta qué punto mostrar mis cartas. Pero dije:

—Todo está vinculado. Creo que en la muerte de la señora se juegan muchas otras cosas. El tráfico de drogas, por ejemplo. Y ya son demasiados crímenes.

—Caramba —enarcó las cejas, no supe si con ironía o con una sorpresa idiota—. Un agudo sentido de justicia, el suyo.

—Llámelo como quiera.

—No quise molestarlo —lo dijo como sintiéndose apenado en ese instante, y bajó la vista. Conservó el silencio durante un rato; luego alzó los ojos y me miró como pidiéndome disculpas por su atrevimiento. Agregó—: Estimado señor, déjeme hacerle una pregunta indiscreta: ¿tiene algún precio su preocupación?

Lo miré un ratito. Sus ojos eran bellos y su expresión fascinante. Recordé lo que aprendí en México, al llegar, y que siempre me recomiendo: el que se enoja, pierde; el que se descontrola, siempre pierde. Más vale navegar con bandera de pendejo, más vale fingir demencia, viva el cinismo, Giustozzi, vos también. Pero fui al grano:

—Comprendo —respondí—, quiere saber si me apartaría de esto por alguna suma. La respuesta es no. Pero hay una transacción posible y se puede fijar un precio, que lo pagaría yo: treinta mil dólares y un paquito de cocaína pura.

El hombre terminó su café, serenamente, como un cornudo digno que descubre a su esposa en la cama con otro tipo, o como un inglés jugando al bridge cuando el rival hace un grand-slam. Se limpió la boca con una servilletita de hilo blanco, carraspeó y dijo:

—Admiro su estilo. Es valiente y audaz.

—No se burle, por favor.

—No lo hago, de veras lo pienso, señor…

—Asturias.

—Creí que se llamaba Giustozzi —y pronunció perfectamente mi apellido, incluso la te-zeta del final.

—¿Abrimos el juego? Pues yo creí que usted era David Gurrola. Y lo sigo creyendo. Cada vez más.

—Una persona es la persona que es cuando realmente quiere serlo, mi amigo. ¿Quién podría distinguir un Mouton-Cadet cosecha 1958 de uno de 1960?

—Jamás he sabido de vinos.

—No sabe lo que se pierde.

—Solo sé que no me gustan los vinos mexicanos ni los de California. Pero si nos quitamos las máscaras, ya sabe usted cuál es el precio.

—¿A cambio de qué?

—De saber. Simplemente quiero saber quién mató a Carmen, y por

qué.

—¿Y quién supone que fue?

—Un tal Liborio, o usted, si como creo es nomás David Gurrola.

—El saber a veces es peligroso, ¿no cree?

—Eso decían los militares en mi país.

—Hum… Fue terrible lo que pasó en su país.

Me puse de pie, inquieto. No había más que hablar.

—Buenas noches, señor Gurrola —dije, y me deslicé hasta la puerta y salí a la calle.

13

Salí pensando que quizás había metido la pata hasta el cuadril. Camino al hotel, mi sensación era la de haber charlado con una tarántula.

Bajé hasta la avenida Hidalgo, y desde ahí fue como si redescubriera el cerro de la Bufa. Estaba iluminado y era bellísimo: decenas de reflectores estratégicamente colocados en el faldeo de la montaña, en tonos verdosos, rosados y blancos, proyectaban el convento desde abajo, haciéndolo parecer una fantasmal lonja de luces recortada en el cielo negro de la noche. Sobresalía entre una masa de nubes. El espectáculo era sobrecogedor, imponente; como una culpa única y monumental que pendía sobre la ciudad. Me lo quedé viendo unos minutos, conmovido. No habían pasado veinticuatro horas de la muerte de Carmen, y en alguna morgue su cuerpo, ahora seco y con una sábana blanca encima, terminaba de pagar sus propias culpas. Toda una ironía, sin embargo, porque ella era inocente. ¿O de qué tuvo culpa, si la hicieron vivir equivocada? ¿De qué la tuvimos, ella, yo y los miles de reprimidos, desaparecidos, exiliados; de qué, si el autoritarismo para nosotros empezó en la escuela cuando nos trataban de usted y nos hacían formar filas como a pequeños centuriones, militarcitos sometidos mediante el grito y el castigo, y se nos amonestaba con discursos patrióticos vacíos? ¿O no éramos solo niños —yo bajo el calor del Chaco, Carmen bajo los fríos patagónicos — cuando cada mañana se izaba y luego se arriaba la bandera sin que alcanzáramos a comprender que no se nos educaba en principios cívicos ni en valores democráticos, sino en la violencia clasista y sectaria del autoritarismo dictatorial?

Yo miraba desde abajo ese cerro magnífico, iluminado a pleno, en esa remota ciudad mexicana, y pensaba en el cuerpo frío de Carmen sobre una losa de mármol. El mundo en ese momento era para mí otra montaña, pero de interrogantes sobre culpas y condenas. ¿No nos habían metido a chaleco en la violencia cotidiana de juzgar desde chiquitos, de señalar con el dedo y de mofarnos del ajeno? ¿No forzaron a nuestra generación a ignorar y despreciar los valores cívicos mientras a los manifestantes, obreros, empleados y estudiantes,

se los apaleaba en las calles o se los secuestraba, y a los que resistían armados y a muchísimos otros que no, igual se los acribillaba a balazos contra las tanquetas y se propagandizaba una «guerra sucia» que no era guerra sino una represión ilegal y asquerosa, y todo ese infierno fomentaba un infructuoso culto al caño y a la molo, al terrorismo y a la muerte, con lo cual se alimentaron los delirios mesiánicos que algunos de los nuestros procrearon solitos, por su propia cuenta e irresponsabilidad?

Todo había sido inútil y eso era lo tremendo. Años después, Jarito, Vicky, Mauricio, Yaya, Negro, Cristina, ahora Carmen, eran solo nombres. A nadie le importaban. Nadie les levantaría un monumento que acaso ni siquiera merecían. Nosotros, todos, hijos de la violencia habíamos sido violentados. Eso condenó a los que murieron —tontamente o heroicamente— y a los que no morimos también. Porque elegir la violencia es elegir la tristeza, en definitiva. No hay alegría en la violencia, como no la hay en la sumisión. Un violento es, nomás, un solo, y es un triste, un desdichado que no tiene círculo pertinente en el infierno, y que acaso debe buscar en la confusión y en el peregrinar del exilio, o en el quebrarse para una vida intrascendente y vacía, o en el peligroso vínculo con una mafia, como Carmen, el sentido de su muerte, ese acabar con el purgatorio en vida.

La magnífica belleza del cerro de la Bufa iluminado en la noche, bajo un cielo perfecto que armonizaba nubes y estrellas, a la vez me expulsaba y me retenía. De pronto las preguntas que me hacía me llenaban más de angustia que de respuestas. Y no era que se renovaran mis miedos, ni era la urgencia de volver al hotel donde me esperaba Hilda. No, Carmen asesinada me interrogaba acerca de la validez y el sentido de habernos rebelado. Y la respuesta era que nuestra rebeldía se había basado en que teníamos razón e ideales. Nos equivocamos, cierto, y una parte de nuestra generación se volvió loca y al pato lo pagamos todos. Pero no nos derrotaron ni en la razón ni en las ideas. Y sin embargo, ¿servía de algo saberlo?

Sí y no, me respondí en voz baja, recostándome contra una pared y encendiendo un cigarrillo que fumé mirando hacia la Bufa. Y entonces pensé y entreví que la verdad, las respuestas, no estaban donde siempre se nos había dicho que estaban. Y que Carmen no tuvo la culpa de su desconcierto, ni nosotros la culpa de su muerte. Nuestra generación no es responsable de los amigos perdidos en la militancia. Nosotros, con todos nuestros errores, intolerancias y limitaciones —y aun con los afiebrados delirios de los también autoritarios que comandaron el suicidio— fuimos antes víctimas que victimarios. No había —no hay— que admitir ningún empate histórico. Si sucumbió la

democracia en Argentina, no fue por nuestra culpa. Nosotros no fuimos los golpistas, no practicamos el oportunismo en el poder, no fuimos los concupiscentes ni los mercaderes. Ni fuimos los torturadores ni los retóricos. No hay simetría, no hay empate. No fuimos iguales que ellos.

Y sí, yo había metido la pata hasta el cuadril. El cerro, luminoso y gigantesco índice de Dios, me lo confirmaba.

Entonces me puse en marcha, pensando que se puede tener una especie de cordial encuentro con el diablo; lo que pasa es que uno, después, ya no es el mismo.

Tercera parte

«Solo hay una salvación para los vencidos:
no esperar salvación alguna».
VIRGILIO *(Eneida,* Libro II)

1

En cuanto llegué al hotel, unos minutos antes de las diez, advertí que había sido una imprudencia invitar a Hilda a cenar. Las cosas se habían complicado, y pasara lo que pasare solo yo debía soportar las consecuencias. Nadie sabía de nuestra amistad, y era mejor que nadie lo supiese; de ese modo quedaba fuera de cualquier riesgo, y eso era importante porque ella vivía en Zacatecas. Me apresuré a pedir línea desde la habitación, para detenerla, pero ya había salido. Me reproché mi imbecilidad. Y en eso llamó ella por teléfono; estaba en la recepción. Sin dudarlo le dije:

—Se suspende la cena y te pido mil disculpas. Dame una cita en un lugar discreto y cercano. Digamos en veinte minutos.

—El bar del Hotel Condesa, en la avenida Juárez, frente a la plaza Independencia y junto al Palacio Municipal.

—Nos vemos —dije y corté, admirando la velocidad y precisión de su respuesta. Realmente, mi primera impresión de esta muchacha había sido equivocada. Ni siquiera me seguía llamando Pepe en forma confianzuda.

Salí del hotel y tuve la sensación de que me seguían. Otra vez mi paranoia, aunque tenía buenas razones para sentirme vigilado. Como también las tendrían otros para vigilarme. Zacatecas es una ciudad donde los seguimientos son fáciles por el irregular trazado de callejas y plazuelas en diferentes niveles, y por su asombrosa arquitectura que jamás se repite, pero eso mismo ayuda a despistar a tus perseguidores. Subí a López Velarde convencido de que un flaco alto andaba tras de mí. Crucé la calzada y ascendí por unas escalinatas interminables que pasan junto a una iglesia del dieciocho, cuyo nombre no recuerdo, y desemboqué en la calle Venustiano Carranza. Allí me escondí detrás de un camioncito a pocos metros de la calle escalonada y vi, unos segundos después, que aparecía el flaco, dudaba y luego corría hacia Primero de Mayo, de donde seguramente bajaría a la Fuente de los Faroles.

Yo volví atrás, descendí bordeando una balaustrada de columnas gorditas, admiré los geranios y un balcón que parecía un bordado de encaje de hierro, y anduve por López Velarde, Justo Sierra y García de

la Cadena hasta la plaza Independencia. Allí, todavía, miré bien antes de cruzar la calle para entrar en el Condesa. No, nadie me observaba.

Era un hotel muy antiguo, en el que se habían hecho varios intentos no muy eficaces para remozarlo, los cuales resultaron en una horrible mezcla entre clásico y moderno que apenas alcanzaba para concederle una generosa categoría dos estrellas. Atravesé el *lobby,* donde un cojo hacía las veces de conserje y se peleaba con un botones desaliñado porque este no quería subir una máquina de escribir a no sé qué habitación, y me dirigí rápidamente al bar. Estaba indicado unos metros más allá, antes de los baños, por un farolito rojo junto a unos soldados ingleses de cartón. De adentro salía la música de un pequeño órgano Yamaha tocado por uno que si no era sordo, merecía serlo.

Solo había dos parejas que bebían y charlaban alrededor de una mesa petisita, e Hilda en un rincón, el más oscuro, a un costado de una chimenea de plástico con carbones falsos que simulaban flamitas.

Me senté frente a ella y pedí al mesero una coca con limón y hielo. Sin alcohol, se lo dije dos veces. El tipo me miró con asco, pero así era la cosa. Hilda pidió que le repitiera el bloody mary.

—¿Por qué tanto misterio, Pepe?

—Porque quiero mantenerte fuera del asunto. Mi posición es la del payaso de circo al que todos le tiran sillas, le pegan escobazos, le ponen el pie para que tropiece y demás calamidades. Pero yo no vivo aquí, y si cuento el cuento no será desde Zacatecas.

—Ten cuidado —me dijo, tocándome dulcemente una mano—, porque los payasos suelen morirse de amargura.

—No será mi caso. ¿No se me ve en la cara que estoy colmado de felicidad?

Ella rió, y aseguró que me iba a echar de menos cuando todo terminara. Casi sin darnos cuenta —ella quería hacerlo; yo la escuché, interesado— se desahogó con parte de la historia de su vida.

Era un caso clásico: papá distante y autoritario, mamá sometida, cocinera y abnegada como corresponde a una mamacita mexicana, seis hermanos mayores, cinco menores, el trauma de ser la del medio —signifique lo que significare— y la soledad y la tristeza de la niña acomplejada, demasiado gorda, demasiado miope, demasiado desgarbada y sin gracia que se refugió en los libros y en la observación. Siempre supo que se quedaría sola, sobre todo desde que amó a un chavo de San Luis Potosí a los veinte años y estuvieron por casarse pero a él lo atropelló un autobús de pasajeros y se murió. En la universidad tuvo una relación con un tipo casado, un vivales que un día empezó a pedirle dinero para los hijos que tenía con su esposa legal. Y luego hubo un tiempo en que se sintió confundida y le entró a

una relación lesbiana, con una chava que conoció en un festival de oposición del viejo PCM, en el Distrito Federal, pero eso no duró.

—Ahora, en Zacatecas, casi no tengo a nadie. Solo algunos cuates de la universidad. Creí que la güerita podía ser una buena amiga porque era diferente, pero ya ves. Voy a cumplir treinta y nueve años y ya perdí las esperanzas de tener el hijo que me hubiera gustado; seguiré estudiando historia y terminaré jubilada. A veces me digo que mi paso por el mundo no dejará huellas profundas, pero al menos no habrá hecho daño a nadie. Y entonces aquí estamos…

Hice silencio; cualquier frase mía hubiera sido una canallada, una torpeza, una irreverencia. Bebimos sin hablarnos, sin mirarnos. En determinado momento nuestros ojos se cruzaron, nos sonreímos creo que con ternura, como cuates para siempre. Pero enseguida ella agregó, en voz muy baja y súbitamente dura, mirándome fijo a los ojos:

—Prohibido tenerme lástima, cabrón. Jamás hablo de estas cosas, y si lo hago ahora es porque me caes a todo dar. Pero no te confundas. No eres mi tipo.

—Ajá. ¿Y cuál es tu tipo?

—Uno que se fije en lo que valgo; que sepa mirar adentro y se olvide de que soy gorda y fea. O sea, uno no como tú.

La miré, alzando una ceja, incómodo y algo fastidiado. Ella siguió:

—No lo tomes a mal, mano: claro que podrías gustarme, pero tú eres de los que primero se fascinan con una linda figura. Las Cármenes son tu tipo, y así te va. Y por eso estás solo.

—Sos dura, carajo.

—Sé que te dolió. Ni modo.

—En este momento, te odio.

—No seas pendejo. En sentido mexicano, digo. O no seas *boluuudo* —se rió, bebiendo un trago de su bloody mary—. Y ustedes después dicen que los que cantamos al hablar somos los mexicanos… Ya deja de ser tan pendejo, Pepe.

No dije nada. Pero me sentía malhumorado. Hilda se ablandó de repente, quizás dándose cuenta, y me tomó la mano:

—Bueno, no te deprimas. Te conseguí lo que querías: no es gran cosa pero para defensa sirve. Supongo que la quieres para defensa, ¿no? —asentí poniendo cara de que era obvio—. Es una veintidós, nueve tiros. Está cargada y no tiene peine de repuesto.

La deslizó por debajo de la mesa, me tocó la pierna, la tomé y la puse en el bolsillo de mi saco. Era muy livianita.

—También averigüé lo que me pediste —siguió, tranquila como si contara que nos habíamos independizado de España—. David Gurrola

tiene ahora cuarenta y cinco años, aunque aparenta algo menos. Es de Jalisco, pero avecindado aquí hace muchos años. No sé qué tan buen estudiante fue, pero se lo conoció como un tipo ambicioso, que fue comunista, luego porro de la derecha, después priista y aspirante a diputado federal, mariguano y lo que quieras. Una joya. Está casado con una mujer de la alta burguesía de Guadalajara y se dice que tiene tres hijos, o cuatro. No lo sé. Pero aquí tiene fama de mujeriego y pareciera que su especialidad fue ir perdiendo amigos. Entre sus colegas, en vez de abogado del diablo, lo llamaban el diablo de los abogados. Parece que tuvo un socio o algo así, pero se distanciaron porque Gurrola defendió a un grupo de chavos que violaron a una chiquilla, estando drogados, en un reventón. Al otro no le pareció, porque era familiar de la chica. Eso fue hace como diez u once años. El caso fue espectacular y la barra de abogados terminó por expulsar a Gurrola, que abandonó la profesión. Desde entonces dice ser detective, pero también ha comprado y vendido casas y ranchos. Se cuenta que tiene mucha lana y que no es dinero legal. Un cuate de derecho me ha dicho que se dice que posiblemente sea dinero del narcotráfico, y que él creía que Gurrola podría ser el hombre de confianza de Liborio.

—¿Y Liborio, quién es?

—El que maneja las drogas en toda esta región. Unos dicen que es de Jalisco, otros que de Nuevo Laredo, Tamaulipas. Quién sabe. Parece que es dueño de varias discotecas, posiblemente también gobierna la prostitución y el juego clandestino: quinielas, box, no sé qué más. Es todo lo que pude averiguar.

—¿Gurrola tiene familia numerosa; hermanos o primos? Hoy conocí a uno que dice llamarse Jesús, pero para mí que es el mismo David.

—No lo sé. Pero por la descripción que me han hecho, creo que es el que era amigo de la güerita, el del Mustang.

—Sí, de eso no tengo dudas. Pero hay cosas que no me quedan claras todavía. Como ese Liborio.

—Nadie lo conoce, aunque todos hablan de él.

—Como Dios, carajo.

Repetimos las bebidas y comimos unos cacahuates, casi en silencio. Hilda me pidió que le contara qué había averiguado yo y le hice una breve síntesis sin detalles; le expliqué que prefería que supiera lo menos posible. Me guardé lo del contenido de la zapatilla y no le dije dónde estaba depositada. Cuanto menos conociera, más segura estaría. Protestó, por supuesto, pero en eso fui inflexible. Era, además, mi pequeña venganza.

Después nos despedimos con el primer beso que nos dábamos y yo

salí primero del bar del Condesa, mientras ella encargaba su quinto bloody mary.

2

Volví al hotel como a las doce de la noche. No vi a nadie que me pareciera sospechoso. Martínez estaba ocupado en algo, en la oficina, y yo ni lo miré, aunque tuve la impresión de que él sí me observó.

Pasé de largo y me dirigí al bar, donde la rubia falsa cantaba *My way* en un inglés que hubiera desesperado a Shirley Bassey. Me pregunté si la tipa sabría cantar algo en español, aunque fuera *El reloj* en la parte que dice «tictac; tictac». El chico de la batería me saludó con un golpe de cabeza y una sonrisa. Una muchacha se acercó y me preguntó si la invitaba a tomar una copa. Le respondí que sí, pero si se quedaba en silencio o bien si me contaba qué se sabía de la mujer que habían matado la noche anterior. Me habrá visto cara de poli, porque hizo una mueca de asco y se fue a una mesa vecina, donde se sentó con otras dos muchachas.

No había más de una docena de personas en el local, que tenía la tristeza de esos piringundines de la calle 25 de Mayo, en Buenos Aires, llenos de marineros borrachos que cada tanto, para variar y salir en los diarios —y porque no se entendían por la multiplicidad de idiomas que hablaban— se mataban entre ellos o asesinaban a una prostituta.

El mesero se acercó y le pedí un *ginger-ale* con limón y hielo. Me preguntó cuánto vodka le ponía y le dije que yo era abstemio. Se retiró tranquilamente; no era un tipo prejuicioso. Cuando lo trajo, le pregunté si la policía lo había interrogado por lo de la noche anterior; dijo que sí, pero que él no había visto nada y su opinión era que la señora, de la que se decía que era muy guapa, había sido una guerrillera perseguida por otros guerrilleros sudamericanos y que se había suicidado en un acto de desesperación. Pensé que el tipo veía mucha tele fuera del horario de trabajo o que el comandante Carrión había largado esa especie para afirmar la idea del suicidio.

Bebí en silencio, escuchando el repertorio de la rubia, que terminó su actuación con una infame y cruel versión de *Adiós, muchachos* que demostraba su internacionalismo musical y que sabía castellano, pero asesinaba a la música porteña. Después, el chico de la batería se me acercó sonriente.

—Quiubo —saludó—. ¿Sabes que se volvió a salir la mariposa?

Pero le puse un hilo mojado en resistol. Hasta ahora se aguanta.

—Mañana podrías llevarla a que la suelden.

—Eso pensé. Aunque no sé de qué aleación sea. No parece solo de bronce.

—Oye, ¿has sabido algo del asunto de anoche?

—Puras pendejadas. Comentarios sobre guerrilleros sudamericanos. Puñetas para el respetable… Lo que yo digo es que el crimen fue que se muriera una vieja tan buena. La hubieras visto; estaba como quería…

—Hum… —dije yo, y preferí cambiar de tema. Dijo que se llamaba Marco y yo también me presenté. Hablamos de *jazz* y descubrimos que los dos éramos devotos de Mulligan y Desmond. Me preguntó si yo conocía a Piazzolla y le respondí que personalmente no. Dijo que Piazzolla era un chingón y estuve de acuerdo. Él bebió una cuba cargada, y en un momento se volvió y le pidió algo al del bajo, que estaba sentado a la mesa de al lado. Recibió un puchito de mariguana, le dio tres o cuatro aspiradas y lo apagó, guardándose la colillita, de no más de un centímetro.

—Hay que volver a empezar —dijo, mirando el reloj. Era la una menos cuarto—. Siempre la misma chingadera.

—¿De dónde sacan la mota? —pregunté—. ¿Se cultiva por aquí?

—Sepa —dijo él—, pero aquí se consigue fácil. Todomundo le entra.

—¿Has oído hablar de un tal Liborio?

El chico se puso serio, frunció el ceño y apoyó las palmas de sus manos sobre la mesita.

—He oído como todo el que tiene orejas en Zacatecas. Pero tú —me pedía, con los ojos, que no lo defraudara— me caes a todo dar como para que me digas que eres poli. ¿Lo eres?

—A ningún pinche tira le gustaría Paul Desmond, y mucho menos Piazzolla.

Se le iluminó la cara, tranquilizado.

—Dicen que ese güey controla todo lo que está chueco en esta zona. Quién sabe. Se dicen tantas cosas. Pero al menos la mota está fácil y no es cara. Yo a otros viajes no le entro. ¿Tú sí?

—No, ya estoy viejo para empezar. En mis tiempos, y en Argentina, la joda era fumar tabaco y empedarse. Vulgaridades.

Marco sonrió y alzó su vaso para brindar. Le brillaban los ojos, que se habían humedecido más de lo normal, quizás, me dije, por la dilatación de las pupilas.

—Chingue a su madre Liborio —y se echó el resto del vaso—. ¿Lo buscas?

—Tengo curiosidad por saber de él. ¿Me puedes ayudar?

—Nones, y te juro que lo haría si pudiera. Pero ese cuate, como si no existiese. Todos hablan de él, pero nadie lo conoce.

—Como Dios —dije yo, repitiéndome.

Marco sonrió y se puso de pie, para dirigirse a la batería. En el escenario ya estaban el bajista y el de la guitarra, que era el mayor del grupo.

—Que también chingue a su madre Dios —dijo Marco, y se alejó para sentarse ante su instrumento. Yo salí antes de que la rubia empezara con sus crímenes musicales.

3

Fui al mostrador y pedí la llave. Martínez no me miró a los ojos. Observé que el casillero de la 203 estaba vacío, lo que indicaba que el gerente no había dejado recado alguno. Uno de mis tantos tiros al aire. De todos modos, pregunté:

—¿Ningún recado para mí?

—Ninguno, señor… —el tipo titubeó, como para decirme algo, pero en ese momento entraron dos parejas al hotel, riéndose a carcajadas. Vinieron hacia nosotros. Me dirigí al ascensor, asegurándome que si Martínez tenía algo que decir me llamaría por teléfono. Yo estaba cansadísimo pero no sabía si podría dormirme enseguida.

Me tiré en la cama, apenas desabotonándome la camisa, y traté de hacer encajar lo que sabía con lo que suponía. Todo había empezado con el asesinato de Marcelo. Mi hipótesis era que Marcelo dependía de Liborio, quizás como adicto pero especialmente como distribuidor. Liborio lo había hecho matar porque no le había entregado lo debido, o bien porque lo chantajeaba. Aunque yo no sabía cómo, ni con qué, podía chantajearlo. Pero si no, no se explicaban los dólares ni la cocaína. Aunque esta podía ser para uso personal de Marcelo.

La segunda muerte, la de Camilo, fue porque él quiso traicionar a Gurrola, quien evidentemente era socio o testaferro de Liborio. Camilo habría querido pasarse de listo y amenazado con hablar conmigo. Le habría contado a su patrón de mi visita y de mi interés y pensó, erróneamente, que podía sacar una tajada. Gurrola estaba cansado del viejo, y fue quizá la gota que colmó el vaso: lo mataron.

Lo que no encajaba era lo que más me importaba: el asesinato de Carmen. Yo sabía que no era un suicidio, claro, pero ¿quién la había asesinado? Si ella supo que Liborio mató a su marido, pudo continuar el chantaje y eso le costó la vida. Pero esa idea no era convincente. ¿Y si, por ser amante de Gurrola, como me parecía, había sido cómplice, luego arrepentida, de la muerte de Marcelo? Pero, ¿y el dinero en la bota? ¿Acaso Carmen había sido la extorsionadora, o la que retuvo el dinero, y no Marcelo?

¿Por qué? No me cabían dudas de que la colocación en la bota había sido obra de ella, ni siquiera de Marcelo, si bien en el papelito

se leía la letra que yo imaginaba de él. Bien, podía ser que hubieran trabajado juntos para engañar a Liborio. Temeridad no les faltaba. Como fuere, cuando mataron a Marcelo, ella protestó y acaso amenazó con hablar, pero a la vez le exigieron que devolviera el dinero y la coca. Quizás ahí estaba la explicación al conflicto que ella vivía.

Pero, ¿por qué había algo que no encajaba? ¿Qué relación habían tenido Carmen y Marcelo con Liborio? ¿Por qué el más peligroso se me hacía que era Gurrola? ¿Qué relación exacta habían tenido con él? Descarté las posibilidades investigativas que podía tener la mala relación sexual de Carmen y Marcelo. No venía al caso, ahora. Ni siquiera tenía importancia la posible homosexualidad de Marcelo. Era muy su asunto menear la cola como le gustase.

Me moví, incómodo. Podía suponer que todos los componentes tenían una explicación: la muerte de Marcelo, la del viejo Camilo, la actitud de la policía —el comandante Carrión respondía a Liborio, sin dudas—, la elusión constante de la madre de Gurrola, la presencia de un submundo de drogas. Lo que no estaba claro era por qué y quién había matado a Carmen. Y por qué Carmen había escondido semejante cantidad de dinero, que sin dudas era de Liborio y este lo había reclamado y ahora su gente sabía que lo tenía yo. Y no encajaban, tampoco, la relación que yo insistía en suponer amorosa entre Carmen y Gurrola, ni el exacto papel que representaba este en todo el asunto.

Bueno, lo que parecía evidente era que Carmen había jugado una traición: conocía el negocio de Marcelo, quizás lo compartía. Del mismo modo, parecía seguro que Marcelo había aceptado ser cornudo, y hasta era posible que todo hubiera sido parte de lo mismo. Al morir Marcelo, ella quedó sola a cargo de la traición y fue presionada. ¿Por su amante? ¿Por Liborio? ¿Y por qué no cedió? ¿Por amor, por ambición? Carajo, había una Carmen que yo no conocía, sin dudas. La traición consistía en un chantaje: cada dos meses —mayo, julio— embolsaban quince mil dólares. La tercera vez —septiembre— ya no hubo cobro, sino muerte. ¿Por qué?

Todos estos interrogantes me vencieron, de todos modos, y justo empezaba a conciliar el sueño cuando llamaron a la puerta. Esperé un segundo golpe para ponerme de pie y fui a abrir. Era Martínez, y se apresuró a meterse en la habitación. Estaba nervioso y parecía aún más flaquito e insignificante.

—Buenas —dijo, y me di cuenta de que había miedo en su sonrisa.

—Qué quiere.

—Pos aquí… Esteee… Me acordé de algo que quizás tenga valor para usted, mi amigo. Jé…

—Ofrézcalo, entonces.

—Bueno, pos, eh, la mera verdá es que la señora, anoche, me dio un sobre con una recomendación…

Me sobresalté pero logré disimularlo. Mantuve mi mejor cara de póquer y me dije Giustozzi tranquilo, tranquilo y como dicen los psicoanalistas, no hable; espere y escuche, Giustozzi. El tipo se descolocó y continuó hablando:

—Hay una carta en el sobre, parece… Ella me dijo que se lo guardara por un rato, y tuvo una atención conmigo. Una buena propina, muy buena… Esteee, y me pidió que si ella no pasaba luego a buscar el sobre, que se lo entregara a usted, na'más poniéndolo en el casillero del doscientos tres hoy en la mañana… —y sonrió, estúpidamente, como si un perrito esperara una aprobación luego de cagarse sobre la alfombra de la señora.

—¿Por qué no lo entregó a la policía?

—Porque no era para la policía, sino para usted, mi amigo.

—¿Y por qué no me lo entregó a mí?

—Pus… —y su sonrisa, cada vez más nerviosa, era francamente irritante. Era un gusano que yo tenía ganas de aplastar. Pero no lo hice.

—Comprendo —dije—, hoy estuvo todo el día pensando que si me lo daba de a gratis, pues no, ¿verdad?

—El señor ha comprendido perfectamente —dijo, ensanchando su sonrisa, tan imbécil como el coyote que anda tras el correcaminos en la tele—. Me dije que habría de tener un valor muy grande…

—Hum. Y cómo cuánto de grande le calcula.

—Pus… —fingió que pensaba—. Unos cincuenta mil pesos, digo yo. ¿Qué le parece?

—Mal. Yo no pago eso. Primero, porque no tengo esa cantidad; y después porque no sé si ese sobre vale tanto. Déjeme echarle una mirada, y le digo.

—Jé —rió, abiertamente—, muy listo el señor. Pero no lo traigo conmigo.

—Entonces vaya a buscarlo. Le voy a dar diez mil pesos —y empecé a maniobrar en mi bolsillo.

—Treinta —replicó, excitado y presto para salir corriendo en busca del sobre.

—Dije diez.

—Veinticinco.

Negué con la cabeza.

—Veinte y ái muere.

—Quince y se acabó.

—Hecho —dijo, y voló como una harpía mitológica.

Diez minutos después leí la nota, escrita con la inconfundible letra de Carmen, grande y redonda, ligeramente curva hacia adelante: «Pepe, ojalá nunca leas esto. Estoy metida en un lío que ni te imaginás. Me enamoré de un miserable, capaz de cualquier cosa. Pase lo que pase, por favor andate, SALVATE VOS. Yo no merezco que me quieras. Adiós».

No llevaba firma. No hacía falta.

4

Mi primera reacción fue llamar a alguien. Es como cuando recibís una impresión demasiado fuerte y necesitás compartirla. Esa ansiedad que se siente ante la alegría o el dolor extremos. Esas ganas de gritar, o de llorar. Pensé en hablarle a Hilda; a algún amigo de la Ciudad de México; a alguna vieja, lejana gente de Argentina. Carajo, a alguien tenía que decirle que era injusto.

Me quedé con el papel en la mano, y lo leí y releí, decepcionado. Después me senté en la cama y empecé a derrumbarme: ladrillos, bloques de cemento, toneladas de hierro oprimían mis hombros y yo me caía. El pequeño gigante Giustozzi, que no hubiera tenido estatura para figurar en las listas de Rabelais, se derrumbaba otra vez, se venía abajo como bicho fumigado, con un papelito en la mano que le decía que se rajara para salvarse. Una vez más, huir para redimirse, para no soportar el dolor.

Como una noche de hacía años, en Buenos Aires, poco antes de partir al exilio, cuando ya estábamos separados. Carmen me llamó por teléfono y me pidió que la dejara dormir en mi departamento, uno que había alquilado en Belgrano. Fue una llamada breve, nerviosa, agitada, con excusas innecesarias, pueriles, que interrumpí diciéndole «No me des explicaciones, vení y listo» porque advertí que andaba en problemas que debían ser graves. Sentí miedo y me pregunté en qué estaría metida y me respondí que no tenía por qué buscar ni encontrar respuestas; simplemente deseé que no la estuviesen siguiendo porque en tal caso se acababa todo. Vino como a las ocho de la noche; era otoño y hacía frío, y se quitó una bufanda y el abrigo y la encontré más flaca, demacrada y con miedo. Pero la vi fanatizada: con ese apasionamiento que yo amé y odié sucesivamente en ella, en Argentina y en México, en este mundo. Nos besamos como viejos amigos, dijimos unos pocos lugares comunes circunstanciales y tomamos una sopa artificial que yo preparé mientras ella se quedaba en el *living,* fumando, nerviosísima. Ninguno de los dos dijo gran cosa cuando terminamos.

—No te voy a hacer preguntas, pero al menos quisiera saber cuán grave es la situación y cuánto necesitás quedarte.

—Tengo mucho miedo, y necesito quedarme solo esta noche —se mordió los labios y encendió un cigarrillo, como para no mirarme a los ojos. Echó el humo con vigor—. Mañana me voy…

No pregunté a dónde, y en cambio le dije que estaba bien, que podía bancar la situación y que si le parecía…

—Ahora quiero dormir, Pepe —me interrumpió—. No doy más.

Se le notaba. Sentí pena por ella, me dolió verla así. Yo la quería, no sé si me explico. La quería, pero no podía decirle nada. En ese momento menos que nunca.

Le cedí el dormitorio y le dije que no se preocupara, que yo dormiría en el sofá del *living* y además pensaba quedarme leyendo hasta tarde. Dijo bueno, apagó el cigarrillo y se fue a la cama. Se durmió en pocos minutos y yo sentí nostalgia de su ternura, de sus agudezas, inclusive de su mal genio. Esa Carmen era casi una desconocida: una mujer dura como la vía de un tren, como un pedazo de mármol. De todos modos, yo sentía que la seguía amando. Pero me pregunté a cuál amaba: si a esa o a la de mi recuerdo. No pude leer. En algún momento me quedé dormido. Cuando desperté, Carmen ya no estaba, pero había dejado una notita sobre la mesa: «Gracias. Un beso. Yo».

Dura, dura, dura, repetí mientras hacía un bollito con el papel y lo tiraba en el cesto de la basura.

Ahora tenía otro papelito con la misma letra, y habían pasado muchos años y yo había aprendido que no hay amor que termine de modo más tajante que el que acaba incluso con las posibilidades de soñar: el que termina con la muerte. Ahora había que salvarse, decía irónicamente este papelito. Rajar para salvarse. Huir de nuestras culpas y salvarnos… Pero, ¿qué significaba salvarse? ¿Y salvarme de qué, y para qué, y para quién ahora que ella estaba muerta? ¿Es posible salvarse cuando uno ha sido toda su vida un perdedor?

¿Puede uno salvarse cuando todo fue sufrir abandonos y buscar al padre, como Pedro Páramo, para ni siquiera encontrar fantasmas, sino solo silencio y dolor, hasta que ya no hubo más silencio pero quedó el dolor, porque el dolor siempre queda, como el recuerdo del miedo?

Sentí el impulso de hacer un bollito otra vez y tirarlo en el cesto, pero dudé y me quedé con la nota de Carmen en las manos. Soy un tipo sentimental y eso me jodió toda la vida. Me senté en la cama pensando cómo puede uno salvarse cuando se ha crecido en un mundo de mentiras y de imposturas, y se tiene el corazón blando. Recordé entonces que conocí a Carmen una noche de agosto del 72, cuando el país se dolía de los crímenes de Trelew, los mismos que hoy parecen de la prehistoria y son materia de olvido para tantos. Me deslumbró

pero no volvimos a vernos hasta meses después, el día en que Perón llegó a la Argentina, el 17 de noviembre, después de dieciocho años de exilio, prohibiciones y violencias. En la calle las masas peronistas, los cabecitas negras, los descamisados le cantaban «Súper-pibe / Súper-pibe» a ese viejo septuagenario que los saludaba sonriente como Gardel. Porque siempre sonreía ese viejo cabrón, y cómo gozaba los cánticos de la muchachada que le cantaba «Llora, llora / la puta oligarquía / porque se viene / la tercera tiranía». Carmen y yo nos encontramos en una esquina de la calle Gaspar Campos y nos abrazamos en el acto, mezclados con la turba festejante, cantando esas consignas y también «La Marchita», convencidos de que el dictador Lanusse se caía como una marioneta a la que le cortaban los hilos, y de que los Montoneros encarnaban lo que el Viejo definía como «la juventud maravillosa» y no nos dábamos cuenta —qué nos íbamos a dar— de que comprábamos un tranvía sin rieles, un obelisco sin valor, una fantasía que era la misma fantasía que compraba la inmensa mayoría de nuestro pueblo.

Me puse de pie y me asomé a la ventana, discreto y conmovido, nervioso y preguntándome cómo salvarme yo ahora, entonces, cómo zafar de la muerte que también me andaba buscando. Solo ahora comprendía que Carmen no cayó en las manos de los chupadores de la Marina o del Ejército solo por casualidad, o porque en algún lado estaba escrito que su vía crucis duraría un rato más: hasta enamorarse de «un miserable» al que yo ahora procuraba conocer nada más que para entender un poco y decirme que entendí, sí, aunque ya nada servía de nada.

Yo también estaba marcado como parte de aquel proceso, porque de alguna manera fui parte del drama nacional de la época. Aunque nunca con el mismo nivel de compromiso (como se decía) o de delirio de los dirigentes que tiraron por la borda un trabajo de años de concientización democrática de las bases, para jugarse a una carta político militar disparatada y trágica.

¿Cómo salvarme, entonces, cómo salvarnos, quién podía pensar o decir que «se salvaba» si tuvimos treinta mil desaparecidos? ¿Quién se salva con un lastre semejante, con esa ancla? ¿Quién es el hijo de puta que puede decir que hay salvación, con semejante dolor en la piel del país?

Me quité la ropa y, en calzones, me metí en la cama sin siquiera lavarme los dientes. Seguramente no quise ni mirarme en el espejo.

Intenté dormirme pensando en los alemanes, que después de cuarenta años de ser un pueblo infamemente criminal, ahora han olvidado todo, sonríen, son gordos, beben cerveza como beduinos,

tienen más plata que los ladrones y por lo menos la mitad de ellos sigue tan racista como cuando creyeron el trágico cuento de Hitler. ¿Seríamos capaces también nosotros de inventarnos la felicidad del olvido, todos juntos y felices, asesinos y víctimas, torturadores y confundidos, canallas y buenos burgueses inocentes? No cuenten conmigo, por favor.

Oh, qué difícil es dormirse cuando se tienen tantas preguntas, cuando todos los signos y evidencias indican que los paraísos no existen y que no hay redención posible, y cuando se ha empezado a descubrir que quizás la única salvación para el hombre está en la dignidad con que recorre su propio camino. Qué difícil dormirse cuando se ha comprendido que solo su paso por esta tierra lo redime, porque el hombre, finalmente, o la mujer, no es más que la metáfora de sus acciones, una metáfora errátil y confusa que nadie, nunca, explicará realmente, y ahí reside su carácter maravilloso, su incomparable perennidad.

5

Apenas pude dormitar un rato, porque a las siete ya estuve en pie. Me lavé los dientes para quitarme el gusto pastoso de la boca, de tanto cigarrillo y tanto nerviosismo que traía, y me di una larga ducha. Luego me vestí y cambié el saco que venía usando por uno mejor planchado y bajé a tomar un desayuno ligero al restaurante. Pero a la hora de la hora me percaté del hambre que traía y comí unos huevos rancheros y otros a la mexicana. El chile me ardió en la boca pero fue lo que consiguió despertarme. Tres tazas de café bien cargado completaron el efecto. Entonces me puse en marcha y fui a la delegación policial.

Sabía que en cualquier otra circunstancia yo hubiera llevado todas las de perder. En México —como en todo el mundo— un extranjero es un ciudadano de segunda categoría. Peor aún si es exiliado político y es sudamericano. Evidentemente, podían detenerme con el pretexto de que mis papeles no estaban en orden, aunque lo estuvieran. Les bastaba con acusarme de cualquier cosa, y me deportaban en veinticuatro horas. O al menos, me sacaban del estado de Zacatecas, y ello si me iba bien, es decir si no me hacían una «calentadita», término simpático pero que implica por lo menos un zarandeo policial que el detenido jamás olvidará; un ablandamiento, digamos. Yo era presa fácil para ello, y sabía que eso debía haber sido considerado por Carrión y sus muchachos. No era, pues, que yo me sintiera un héroe sino que poseía una interesante suma en dólares y unos gramos de polvo blanco que todos querían.

Por eso supe que Carrión, esa mañana, me atendería. Y ni siquiera tuve que esperar demasiado; no más de cinco minutos. Me recibió con cara tranquila, serena, mirándome desde los milenios de sabio silencio de su raza. Si no lo hubiera conocido, y mis alertas no hubiesen funcionado, yo habría pensado que el tipo hasta era amable. Las posibilidades del cinismo son, por cierto, ilimitadas.

—Estamos para servirle —me dijo, mirándome como un halcón a una paloma.

—Esto se ha convertido en una cuestión personal para mí, comandante —le dije—. No vengo a preguntarle nada, pues creo que

ya sé todo lo que pasó y, en fin, no puedo decir que agradezco su colaboración. Lo único que me queda por conocer es a esa persona tan esquiva: Liborio Nosecuánto.

Me siguió mirando, con sus ojos de obsidiana, impenetrable como una estatua olmeca.

—Lo que yo poseo, que a él le interesa y es lo que todavía me salva la vida, me gustaría entregárselo personalmente. Si usted me facilitara una foto, creo que podría ir a buscarlo. Y esta misma noche yo seguiría el consejo que usted me dio: desaparecer de Zacatecas.

Carrión pestañeó un par de veces, y fue toda su expresión. En algún lugar, me pareció que el tipo estaba entre divertido por mi osadía, molesto porque hubiese preferido masacrarme en el acto, y perplejo por mi pedido. Se miró las manos, jugó con ellas mientras volvía a mirarme, y dijo:

—Esto le puede costar muy caro, señor Yusoti…

—Gius-to-zzi, por favor.

—Es que ya no se trata de que salga de Zacatecas, sino del modo como va a salir. Esta es una institución oficial del gobierno de la República Mexicana, y ningún pinche extranjero viene a burlarse así como así.

—No me extrañaría que usted tenga razón, y que de aquí me quieran sacar muerto. Pero —mentí— espero que no se provoque un conflicto internacional, puesto que he dado parte a la embajada de mi país de todo lo que sé, y de lo que poseo, y ahora en mi país hay un gobierno democrático que no me desprotegerá. Y hasta donde tengo información, sé que el gobierno mexicano tampoco ha de querer verse comprometido en crímenes de traficantes de drogas, de modo que…

—Ahórrate el discurso, jijo de tu chingada madre —me tuteó, hablando entre dientes y con los ojos, ahora sí, flamígeros.

—Dígale a Liborio que quiero verlo. Personalmente.

Y me retiré, sintiéndome un Clark Kent pero con diarrea, desfalleciente. Cuando salí a la calle, me apoyé contra una pared porque las piernas me temblaban. Me exigí una serenidad que no tenía, encendí un cigarrillo y miré a mi alrededor. Lo primero que vi, en un coche verde, sin placas, fue a un tipo que me miraba, sentado al volante. No puedo decir que haya reconocido su cara, pero la chaqueta de cuero gastado del cosaco era inconfundible.

Fumé un par de pitadas, profundamente, y lo miré como para que supiera que yo lo reconocía. Supuse que por la radio del coche le estarían dando instrucciones para que me siguiera. No podían perderme el rastro porque yo tenía mucho dinero. Empecé a caminar rumbo al Palacio Municipal, y enseguida vi que la bestia se bajaba del

coche y me seguía, apurando el paso. Yo no aceleré el mío y en cuanto pasé por el Hotel Condesa entré al *lobby* y pedí el teléfono.

Hablé a Hilda, pero no estaba. Entonces llamé al gerente del Calinda y, tratándolo de licenciado y toda la cosa, le dije que estaba en peligro y que si no aparecía en dos horas avisara a la embajada argentina en la ciudad de México. El tipo se alarmó y me dijo «Pero licenciado, qué sucede». Le prometí que luego le daría más explicaciones y que tomara el tiempo. Juró hacerlo y yo corté sin esperar otro alegato.

Luego caminé tranquilamente hacia el baño, más allá del bar donde la noche anterior había estado con Hilda, y que era oscuro y estaba tan sucio como si lo hubieran acabado de limpiar después de la guerra cristera.

El cosaco me había visto desde la puerta, y cuando caminé hacia el baño supe que me seguiría. En cuanto entré, saqué la pistola y me coloqué detrás de la puerta. El fulano entró, confiado como un gatito, a darle su merecido al ratón. Pero en cuanto traspuso la puerta, le pegué con todas mis fuerzas una patada en los huevos. Nada de elegancias, nada de la caballerosidad de las novelas policiales. Era la única forma, sucia por supuesto, que yo tenía de dominar a ese cabrón.

Se dobló en dos como si hubiera estado fabricado de plastilina e hiciese mucho calor. Lo levanté de otra patada en plena cara. Me pareció que mi diente estaba vengado y sentí una horrorosa satisfacción, algo que jamás había sentido en mi vida. Era la consagración de mi propia violencia. A veces en la literatura se escriben frases de efecto, como que solo el que ha matado lo sabe todo, o que hay que haber matado para comprender determinadas cosas. Yo, sin embargo, sentí que lo grandioso era estar dispuesto a matar y no hacerlo, y en cambio sentirme fascinado con la sangre y el dolor de un tipo. Yo era bestial y violento como jamás había pensado; sencilla y brutalmente me descubría en los límites de Dios, si Dios existía: podía decidir la vida de otro.

El cosaco cayó al suelo y me pareció que iba a hacer algún movimiento con sus manos. Le aplasté la derecha de un pisotón, con toda mi furia. Me fascinaba, monstruosamente me fascinaba ver mi poder, la capacidad de hacer sufrir al fulano. Sin dejar de apuntarlo, por si acaso, porque el tipo era una víbora venenosa, con la izquierda lo agarré del cuello de la camisa y lo jalé hacia arriba. Quedó sentado como un títere sin mano adentro. Le coloqué el caño de la veintidós en el costado del cuello, a la altura de la garganta.

—Me jugás sucio, hijo de puta, y te quedás sin yugular.

El tipo para mí que se orinaba del susto. Tenía la boca abierta pero no pronunciaba sonido alguno. Alzó los ojos y me miró, un Judas después de la traición.

—¿Qué venías a decirme?

—Quieren la lana y el talco —musitó velozmente, en voz ronca y bajita. Tragó saliva con dificultad y siguió—. Último aviso o esta noche te la echamos.

—Quién te manda —y sacudí la mano izquierda y apreté aún más el caño de la pistola, que se metió en su carne y le produjo arcadas porque encajaba justito en la tráquea.

Solo me respondió su respiración dificultosa.

—Te pregunté quién te manda y la puta que te parió —y le encajé un rodillazo en la mandíbula. Nuevamente me produjo placer ver que el tipo se mordía el dolor y que le salía sangre por la boca, la sangre que no se tragaba.

—¡Quién! —reclamé por tercera vez, pisándole la mano que tenía en el suelo con la punta de mi zapato hasta sentir que se le quebraba un huesito. El tipo empezó a llorar: le salían mocos de la nariz, que se confundían con sus lágrimas y la sangre. Su cara era una masa pastosa, repugnante.

—¡Quién o termino de chingarte! —y apreté aún más el pie sobre la mano.

—Liborio —gimió, tosiendo entrecortadamente.

—¿Y Carrión?

—Es mi jefe, pero él no manda.

—Escúchame bien: vas a ir ahorita mismo donde Liborio y…

—Pero yo no lo conozco. Nunca lo he visto, te lo juro —sollozó, el cosaco hijo de la chingada. Sabía llorar como un chancho en el matadero. Retiré la pistola unos centímetros y le encajé un pistolazo en la oreja derecha. Escuché el ruido de su carne aplastada contra el parietal.

—Mentira. Sí que lo conocés, y vas a ir a verlo. ¿Sí?

—Sí… —lloró—. Basta, por favor…

—Vas a ir a verlo y le vas a decir que lo espero en el hotel dentro de una hora. ¿Entendiste? Y que si no, se va a armar la podrida y no van a ver un solo dólar. ¿Está claro? Y que me alzo y deposito la guita, la lana, en la embajada, y hablo con el presidente de la Argentina y cuento todo en el diario. ¿Entendido?

Él siguió llorando, en el suelo, cuando lo solté y le encajé otra patada, en la espalda. Salí del baño, enloquecido de rabia y de miedo, sintiendo que había traspasado un límite. No sabía de qué, ni qué había del otro lado, pero era un límite. Y yo lo había cruzado.

6

Sentí miedo una vez más, y pensé que el hombre, entre sus destinos, cuenta el de temer. Quizás, idealmente, como en el mundo de los Kappas de Akutagawa, habría que preguntarle al hombre antes de nacer, hablándole con firmeza desde la vagina materna, si quiere venir al mundo, si asume esa responsabilidad. Quizá la respuesta de la mayoría sería que no, y las mujeres se desinflarían en un instante. Pero a nosotros nadie nos pregunta; nomás nos traen. He ahí la imperfección del hombre; he ahí el origen del miedo a la vida, al sexo opuesto, a la ética como regla y como estilo, a la responsabilidad de ser dignos y de merecer el honorable calificativo de humanos. Porque ser, es cualquiera.

Sentí miedo y evoqué mi propia historia de miedos: de cuando en la militancia mi generación asumió mayoritariamente su identidad peronista como contrapartida de los modelos individualistas, frívolos y mezquinos de las clases medias fascinadas con su autoadoración. Eran miedos generosos y bellos los de aquellas multitudes de jóvenes que marchábamos por gremios, por agrupaciones estudiantiles, por lugares de origen, a la plaza de Mayo aquel día de 1973 en que Cámpora asumió la presidencia de la República, flanqueado por Allende y Dorticós. Terminaba una etapa de vejaciones, proscripción y antidemocracia. Los milicos se retiraban al son de marchas y bombos, y todos coreábamos: «Se van, se van / y ya nunca volverán», acaso, pienso hoy, para espantar el miedo que teníamos a que volvieran. Y la pucha si volvieron tres años después...

Carmen y yo fuimos protagonistas de aquel tiempo extraordinario, de aquella juventud que renovaba cuotas de abnegación, de honestidad, de trabajo para una democracia basada en la participación, la movilización y el fin de los miedos. ¿Fuimos inocentes? ¿Fuimos ingenuos? ¿Es que la honestidad del joven militante es una insensatez, una necedad pueril? No. Lo que pasa es que el miedo adquiere un carácter difuso y es como si estuviera fuera de foco, a la manera de ciertos cuadros de Raffaello Sanzio en los que madonas y niños aparecen difuminados pero son madonas y niños legítimos.

Sentí miedo porque yo no era un *kappa* y acababa de mostrarme mi propia capacidad de violencia, toda una fuerza acumulada que no era solo mía sino de todos mis muertos amados, de toda la rabia contenida por tanto que habíamos perdido. Era la violencia que yo no había desatado en la Argentina. Sentí miedo y crucé, con estos pensamientos, a la plaza Independencia.

Desde un teléfono público, y sin dejar de observar la puerta del hotel, llamé nuevamente a Hilda. Mientras esperaba, miré la casa donde nació el primer periodista de América, Juan Ignacio María de Castorena y Urzúa, quien también fue obispo y censor. Ahora está ubicada entre el escritorio público La Bufa y el establecimiento Rico Mac Pollo, siempre colmado de cadáveres desplumados colgando. Todo me pareció una ironía.

El teléfono llamaba, pero Hilda no respondía. La noche anterior me había dicho que tenía clases de ocho a diez, de modo que debía estar llegando. Salvo, pensé, que se hubiese puesto muy peda —como dicen en México— y estuviera cruda, durmiendo la mona. Rogué que no.

En la puerta del Condesa no había novedades. El gorila debía estar haciéndose un lavaje para verse presentable, o juntando valor para enfrentarse al jefazo.

En el monolito de la plaza me llamó la atención el pequeño Ángel de la Independencia y, debajo, la mención de Porfirio Díaz como presidente de la República junto al *labor omnia vincit* y a la fecha —1910— de inauguración. Habrían descubierto ese obelisco el 16 de septiembre, imaginé, pero el 20 de noviembre de aquel año estalló la revolución y a la mierda con Díaz y el *omnia vincit* positivista.

Más allá, como símbolo de los nuevos tiempos, vi un retrato de Carlos Marx detrás de un vidrio, en una ventana del primer piso de un edificio junto a lo de Castorena y Urzúa. Era un local del PST y en el balcón había un presunto militante socialista trabajador tomando sol como una tortuga, con una camiseta naranja y un insólito gorrito nazi en la cabeza, con todo y esvástica. Lindo desmadre ideológico tenía el cabrón. Buen vecino.

Finalmente, Hilda atendió. En ese instante llegaba de la universidad. Le pedí que tomara nota de la hora —eran las diez y media de la mañana— y le dije que si a las doce yo no estaba en el hotel se pusiera de acuerdo con el gerente e hicieran todo el escándalo posible. Súbitamente alarmada, me preguntó dónde estaba. Le pedí que se preocupara pero que me diera su confianza, que la necesitaba fría y calma, y no histérica. Ella entendió histórica y creyó que yo hacía un chiste de mal gusto. Después le pedí que no se moviera de su casa; yo la llamaría a las doce en punto. Y colgué, unos segundos antes

de ver que el cosaco salía del hotel tapándose la boca con un pañuelo.

No miró hacia ningún lado y se zambulló por el callejón del Tráfico para perderse en el gentío que a esa hora llenaba el mercado. Crucé, veloz, la avenida Juárez y me metí yo también, siguiéndolo a una distancia como de veinte metros. La cantidad de telares, calabazas, mantas y plásticos que colgaba por doquier me dificultaba la tarea pero a la vez disimulaba mi presencia.

El cosaco pasó por la pollería de Isidoro Gamboa y caminó hacia la plaza de la Loza, para luego atravesar una galería atestada de pequeños negocios que yo desconocía, y salió al final del callejón de la Bordadora, donde se detuvo para escupir y mirar, con súbita desconfianza, a los costados. Yo me escondí rápidamente en una zapatería y unos segundos después me asomé y ya no lo vi. Eso me asustó: corrí hacia la calle principal y al salir a la Fuente de los Faroles, en pleno centro de la ciudad, vi que él cruzaba la calzada Tacuba rumbo al viejo mercado González Ortega convertido en centro comercial.

Lo seguí, muy pegado a las paredes. La cantidad de gente que iba y venía me ayudaba, pero yo sabía que mi altura era completamente delatora. El tipo rodeó el mercado y se metió en una de las puertas laterales de la Catedral, la que daba al centro comercial y a la calle Aguascalientes.

Dudé un momento qué hacer, porque imaginé que a media mañana en la basílica no habría más que media docena de viejitas rezando y alguno que otro turista. Pero yo debía entrar, para no perderlo de vista. Lo hice, y al trasponer el enorme portón de madera labrada, no conseguí verlo. Miré la nave lateral, luego me refugié junto a una columna y observé la central. No estaba. En la otra lateral había una puerta simétrica a la que habíamos atravesado, que daba a la plaza de Armas y al Palacio de Gobierno, y supuse que el cosaco había salido por allí.

Corrí hacia esa puerta, e incluso tuve la fantasía de que iría al despacho de Gurrola, donde mataron a Camilo, pues quedaba a solo unos ochenta metros, pero antes de cruzar esa nave, lo vi, arrodillado ante un altarcito lateral consagrado a un santo que yo desconocía pero que tenía un perrito al lado y una especie de bola de cristal de roca tallada. Estaba con su cara entre las manos, completamente ensimismado. Lo reconocí por la chaqueta de cuero. Me escondí tras la columna más cercana y me arrodillé yo también, en plena nave central, e imité su posición pero dejando un ojo libre para espiarlo.

El cosaco estuvo quieto, sin hacer el más mínimo movimiento, durante unos quince minutos. A mí las rodillas me volvían loco del

dolor pero el tipo, castigado y todo, parecía que podía quedarse así todo el día. Hasta que repentinamente alzó la cabeza, se persignó, mantuvo el lomo de su pulgar derecho contra su boca, besándolo como si realmente besara a Dios, y se puso de pie y partió a toda velocidad.

Volví a correr tras él, que salió por la puerta de la plaza de Armas, y viró a la derecha para perderse ciudad arriba, a través de la calle del Deseo y, luego, el callejón de San Pascual y otras más. Subía constantemente, en dirección como del cerro de la Bufa, por escalinatas, plazuelas y vecindades de todo tipo. La arquitectura parecía mescolanza de varios siglos, y había algo de conocido —para mí— en el curioso itinerario que recorría. Siempre con los suficientes metros para ocultarme, yo lo seguía ahora con mayor cuidado pues no había tanta gente en las calles. Más de una vez tuve que meterme en una carnicería, o en una tiendita de abarrotes, para no llamar su atención.

Al cabo, salió al callejón del Gusano y lo caminó durante menos de una cuadra. Casi en la esquina con la calle del Patrocinio entró en un jardín delantero con rosales y malvones y una buganvilla que yo ya conocía, porque ahí dos días antes me había atendido, muy amablemente, la mamá de David Gurrola.

7

Me quedé en la esquina, fumando un cigarrillo y registrando mis emociones; era incapaz de meditar y decidir mis próximos pasos. Me sentía paralizado, inepto total para comprender la cadena de engaños que había habido en mi vida. Yo engaño, tú engañas, él engaña, nosotros simulamos, vosotros aparentáis, ellos ocultan. Las conjugaciones de la vida, Giustozzi. Carmen muerta, su cuerpo mojado y en flexión como una rodilla de bebé, y todos jugando al niño cruel, al inocente pecaminoso, todos poniendo caras de cínicos terribles, de malos legítimos, de hijos de puta inconcebibles como en los cuadros de la Edad Media en los que monjes y santos, santas y madonas, ángeles y demonios, inquisidores y condes, reyes y señores, todos tienen las caras cargadas de cinismo, de crueldad, de malevolencia.

Casi no me di cuenta de que solo unos minutos después del ingreso del cosaco a ese jardín, salió de ahí el dizque Jesús Gurrola. Iba como debía ir: traje azul oscuro, camisa blanca, corbata gris, zapatos lustrosos, negros, y un andar seguro, sólido, atlético, que lo hacía parecer menos chaparro y menos grueso. Ese tipo era macizo en todo: en cuerpo, en alma y en ideas. Carmen había sido una chica de buen gusto, no andaba con cualquiera.

Me escondí en un zaguán justo en el momento en que él salía seguido del flaco alto, que vestía *jeans* y una chamarra gris de tela impermeable, y de un hombre mayor, de unos cincuenta años largos, casi sesenta, que calzaba botas de media caña, pantalón negro y una sudadera Levi's roja que lo hacía más juvenil. Estos dos caminaron detrás de Gurrola, a unos quince metros.

Esperé un ratito antes de iniciar el descenso hacia la Catedral. No sabía qué camino tomarían, pero no dudaba de cuál era su destino. Yo debía estar en el hotel urgentemente. Además, eran las once y treinta y ocho, y tuve miedo de que Hilda y el gerente del hotel armaran un escándalo. En cuanto perdí de vista al trío, y luego de que también el cosaco saliera de la casa, bajé hasta la calle de La Ciudadela, y luego por Primero de Mayo y por Carranza llegué a la avenida López Velarde y al Calinda.

En el *lobby* estaba Gurrola, sentado elegantemente en un sillón,

observando de modo casual a un grupo de turistas que acababa de llegar y que no tenían pinta de gringos. Pero no perdía detalle de lo que sucedía y me vio entrar. Yo lo miré, también, y lo saludé con un levísimo movimiento de cabeza mientras me dirigía al mostrador. Pedí la llave de mi cuarto, me notifiqué de que no había mensajes para mí, y le rogué a los muchachos que atendían que le dijeran al gerente que saliera un minutito.

El hombre vino enseguida y le dije que todo estaba en orden, licenciado, muchas gracias. Me preguntó, sin disimular su extrañeza, si podía serme útil en algo más y respondí que sí: le di el número de Hilda y le encargué que la llamara para decirle que se quedase tranquila, que yo luego le hablaría. Él saldría a comer a las dos y media, y si se me ofrecía cualquier cosa, estaría a mi disposición. Muchísimas gracias, licenciado.

Luego me di vuelta y encaré a Gurrola.

—Llegamos casi juntos —le dije, acercándome al sillón pero sin sentarme—. ¿Tenemos una cita?

—Usted nos ha causado muchos problemas —dijo él, serio aunque no amenazante, con el tono con que un tipo le dice a su mujer que hay muchas cucarachas en la casa y que el domingo se ocupará de exterminarlas.

—Yo pedí hablar con otra persona.

—Pues tendrá que hablar conmigo.

Asentí. Me daba cuenta de cómo eran las cosas.

—Vamos a mi habitación —le dije, y caminé hacia el elevador. Él me siguió. Cuando estuvimos arriba, nos sentamos en las únicas dos sillas del cuarto, frente al televisor apagado.

—Señor Giustozzi —comenzó, con su voz suave, educada. Y era hermoso el cabrón, hermoso como lo decía; cautivaba con sus modales. Era fino y elegante, y de movimientos tan delicados como los de una tarántula—: me parece que va a tener que darse por vencido. Entrégueme, por favor, ese dinero y la mercancía, ¿sí? ¿Para qué seguir en este absurdo juego, que de todos modos ha perdido? Usted es un hombre inteligente. Tiene estilo, valor.

—Si me alaba tanto, voy a creer que se burla de nuevo.

—¿Por qué se metió en esto, si se puede saber?

—Creo que ya se lo dije. Yo amé a Carmen, probablemente más que lo que la amó usted, David. ¿O debo llamarlo Jesús? ¿O Liborio?

—Me cae que usted me gusta —sonrió levemente—. ¿Y ya lo sabe todo?

—Creo que sí. Usted mató a Marcelo porque él quiso pasarse de vivo, o porque estaba desesperado, no importa. Imagino que Marcelo,

a cambio de aceptar que ustedes fueran amantes, empezó a retener entregas bimensuales del dinero que cobraba por la distribución de cocaína. O bien, lo chantajeó con descubrir ante su familia de Guadalajara que usted era amante de Carmen. Y usted pagó dos veces, esperando encarrilarlo, o influenciado por Carmen, hasta que prefirió su eliminación. Carmen, aunque lo amaba a usted, no estuvo de acuerdo y sintió culpas. Y se opuso a devolverle el dinero, quizás para seguir el chantaje, quizás porque vio una posibilidad de salir de aquí con algún capital, quizás por amor a usted, para retenerlo. No importa, me quedará la duda… Usted la controló para que ella no pudiera hablar conmigo y, acaso, me entregara esa mercancía y el dinero. No sé si ella escapó o cómo hizo, pero vino a este hotel para hablar conmigo. Entonces, usted la mató.

—No me crea tan vulgar. Fue un accidente. Ella estaba desesperada y tropezó. Se golpeó la cabeza contra el borde de la alberca. No tengo por qué mentirle.

—Pienso que usted igual la hubiera matado. Ella era ambigua, pero no creo que hubiese cedido. Era una chica muy dura ya… —suspiré— Y solo me quedaba una duda, que acabo de descifrar. Liborio no existe; es usted mismo.

—Ya se lo dije: un hombre es quien realmente quiere ser.

—Juegos de palabras.

—Sabias palabras —se burló—. Palabras duras, las suyas. No sé verdaderamente qué es lo que quiere, ahora. Pero le ofrezco un trato: quédese con dos mil dólares, por los gastos y las molestias, y devuelva el resto.

—No —repliqué, entristecido—. Sabía que me iba a ofrecer algún trato, y no niego que el que me propone es generoso. Pero la respuesta otra vez es no. No tengo por qué creer en usted, y además me pasarían muchas cosas, adentro mío, que usted no podría entender.

—Sí, sí, yo también lo pensé: la conciencia y todo eso.

Nos quedamos en silencio. Puede sonar absurdo, pero en ese momento yo sentí que los dos estábamos tristes, cansados; había una inmensurable desolación en este cuarto 203 del Hotel Calinda. Un verdadero campo, una pampa de silencio y tristeza.

Yo había comprendido que el dinero, el amor y el poder eran materias para los héroes, y yo no era un héroe. El príncipe azul no tenía caballo, y eso no era lo grave: lo terrible era que se le había muerto la princesa rosa. No tenía ni capacidad ni deseo para huir con el dinero, en el supuesto caso de que huir hubiese sido posible. No era tan canalla para dejárselo ahora a Hilda o al gerente, que seguramente serían aplastados por esa máquina de picar carne que era el poder de

Gurrola o como carajos se llamase. No tenía ganas de hacerme el valiente e ir a mi embajada en busca de una, por otra parte, dudosa colaboración. Pero dejarles todo, tampoco. Me matarían. Y aunque ese hombre cumpliese su promesa de garantizar mi vida, pues sí, estaba «la conciencia y todo eso». Esa tontería, esa pequeñez, esa otra metáfora de Dios que todos llevamos adentro, esa Bella Durmiente.

—Déjeme que le diga que lo siento mucho —dijo Gurrola, apoyando las palmas de las manos sobre la raya impecable de su pantalón. Luego se puso de pie y me miró, sólido como era, macizo y semejante al cerro de la Bufa, que iluminado filtraba su presencia, testigo mudo, a través de la ventana—. Usted me cae bien, pero va a morir.

—Sin embargo —argumenté bruscamente—, creo que usted sabe que no diré nada. Y aunque hablara, no puedo probar una sola palabra.

Me sentí mal en cuanto dije eso. Fue mi debilidad, mi último miedo, mi postrera vergüenza. David Gurrola me miró, también un tanto desencantado.

—Igual, está muerto. Sigue hablando porque no sabe que ya está muerto.

Empezó a salir de la habitación. Yo recordé que tenía la pistola en el bolsillo, pero no la saqué. Estaba vencido.

David Gurrola cerró la puerta muy suavemente. Delicada tarántula.

8

«SALVATE VOS», escribió Carmen, y con mayúsculas. Ese papelito, y una zapatilla vieja, es todo lo que me quedó de ella. Lo demás son recuerdos, confusiones, ambigüedad, culpas. Lo demás es silencio, y este no saber qué hacer, ahora. Todo está tan presente. Lo he narrado como si hubiera sucedido hace mucho tiempo, pero todo está tan cerca, tan fresco. Y estoy tan solo. Y con tanto miedo.

He pensado en el suicidio, aunque solo fugazmente. Sentí vergüenza de mí por esa idea: me parece un recurso innoble, cuestionable incluso ideológicamente. Es un escape cobarde, cruel para los que nos quieren y nos han de llorar. Siempre hay alguien que nos quiere; en algún sitio siempre hay alguien.

No, este texto no terminará con el suicidio del protagonista. Ahora que concluyo estas páginas consignando mi último día en Zacatecas, José Giustozzi está vivo, todavía, en el momento en que se entrega, en que comprende la verdadera dimensión del desamor, de esta ausencia final de Carmen que produce un vacío tan grande.

Ya no hay más tiempo. Redactar estas páginas hasta aquí ha sido una manera de descargar tensiones, de desahogarme. Lo que suceda de ahora en adelante, no podrá ser contado. El futuro, a veces, es demasiado corto.

Cuando David Gurrola se fue, yo alcé el teléfono y pedí hablar con el gerente. Le rogué que, con toda discreción, me hiciera el favor de subir el contenido de la cajita número 62. Era importante que nadie lo viese y sí, tenía las dos llaves y yo confiaba absolutamente en él, muchísimas gracias licenciado y disculpe todas estas molestias, y él no, no se preocupe señor Giustozzi faltaba más estamos para servirle.

En definitiva, era un buen tipo. Se apareció en la puerta de mi habitación en unos pocos minutos, y aunque se moría de curiosidad no hizo ninguna pregunta. Con la zapatilla en la mano, le obsequié una sonrisa muy forzada, le agradecí que él mismo rompiera el recibo y sí, por favor, haga cerrar mi cuenta que yo bajaré dentro de un rato.

—Solo le suplico un último servicio, licenciado —le dije, atentísimamente, a la mexicana—: esta noche llame a la señora Hilda Fernández, al teléfono que le di hoy, y avísele que me volví a la

Argentina, de urgencia. Y dígale también que la quiero mucho.

El hombre me miró con una sonrisa diáfana, de buen entendedor, asintiendo con la cabeza.

—Por supuesto, quédese tranquilo.

Cuando el tipo se fue, me apresuré a meterme en el baño. Tiré la cocaína en el inodoro y apreté el botón. Enseguida, prendí fuego a los billetes, uno por uno. Yo no sé si alguna vez han quemado treinta mil dólares, pero es curioso lo que sucede: el humo es como el del papel más vulgar, el de un diario; el olor no tiene nada de especial, es simple papel que se quema. Uno se despoja de emoción y piensa que, realmente, el dinero es una mierda.

Las caritas de Franklin se achicharraban en sonrisas fugaces y retortijones, y yo no podía dejar de pensar en lo absurdo de tanta gente que se vuelve loca por los dólares.

Volví a la habitación y me senté ante esta mesita, agobiado como si hubiese hombreado bolsas una semana seguida, para terminar este texto. Me sentí triste, abrumado, con ganas de llorar. Entonces levanté la cabeza y me vi en el espejo: un patético José Giustozzi me mira desde ahí. Su cara es la imagen completa de la soledad y el desamparo. Le digo:

—Estás muerto. Seguís hablando pero estás muerto, solo que todavía no lo sabés.

Y ahora voy a cerrar la valija. Y bajaré a entregar las llaves. Y a pagar la cuenta.

México-París 1983 – Buenos Aires 1985 – Resistencia 2018

Edición en formato digital: 2023

© Mempo Giardinelli, 1985
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-252-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.